



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

Domingo 28 de Setiembre de 1873.

DIRECTOR.—D. EUSEBIO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: un real línea.—COMUNICADOS: á precios convencionales.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Valverde, 34.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistáin, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Ganete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Río, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feliu, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (G.), Rodríguez (D. J.), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauromá, Serrano Alcazar, Sellés, Saumartin, Trueta, Tubino, Varela, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por O. O. O.—Carlos I y la revolucion de Inglaterra, por el C. de Toreno.—Congreso: discurso del Sr. Pi y Margall; discurso del Sr. Castelar, presidente del Poder Ejecutivo.—Carta á D. Emilio Castelar.—Viaje por el mundo de los espíritus, por D. Abdon de Paz.—Leyenda de Catalina Ossema, por D. José Güell y Renté.—La riqueza de Francia.—Suellos.—Reclamos y Anuncios.

REVISTA GENERAL.

I.

A medida que trascurren los dias y esos heraldos de la opinion pública, llamados periódicos, comienzan á traer á Madrid las impresiones de aquella en todas las provincias de la península con motivo de los decretos publicados en la Gaceta del domingo 21 del actual, el ánimo, antes conturbado por tristes presentimientos, dilátase con la esperanza de un porvenir menos preñado de funestas contingencias, y hasta acaricia la conviccion profunda de que la patria y la libertad habrán de salir incólumes de las tempestades que en torno de ambas amontonan las dos demagogias que las combaten.

Signo infalible de esa consoladora esperanza es la reaccion súbita que se ha operado en el sentimiento del país con motivo de la publicacion de los decretos á que nos hemos referido, puesto que al abatimiento, ha sucedido la energía para afrontar con varonil entereza los peligros de la situacion, facilitando por este medio la accion del Gobierno que tan resueltamente y con verdadera conciencia de su mision, entra en el camino de la política enérgica que imperiosamente venian, hace algun tiempo, demandando los intereses amenazados por la honda perturbacion que, merced á punibles rebeldías y á complacencias, jamás bastantemente justificadas, se habia producido en todas las esferas de la sociedad española.

Lógica y fundada es esa esperanza. La opinion pública, que rara vez se equivoca en sus manifestaciones, al saludar con júbilo la nueva política inaugurada por el Gobierno, prueba de

una manera evidente, no solo el patriotismo y el buen sentido práctico con que éste ha comprendido sus altos é imprescindibles deberes, sino tambien la eficacia que habrán de tener los procedimientos á que se ha apelado para restaurar en toda su pureza el principio de autoridad, sin el cual no puede haber sociedad posible, y poner á salvo de funestas eventualidades la suerte de la patria, desgarrada por fratricida lucha, y el porvenir de la libertad comprometido por criminales excesos y punibles intemperancias.

La anarquía no podia continuar, sin mengua de nuestro buen nombre, sin desdoro de los principios democráticos, y el Gobierno, ocurriendo á una necesidad generalmente sentida, háse levantado para oponer á aquella el dique poderoso é infranqueable de la ley, dispuesto á que ésta se cumpla y sea respetada sin miramiento alguno y sin peligrosas vacilaciones. No es extraño, pues, que tan patriótica como enérgica conducta haya producido en la opinion esa explosion de alegría, que es, y no puede dejar de serlo, sintoma irrefragable de que los pueblos, aun en los trances mas supremos, pueden salvarse, si tienen fuerza, valor, y abnegacion para conseguirlo.

El Gobierno ha comprendido los altos deberes que lo crítico de la situacion le impone, y la opinion pública, que entiendo que en circunstancias extraordinarias hay que apelar á medios extraordinarios tambien, no ha podido negar su apoyo á las disposiciones por aquel adoptadas, fortaleciendo de este modo su accion salvadora y prestándose con laudable patriotismo á no escasearle los recursos y la cooperacion que haya menester para conseguir el nobilísimo propósito que le anima de abogar con fuerte mano la hidra de la rebelion que nos deshonorra y nos empequeñece ante la consideracion de las naciones libres y civilizadas.

Solo aquellos espíritus díscolos ó egoístas que estén reñidos con la libertad, alma de los pueblos modernos, ó que intenten forzar exponiéndose á graves contingencias, la marcha ordenada y natural del carro del progreso, son los que pueden levantarse en son de guerra contra las salvadoras disposiciones adoptadas por el Gobierno. Verdad es que ellas determinan un paréntesis en la vida de la libertad; verdad es que señalan un momento de reposo en la práctica de las conquistas revolucionarias; pero no es menos cierto, y apelamos á la historia en justificacion de nuestro aserto, que estos transitorios eclipses en el libre ejercicio del derecho constituido, han sido, en general, fecundos en beneficios para este mismo derecho.

Que así lo ha comprendido la inmensa

mayoría del país, lo dice la benévola y hasta entusiasta acogida que la opinion pública ha dispensado en todas partes á las medidas que, autorizado por la soberanía del pueblo, representada en las Cortes, ha adoptado el Poder Ejecutivo. Se va á hacer orden y Gobierno, se va á salvar la libertad, se va á sacar á flote el arca santa de las conquistas democráticas combatida por el oleaje de torpes rebeldías; y ante propósito tan noble, no hay pequeña pasion que no enmudezca, ni interés egoísta que no ceda ante el más elevado interés que representa la causa de la libertad y de la civilizacion.

¡Qué inmensa responsabilidad hubiera contraído el Gobierno ante su conciencia y la conciencia del país si por injustificados escrúpulos de escuelas hubiera desoido el insistente llamamiento de la opinion pública hácia la senda, áspera, eso sí, pero conveniente por donde al fin ha entrado, sacrificando, quizá, sus convicciones ante la triste y desconsoladora realidad de las circunstancias!

Pero hombres sensatos que no participan de la ofuscacion de ciertos soñadores, demócratas por conviccion y españoles ántes que todo, los actuales ministros, que son en el poder la égida fortísima de todos los intereses sociales, que representan en su merecida posicion los custodios de las grandes conquistas de nuestra última revolucion política, no han vacilado un momento en sacrificar hasta su popularidad, si se quiere, en aras del deber que tienen de salvar esos caros objetos, abroquelándose en las medidas á que en momentos solemnes, á que en los dias de peligro para aquellos no renunciaria, ciertamente, ningún gobierno que temiese á las censuras de sus conciudadanos primero y á la maldiccion de la historia despues.

El gobierno que preside el ilustre orador, gloria de la tribuna española, ha sabido en esta ocasion mostrarse á la altura de sus imprescindibles deberes, y el país, que agradece su abnegacion y estima en lo que vale su acrisolado civismo, hace justicia á su noble conducta, aplaudiéndole por sus últimos actos.

Que éstos responden á las necesidades del momento, á la gravedad de las circunstancias, no hay para qué demostrarlo. Inspirados en altísimas consideraciones, pueden ser, y serán, la panacea que cure las dolencias de la patria y que logren devolvernos la libertad, transitoriamente oscurecida, libre de las contingencias á que en la actualidad se halla expuesta por causas de todos conocidas.

Cuando el anacronismo que se llama causa carlista haya desaparecido: cuando la demagogia que pretende anticipar lo que la eterna ley del progreso traerá en sazón, haya sido relegada á sus antros; cuando todas las aspiraciones ile-

gítimas hayan cesado de amenazar la situacion creada por la accion imperiosa de las ideas, que jamás se detienen en la realizacion de su ideal, entonces el Gobierno, fuerte con la rectitud de su proceder y tranquilo en su conciencia, desgarrará el velo que la salvacion de altísimos intereses há hecho indispensable poner á la libertad y podrá presentarse ante el país diciéndole:

—He salvado con mi energía y con los medios que tu propia soberanía me otorgara, todas las conquistas de la revolucion, amenazadas por el oleaje de dos demagogias desenfundadas. Te las devuelvo incólumes para que las practiques á la sombra benéfica de la paz. Si mi conducta ha sido acertada, si he cumplido fiel y honradamente mi mision, júzguelo en su dia la historia.

II

El principal carácter de las operaciones militares en esta quincena está reflejado en un solo hecho, en el de que ha desaparecido la atonia de las últimas semanas, y ya de una ó de otra parte, lo mismo en lo que se refiere á la insurreccion carlista que á la cantonal, háse notado mayor actividad y movimiento, como si todos de comun acuerdo se hubiesen propuesto avanzar en sus operaciones y salir del estado de completo marasmo en que por larga fecha se les habia contemplado. Débese esto, entre otras causas, al nombramiento del general Sanchez Bregua para el cargo de ministro de la Guerra; al nombramiento del general Moriones para el mando en jefe siquiera sea interino del ejército del Norte, y al cambio, por último, de las condiciones en que se desarrollaba la política española antes del dia 21 del actual. Este cambio exasperó á los carlistas y alentó á los cantonales con la creencia de que la opinion liberal del país se manifestaria exasperada ante el régimen de fuerza inaugurado. Por estos motivos tan contrarios, la presente revista debe serlo de hechos numerosos y repetidos porque todos se han dado á hacer con presteza y energía.

El general Bregua es sin duda alguna uno de los generales de nuestro país que más condiciones tiene para el puesto que ahora ocupa. Activo y organizador, ilustrado y laborioso, no se ha dado un solo punto de calma desde que tomó posesion del Ministerio en la árdua tarea de reorganizar el ejército, de presentarlo frente á los carlistas y de devolver á éstos golpe por golpe, procurando conseguir sobre ellos alguna notable ventaja. Hasta qué punto esta conducta del nuevo ministro de la Guerra ha favorecido la causa liberal y contribuido á que se desplieguen en el Norte y Cataluña los recursos de nuestro ejército

nuestros lectores lo apreciaran. Baste saber que el talento organizador del señor Sanchez Bregua nos ha levantado, en lo que á milicia respeta, de la postulación en que yacíamos.

El general Moriones al encargarse del mando en jefe del ejército del Norte marchó sobre Tolosa, de cuyo punto intentaban apoderarse los carlistas para cuyo efecto habían reconcentrado allí lo mejor y más numeroso de sus fuerzas. El general Moriones es un militar de prestigio, tiene gran popularidad entre nuestras tropas y su nombre no es garantía de impunidad entre los carlistas. Así se observa que al llegar al ejército después de ser recibido con gran entusiasmo, marchara sobre Tolosa, haciendo que solo la noticia de su aproximación obligara á los rebeldes á huir de este punto; pero no solo ha conseguido esto el general Moriones; su presencia infundió cierto pánico en el enemigo. Dorregaray, Radica, Ollo y Lizárraga no llegaron á ponerse de acuerdo en si había de aceptarse francamente una contienda con Moriones. Después de esta disidencia, cada cabecilla partió por su lado y la situación de las provincias del Norte pudo considerarse relativamente mejor una vez que el nuevo general en jefe empezaba conquistando un gran prestigio para su autoridad.

Cataluña tampoco se encuentra en el deplorable estado que algunos suponen. Según se ha dicho, con bastante fundamento, Saballs entró hace pocos días en España por Vera con el propósito de conferenciar con D. Carlos, con el objeto de que éste marchara á Cataluña á fin de levantar el espíritu de aquellos pueblos muy decaído según informes auténticos y según lo que afirma el mismo cabecilla Saballs.

Pero á donde se ha replegado todo el interés de la campaña de carlistas en estos últimos días ha sido en las provincias del antiguo reino de Valencia y sobre todo en la ciudad de Játiva. Esta ciudad fué tomada por los carlistas, después la recuperó nuestro ejército, siendo por último abandonada por él, después de una acción honrosa en la que hemos sufrido notables pérdidas según dice la *Gaceta* del día 26. Esta acción obliga al Gobierno á proteger los pueblos más importantes de la provincia de Valencia, que por consecuencias de ella pudieran verse amenazados.

Si en Valencia por tanto no hemos obtenido resultados satisfactorios, pueden compensarse con los del Norte y Cataluña que antes referimos y con los de Estremadura, donde ha sido derrotado Sabariego y los de la Mancha donde ha sido derrotado y muerto Merendon.

Los cantonales, por otro lado, han intentado varias salidas de Cartagena, siendo rechazados siempre, lo cual les ha hecho llevar su hostilidad á Alicante, en cuyo puerto en el momento de escribir estas líneas toman posiciones para bombardearlo la *Numancia*, la *Mendez Nuñez* y el *Fernando el Católico*. Allí esperan los fuegos de estos barcos piratas una población que está dando pruebas de entereza y que se apresta á morir y una guarnición que manda el bizarro general Ceballos y que si no es fuerte por el número, será heroica por honor y patriotismo. Allí está uno de los miembros más activos é ilustrados del Gabinete, el Sr. Maisonnave. Allí está para los cantonales una nueva y más segura deshonra; para los hombres de buena fé y de sentimientos levantados que resisten su ataque, una página que puede ser gloriosa, para las naciones extranjeras, que no solo presencian indiferentes como es su deber este escarnio de los principios fundamentales de todo derecho, sino que han imposibilitado nuestra acción un recuerdo menguado, y para nosotros, en fin, españoles y amantes de la paz y del sosiego de los pueblos, tanto como de su libertad y de su derecho, un suceso bien triste.

Acaban de dar precisamente las cinco de la mañana, y estamos cuando estas líneas se escriben á 27 de Setiembre. Son el día y la hora señalados para romper el fuego contra Alicante. Qué podrá suceder en aquella hermosa ciudad, lo ignoramos; pero cualquiera que sea la suerte que le esté destinada, nosotros tenemos una gran confianza en que el sol que ha de alumbrarnos mañana, que hace cinco años iluminó los campos de Alcolea, no ha de ofrecer en el sitio en

que hoy se encuentra Alicante ningún espectáculo deplorable. Si sucediera lo contrario lo lamentaríamos profundamente y lo lamentaríamos más porque nos cabe la seguridad de que los piratas de Cartagena no han de medir sus fuerzas cuerpo á cuerpo con los alicantinos. En este caso la derrota y la muerte de los cantonales serían indudables, si bien sería indudable asimismo los desastres que procurarían hacer caer sobre Alicante, conocido como es el carácter de las luchas que entablan los separatistas, desde que en Cartagena acaba de discutirse seriamente y á propuesta de los presidiarios que los auxilian, la conveniencia de tres ó mas días de aseninato y saqueo. En honor de la verdad la propuesta la han rechazado los voluntarios y el pseudo gobierno de Cartagena, apoyándole solo los presidiarios; pero de todo esto no cabe poca responsabilidad á los que en su funesto delirio han desatado sobre la faz del país todas las iras de la anarquía y todos los vientos de la disolución social.

III.

Para colmo de desdichas los partidos políticos siguen en nuestro país la misma torpe conducta y los mismos errados procedimientos de siempre. Los hombres de la izquierda del Congreso tienen el proyecto de reunir en Madrid, en un término breve una Asamblea Federal. Si es cierto el rumor que estos días circula, los radicales proyectan aunque prestando su apoyo al Gobierno, hacer lo propio con los diputados y senadores de las últimas Cortes á título de comité central de su partido. Solo falta que los unionistas y sagastinos, hagan lo propio con aquellas Cámaras *antes disueltas que oídas*, para que en la capital de la República, pueda verse dentro de breve plazo un cuadro exacto de lo que es este pobre país.

No sabemos si tales propósitos se realizarán; pero el pensamiento nos parece desdichado y fecundo solo en conflictos. De lo que aquí debe tratarse y lo venimos diciendo desde Abril, es de que se unan los partidos liberales contrarios á D. Carlos, á D. Alfonso y á la Anarquía y para llegar á este fin otro muy distinto es el camino que ha de seguirse.

Si los conservadores y los radicales prestan su comun apoyo al actual orden de cosas, deben demostrarlo, viniendo por completo á la lucha legal, tomando parte en las elecciones parciales y contribuyendo á que se consolide la situación actual que no es ni puede ser otra cosa que una República seria, garantía de los intereses más respetables de la sociedad y base firmísima del orden y la Justicia.

Por no haber querido los conservadores de Francia que se afianzase entre ellos un régimen análogo, están ahora en camino de resucitar al descendiente de Capeto y de borrar con la bandera blanca los derechos del 89, si así lo hacen que no lo duden ni un solo momento, la *Comune* volverá á ser un hecho dentro de algunos años y será entonces acaso un hecho mas estable, mas duradero y más poderoso. Que no lo duden los conservadores ellos que nunca han tenido ni continencia ni memoria, ellos que son los que más han de perder en este naufragio. La historia da siempre idénticos resultados y los que pretenden acomodar su influencia á las variaciones de los tiempos y no comprometer los intereses que simbolizan, deben procurar que estos no signifiquen una reacción odiosa ni sean un obstáculo para las ideas de progreso y de libertad que son en suma las únicas invencibles y las únicas que tienen un porvenir asegurado.

O. O. O.

CARLOS I Y LA REVOLUCION DE INGLATERRA.

ESTUDIO HISTÓRICO.

III.

Al frente ya el rey Carlos de su ejército, y encontrándose en condiciones, á su entender más favorables para poder obrar con cierto desembarazo, se dirigió á las Cámaras proponiéndolas entrar en negociaciones; indicábales la conven-

niencia de hacerlo así para evitar los trastornos que de otra suerte tendría que sufrir precisamente el país. Hacíase por el rey esta proposición, en ocasión en que las Cámaras, indignadas todavía de la resolución tomada por él, y de la actitud en que se había colocado, no quisieron escuchar proposiciones de ninguna especie, por más que el rey se esforzase por conseguirlo, habiendo obtenido por toda contestación, que no se encontraban en el caso de tratar con un príncipe que se había permitido tomar las armas contra la nación.

La mayor parte de la gente acomodada, y puede decirse que las tres cuartas partes de la nobleza, estaban de parte del rey; pero las fuerzas que estos elementos componían no daban á su ejército más que fuerza moral, porque, acostumbrados la mayor parte de estos individuos á disfrutar de una vida pacífica, estaban poco acostumbrados á las fatigas y trabajos que produce la vida del soldado; así es que, la gente en que mejor podía haber confiado desde luego Carlos, eran los católicos, que deseaban unírsele en gran número, y entre los que, además de haber gente de todas clases, hallábanse todos en situación tan precaria que estaban resueltos á hacer los mayores sacrificios, en cambio de que se tuviese con ellos alguna tolerancia. Si bien Carlos, al principio, no quiso aprovecharse de sus servicios, temeroso de que se le tuviera por papista, tuvo muy luego, en fuerza de la necesidad, que aprovecharlos. En cambio, los allegados al Parlamento eran en general los comerciantes y la gente del pueblo á quienes naturalmente sonreía la libertad que éste les concedía.

A pesar de componerse los dos ejércitos de elementos tan distintos y heterogéneos, tenían entre sí grandes puntos de contacto; eran en los dos igualmente malas sus condiciones; y en verdad no podía exigirse otra cosa de ejércitos que, como aquellos, estaban compuestos de voluntarios, á quienes se pagaba mal, y de quienes por estas causas no podía exigirse mucho sin exponerse á que se desertasen. Puso el rey al frente de sus tropas al conde de Lindsey, y el Parlamento había encargado el mando en jefe de las suyas al conde de Essex.

Decidido el rey á ponerse en movimiento y á comenzar la campaña, salió de Nottingham en dirección de Shrewsbury, y en el camino hizo saber á sus tropas que no le movía otro deseo al llevar su ejército en contra del Parlamento, que el de sostener incólume la religión reformada que profesaba, y el que llegase un tiempo en que pudiera gobernar dentro de las leyes que al país regían, y que en su día habían sido legalmente aprobadas por el Parlamento. Hicieron sus manifestaciones grande impresión en el país, y los ánimos sintieron hacia el monarca verdadera inclinación; pero el Parlamento, que no descansaba un momento, y que constantemente se ocupaba en desvirtuar todo lo que pudiera favorecer la causa del rey, no dejó en esta ocasión de hacerlo, atribuyendo sus ofrecimientos al deseo que tenía de conseguir su objeto, sin que por eso tuviese la menor intención de cumplir sus ofrecimientos, y si la de seguir reinando bajo la influencia de los papistas.

Ocupábase el Parlamento en crear esta atmósfera, con el fin de desvirtuar la muy favorable que hacia el rey se había formado, cuando éste, burlando la vigilancia de las tropas de Essex, y haciendo una marcha forzada, logró colocarse entre Londres y las tropas del Parlamento, encaminándose á la capital con intención de dividir las fuerzas del enemigo, y con el sobresalto que su movimiento tenía que causar á las tropas de Essex, y la fuerza moral que el éxito del movimiento había de dar á sus soldados, dar quizá un golpe que decidiera de la suerte de la armas; cosa que fácilmente hubiera conseguido, si menos confiado hubiese sabido aprovecharse de las circunstancias, que por más de una vez, en aquella operación le fueran altamente favorables.

Avisado Essex de la evolución llevada á cabo por el rey, se puso apresuradamente en movimiento, llegando á dar alcance á la retaguardia de las fuerzas reales en las inmediaciones de Edgell, en donde se libró batalla en aquel día, que era el 23 de octubre de 1642, en la que el rey llevó desde el principio la

venta, consiguiendo que una parte de la caballería de Essex se le pasara al comenzar el combate. Sin embargo, en el curso de éste, la suerte de las armas fué vária, hasta el punto de perder el rey todo lo que al principio había ganado, merced á la indisciplina de sus tropas, á la excesiva confianza que desde el principio tenían todos los jefes que las capitaneaban, y á haber caído por la tarde mortalmente herido su general en jefe Lindsey, que se había portado con verdadero denuedo.

Vino la noche, y con ella el término de la batalla, quedando ambos ejércitos en sus respectivos campos en un estado verdaderamente lastimoso, después del rudo combate del día. Habíase perdido por ambas partes gran número de soldados; pretendíase, sin embargo, por los dos ejércitos, ser el de los vencedores; pero sosteníase esto, á la manera que el deseo de haberlo conseguido hace que se exprese, más no con aquella seguridad y aquella firmeza que nace de la certeza del hecho, y cuando la duda no se abriga en poco ni en mucho en el pecho. Debíó el campo haber quedado en poder del rey; en su mano tuvo por más de una vez la victoria; pero mal dirigida por él la batalla, y peor secundado por su gente, ninguna ventaja obtuvo sobre Essex; y faltos ambos ejércitos de fuerzas para continuar al día siguiente la batalla, se retiraron con objeto de rehacerse; los de Carlos en dirección de Oxford, y los de Essex á Warwick.

La noticia de la marcha de Carlos, y la de la batalla, que juntas llegaron á Londres y al Parlamento, llenaron á ambos de sobresalto; y por más que este último proclamase que la victoria había estado de parte de sus tropas, no por eso dejó de ordenar que se hicieran en la ciudad todos los preparativos convenientes para defenderla de cualquier ataque; así fué que se obligó á todos los hombres á tomar las armas y á trabajar en las fortificaciones que se improvisaron, y á las mujeres y á los niños que les auxiliaban en aquello que con su sexo ó su edad era compatible. Aumentóse considerablemente el temor al ver aparecer por las inmediaciones algunos destacamentos de caballería realista, que recorría aquellos campos á las órdenes del príncipe Roberto, en cuyas correrías se había apoderado sin dificultad de varias ciudades, entre otras, de Reading, cuyo gobernador, sobre ser un demagogo consumado, era amigo de Cromwell; pero á pesar de estas circunstancias, faltó sin duda de valor, había abandonado la plaza.

En aquel estado de verdadera ansiedad para el Parlamento, por más que fingiese otra cosa, determinó pedir auxilio á Escocia y formar otro segundo cuerpo de ejército, á las órdenes de Warwick. En el entre tanto Essex, que aun estaba pesoso de las ventajas que el rey había adquirido por descuido suyo, aprovechó uno de los muchos que tenía Carlos, y consiguió venir en auxilio de Londres, protegiéndole de cualquier invasión que las tropas reales pudieran intentar.

Habíase retirado Carlos á Colnbrook, y en aquel punto recibió á unos comisionados del Parlamento, que deseaba no omitir medio para venir á un acuerdo, sobresaltado como todavía estaba por efecto de los pasados temores, sin embargo, nada consiguieron estos emisarios del Parlamento, porque Essex tuvo la imprudencia de introducir en la población algunos soldados, y el rey, temeroso de que aquello pudiera ser una traición, sin detenerse á pedir explicaciones, rompió las negociaciones, y haciendo la violenta resistencia que se le hizo para impedirle que marchase, consiguió evadirse y situarse en Brentford después de haber causado daños de consideración á las tropas de Essex que guarnecían aquel punto, que tomó á viva fuerza. Una gran parte de esta cayó en su poder, y de ella puso en libertad á aquellos que le ofrecieron abandonar las armas, y no volver á tomarlas en contra suya.

Era difícil la situación de ambas partes contendientes; el rey veía de día en día crecer las fuerzas del Parlamento, que se le oponían, mientras que las suyas, mermadas por las fatigas y la escasez, no se reforzaban con elementos nuevos que, sobre aumentar sus medios de acción, hiciesen crecer su fuerza moral;

así fué que, habiéndose encontrado el ejército real enfrente del de Essex, no solo no se atrevieron á trabar la batalla, sino que despues de conservar sus posiciones ambos ejércitos todo el día, Carlos, al anochechar, se retiró abandonando el campo, so pretexto de que, amante de la paz, creía que si llegaba á darse la batalla, sería luego más difícil venir á un acomodo; pero la causa verdadera no era otra sino el desaliento que sentía, al par que el temor que presentaba el resultado, teniendo en cuenta el estado de sus tropas, y sabiendo que las fuerzas de Essex alcanzaban el número de 24.000 hombres, número mayor en mucho al que componía su ejército.

Pero si bien se comprende desde luego fácilmente que el rey evitase el encuentro, no se vé la causa que impidiese á Essex el aprovecharse de la oportunidad que le preparaba la suerte de dar un golpe quizás decisivo, sobre todo teniendo en cuenta la fuerza de su ejército y el mal estado del de Carlos. Reteniale, sin embargo, una causa mayor que cualquiera que proceda de circunstancias físicas. Había llegado la guerra á hacerse impopular, y no bastaban á excitar los ánimos ni á hacerla aparecer necesaria, ni los medios que puso en juego el Parlamento, ni el mal éxito que hasta entonces habían tenido todas las negociaciones; pesaba el deseo del país en la balanza de una manera decisiva, é impedía al Parlamento el que por mucho tiempo pudiera permanecer sordo á su deseo, reteniendo á Essex y á sus tropas atrincheradas en su campo, sin atreverse á violentar la voluntad del país, siendo las tropas que defendían sus inmunidades las que obraban sin tener para nada en cuenta sus manifiestos deseos.

La voz de la Nación retuvo en sus tiendas á sus soldados, y al poco tiempo obligó á sus representantes á intentar de nuevo un acomodo con el rey.

Encontrábase Inglaterra en un lastimoso estado; la honda division que entre los poderes existía, se extendió por toda la nación, y los condados y los pueblos, y la parroquia y la familia se encontraba dividida entre partidarios del rey y afectos al Parlamento, y la paz del hogar desapareció y con ella la tranquilidad en la nación toda. El comercio y la agricultura se paralizaron al estruendo de las armas, y la miseria y el pillaje devastaron el país.

Esta lamentable situación hizo al pueblo desear la paz, y manifestaciones suscritas por personas de todas clases llegaron al Parlamento y le obligaron á ceder del camino emprendido y volver á tomar de nuevo el de las negociaciones. Dió el mismo rey el ejemplo, haciendo saber á las Cámaras, cómo deseaba venir á un acomodo, en lo que, si hemos de atenernos á la opinion de la mayoría de los escritores de aquella época, cedió al deseo de adquirir popularidad, como en efecto adquirió alguna, y hubiera adquirido más, si hubiera sido feliz el éxito de las negociaciones que se entablaron.

Parecía que había de haberse llegado fácilmente á un arreglo, siendo ese el deseo del país, el del rey y el del Parlamento, y ciertamente hubiera sucedido así, si ese hubiera sido el verdadero deseo de todos; pero entre el rey y el Parlamento existían heridas de consideracion y de grandes consecuencias: habían llegado á hacerse incompatibles, y desde luego los puntos fijados para la negociacion lo dieron á conocer muy á las claras. En los catorce artículos presentados por las Cámaras, vislumbrábase la tendencia de siempre; su desprecio hacía el rey y su afán de predominio. Del mismo modo, las seis proposiciones del rey tendían á desentenderse de la influencia natural de las Cámaras, y demostraban que persistía en su odio hacia ellas; así fué que no llegó á pasarse de la discusion del primero de los artículos propuestos por cada una de las partes.

Prolongábase la conferencia y pasábase los días en inútiles debates, y el rey decidió terminarlos, dando por su parte un *ultimatum* que discutido y luego aceptado ó desechado, terminara de una vez un asunto que iba ya haciéndose enfadoso.

Manifestaba Carlos en su *ultimatum*, que en el momento en que se le pusiese en plena y libre posesion de todos sus derechos, y volviesen al Parlamento

todos aquellos miembros que á él pertenecían y no concurrían por efecto de las circunstancias, y cuando viesse que los motines, que con tanta frecuencia se habían repetido, no volvían á reproducirse, entonces iría en persona al Parlamento, disolvería el ejército y vendrían á arreglarse todas las dificultades que existían y habían dificultado é impedido las relaciones entre el rey y las Cámaras.

Fácil es de presumir que el rey, al entregar su *ultimatum*, no solo no esperaba que fuese aceptado, sino que no lo deseaba. No lo fué en efecto; el Parlamento comprendió desde luego, no solo que Carlos no deseaba con sinceridad venir á un acomodo, sino la imposibilidad de llevar á cabo los términos que en él se pedían, no solo por las dificultades del momento, sino tambien por las diferencias de apreciacion. Retiró, pues, el Parlamento sus comisionados, y despues de una breve tregua, aprestáronse de nuevo los ejércitos á renovar la campaña.

La reina Enriqueta, despues de haber mandado gran cantidad de pertrechos de guerra á su marido desde Holanda, en donde consiguió interesar á su favor á muchas personas y algunos príncipes, se vino á Inglaterra. El almirante Balten que mandaba la escuadra encargada de impedir el desembarco de los auxilios que del extranjero venían para el rey, no supo la venida de la reina y sólo llegó á saberla cuando esta ya había desembarcado y se encontraba en Burlington, en la costa de Yorkshire; comprendiendo su torpeza y enfurecido de que su vigilancia hubiera sido burlada, acercó su escuadra á la costa y de noche dirigió una nutrida descarga á la poblacion. Asustada la reina con lo brusco del ataque, huyó casi desnuda abrigándose en la primera posada que halló en el camino.

La inhumana conducta del almirante impresionó fuertemente á los parciales del rey, y refrescó el encono que tenían al Parlamento, á quien atribuían todo lo malo.

Noticioso el rey de lo ocurrido con la reina, envió al conde de Newcastle para que fuese en su busca; hizolo así el conde y la acompañó hasta York, en donde quedó atrayéndose con sus estimables prendas las simpatías de cuantos la trataron, y excitando en los habitantes de la comarca un verdadero cariño hacia ella, al par que profundo respeto que con su ejemplar conducta en todos despertaba.

Volvió por entonces á caer Reading en poder de Essex, que con sus tropas recorría aquella comarca, causando esta ventaja algún daño á la causa de Carlos, sobre todo por el efecto moral que los sucesos producían. Sin embargo, la pérdida de esta plaza hizo que la guarnicion que la defendía, compuesta de 4.000 hombres, se uniese á las fuerzas del rey y aumentando su número, crecieron los elementos de que á su lado disponía, que no eran muchos.

Permanecieron, sin embargo, ambos ejércitos en sus campos, sin decidirse á emprender ningún movimiento; reteniales en este estado á los unos las enfermedades que se habían apoderado de la tropa, y á los otros la falta de municiones, que hacían que el rey tuviera que ocuparse sin pérdida de tiempo en su adquisicion. Seguía la reina en Inglaterra prestando á su marido el mismo servicio que antes desde Holanda, y consiguió reunir en York los pertrechos que hacían falta; pero al mismo tiempo por su parte intentó entablar una negociacion con las Cámaras, que no tuvo éxito, porque si bien los lores acogieron con respeto su mensaje, los comunes atropellaron al comisionado encerrándolo en la cárcel. Contribuyó no poco á esta resolucion de la Cámara popular, el haberse descubierto en aquellos días una llamada conspiracion, á la que se dió mucha importancia, exagerándola en extremo y pretendiendo que de haber prevalecido, todo lo que el Parlamento había obtenido hubiera desaparecido.

Colocado al frente de algunas personas que deseaban vivamente la paz, el poeta Waller había trabado relaciones y se ocupaba juntamente con otros en buscar un medio ó aprovechar una circunstancia, que pudiera proporcionar este feliz resultado. Descubiertos los deseos de estos, pues apenas puede llamarse conspiracion á los tratos que para

obtener tan buen resultado existían entre Waller y algunos otros, se explotó el descubrimiento de la manera que los Comunes sabían hacerlo, y lo habían hecho más de una vez, y en esta ocasion les vino muy al caso para desechar desde luego y sin más consideraciones el mensaje que en peticion de negociacion y acomodo les había mandado la reina.

Detenido Waller, cuya llamada conspiracion había descubierto un criado de Pym, se obligó á todo el mundo que fuese á juramentarse y ofrecer fidelidad al Parlamento, comprometiéndose á combatir todas las maquinaciones que contra él pudieran fraguarse. Algunos de los cómplices fueron luego decapitados, habiéndose librado Waller por las bajezas á que, segun parece se prestó, por lo que se le conmutó la pena capital que debió sufrir en la de pagar diez mil libras y ser desterrado del reino. (1)

Continuaban en el entre tanto las tropas reales moviéndose con ventaja; habían sido batidas en encuentros parciales algunas fuerzas adictas al Parlamento, siendo de consideracion el encuentro que tuvo el príncipe Roberto con la retaguardia de Essex, á quien acometió de improviso, dando para conseguirlo una gran vuelta, y cayendo de pronto sobre ella causó bastante daño en las fuerzas de Essex, habiendo sido gravemente herido Hampden. Su muerte, que ocurrió á los pocos días, cubrió de luto el Parlamento, al paso que alegró al rey, que mientras solo estuvo herido, pareció estar vivamente interesado en que se salvase (2).

Los repetidos reveses que habían sufrido las fuerzas del Parlamento, hicieron que Essex bajase en la estimacion y en el aprecio que las Cámaras le profesaban, achacando los unos á su mala estrella, y los otros á su escasa pericia los reveses sufridos, resultado tan solo de las circunstancias y de causas independientes de su voluntad, y que no había estado en su mano evitar; pero, por fortuna suya, crecía en aprecio y comenzaba á merecer la confianza de la gente de accion William Wallard, persona que muy luego había de deslucirse y tener que abandonar el campo al conde de Essex, que reunía condiciones de mando y pericia militar que el nuevo general del Parlamento no tenía.

Dispúsose para poner á las órdenes de Waller un ejército de 8.000 hombres equipados perfectamente y admirablemente pertrechados; no le faltaba á la nueva columna nada de cuanto el soldado necesita para vencer; pero no consiguió esto, á pesar que parecía imposible que dejara de hacerlo, ponderándose la habilidad del jefe, pero muy pronto se perdieron las ilusiones; pues despues de varios encuentros desastrosos, bastaron dos batallas para que quedaran en completa derrota las tropas de Waller. Ya el primer combate, librado cerca de Bath con el príncipe Mauricio, dejó la columna del general Waller en mal estado, y así fué que en el segundo que tuvo lugar cerca de Devizes contra un destacamento de tropas reales al mando de Wilmot, quedó en completa derrota. Bastó este resultado para que William Waller perdiese toda la importancia que inmerecidamente se le había dado, en el entusiasmo que había producido el que este, al frente de un corto número de soldados, había obtenido algunas ventajas antes de encomendarse el mando de una columna, cuya empresa era superior á sus fuerzas. No impidió sin embargo, la derrota que había sufrido, que el Parlamento no queriendo darse por vencido, y aparecer ante el país como habiendo obrado de ligero al confiar en manos de un general de escaso nombre, un cuerpo de ejército de tan buenas condiciones, recibiese casi en triunfo al derrotado general y en el seno de la Cámara el presidente, en su nombre, le dió las gracias por sus servicios.

Las tropas que tenía Essex á sus órdenes escaseaban en el entre tanto hasta de lo más necesario, y decaía en ellas por momentos su espíritu, habiendo tenido el general que replegarlas y colocarse á la defensiva, hasta que mejorasen sus condiciones; dando todo esto lugar á que la reina, siempre activa, fuese

(1) Lingard, t. of England, V. 6, página 315.

(2) Guizot, t. de Charles I, t. I, página 417-418.

desde York á Oxford, llevando consigo un gran refuerzo de hombres, de artillería, de municiones y de vituallas de toda especie, aliviando considerablemente con su llegada la situacion del rey y de su ejército, y de ahí el que, poniéndose en movimiento á los pocos días las tropas de Carlos, adquiriesen algunas ventajas, empeorando como era natural la situacion de Essex.

Encontrábase la causa del Parlamento en un estado tristísimo; así lo habían comprendido ya los lores, que se dirigieron á los Comunes haciéndoles saber las bases que creían era conveniente adoptar para que se iniciase una negociacion con el rey y se viniese á un tratado definitivo. Habíanse decidido los lores á dar este paso por haber recibido una comunicacion de Essex, en la que les excitaba á que siguieran ese camino.

Sostuvieron en los Comunes un fuerte debate sobre las bases enviadas por los Lores y sobre la conveniencia de iniciar nuevas negociaciones con el rey; pero por fin se tomaron en consideracion, para desde luego en la primera sesion ocuparse de una manera definitiva del modo de llevarlo á cabo. Hubiérase llevado á feliz término, á no haber sido el día siguiente domingo, de cuyo día se aprovecharon los partidarios de que continuase la guerra, y unidos á los aficionados á los tumultos, consiguieron mover por medio de sus excitaciones y de algunos sermones que se predicaron en aquel día al populacho, que desenfrenadamente recorrió las calles pidiendo la continuacion de las hostilidades.

Hondamente impresionada la Cámara de los Comunes con la agitacion de la víspera, volvió á deliberar en la sesion siguiente sobre las bases que habían sido tomadas en consideracion, y despues de varias votaciones se acordó la continuacion de la guerra, cediendo la Cámara ante la presion que sobre ella se ejercía. Pero los partidarios de la paz no estaban dispuestos á ceder el campo tan fácilmente, y valiéndose de los elementos de que podía disponer, movieron una gran masa de mujeres, que acudieron á la Cámara pidiendo la paz, y que insistieron hasta el punto de tener que dispersarlas á viva fuerza, resultando heridas y aun muertas algunas de ellas. Estos movimientos, que dieron lugar á algunas violencias, hicieron que fuese un dicho vulgar entre las gentes que el Parlamento no tenía ya nada que echar en cara al rey ().

Adoptada por el Parlamento la resolucion de que continuase la guerra, trató éste de subvenir á todas las necesidades que existían y cubrir todas las faltas que había; así fué que despues de haber procurado mejorar en cuanto fué posible la situacion del ejército de Essex, se ocupó de fijar una linea de defensa que protegiese á Londres de un golpe de mano de las tropas reales, á que se había expuesto en más de una ocasion. Hicieronse con este objeto trabajos de consideracion, que á pesar de ocupar una extension de doce millas se terminaron en pocos días, y se guarnecieron las nuevas fortificaciones con diez mil hombres á las órdenes de William Waller.

Las tropas reales habían conseguido por entonces algunas ventajas en el Norte á las órdenes del conde, y ya entonces marqués de Newcastle. Había éste conseguido derrotar á Lord Fairfax, general del Parlamento, y á Olivier Cromwell le había quitado la plaza de Gainsborough en Lincolnshire; pero á pesar de estas ventajas, sus fuerzas estaban haciendo falta al rey, que deseaba aprestarse para dar un golpe de mano sobre Londres, que no había podido llevar á cabo por faltarle el auxilio de estas tropas, que difícilmente habían de unirsele por no querer los soldados separarse de la inmediacion de sus casas. Tuvo, pues, el rey que abandonar su proyecto, y comenzó á llevar á cabo un nuevo plan de operaciones. A los pocos días tuvo un encuentro inesperado cerca de Newbury con las tropas de Essex; no creían encontrarse ninguno de los dos ejércitos; así fué que se vieron en la necesidad de entrar desde luego en combate. Fué dudoso el éxito de la batalla; pero

(1) Guizot, H. de la revolution d'Angleterre, t. I, pag. 430.

tuvo por resultado que Carlos abrió paso á Essex, que iba á Newbury en dirección á Londres; pero encargó al príncipe Roberto que picase la retaguardia, volviéndose él á Oxford.

Fué recibido Essex en triunfo á su entrada en Londres; pero á pesar de eso y de las muchas deferencias de que fué objeto, cansado de lo mucho que había trabajado, y de que no se lo agradecían todo lo que se debía, pidió su retiro. No accedió el Parlamento á su pretension, deseoso de conservar tan buen servidor aun á costa de cualquier sacrificio, y con ese objeto separaron á Waller del mando de las tropas, para dar al conde una satisfaccion, y conseguir, como sucedió, que siguiera al frente del ejército.

El Parlamento, que no descansaba, y que no sólo se ocupaba de los asuntos concernientes á la guerra, sino que en todo ponía mano, no dejó desde luego de subvenir á una necesidad que cada dia se hacia más apremiante: era esta la falta que tenia del gran sello, que había sido llevado por el rey, y del que carecian para la legalizacion de documentos. Resueltos á vencer todas las dificultades, hicieron otro á pesar de la oposicion con que tropezaron en la Cámara de los Lores, y que sólo pudo vencer la resuelta actitud de los Comunes.

Ocupáronse tambien de la reforma de los tribunales y de algunas otras instituciones, acomodándolas todas al carácter que iba tomando el todo de los negocios públicos.

Existían grandes puntos de similitud entre los reformistas ingleses y los llamados aliados en Escocia, y así fué que al poco tiempo se pusieron en relaciones que fueron estrechándose hasta el punto de venir á unirse para combatir al rey y defender su causa. Tratábase de esto, y Montrose, que continuaba siendo decidido partidario del rey, se lo hizo saber por medio de la reina, y propuso que pusieran los medios que fueran posibles para impedirlo, llegando á indicar el de que se formase un cuerpo de ejército escocés que viniese en auxilio del rey y produjera cierto dualismo. Este proyecto tropezó desde luego con graves dificultades, y hubo que desistir de él.

Llegóse por fin á pactarse una liga entre los ingleses y los escoceses, y el Parlamento de este último país hizo que fuese esta pública, procurando excitar el entusiasmo del pueblo por todos los medios que tuvo á su alcance. Como consecuencia de ella, formó Escocia un cuerpo de ejército que puso á las órdenes de Leslie, su antiguo general, que aceptó el mando con alguna repugnancia por tener que quebrantar la palabra que tenía empeñada con el rey de no volver hacer armas contra él.

Esta liga había dado gran fuerza á la causa del Parlamento, al paso que había producido gran desaliento entre los parciales del rey; pero este no veía las cosas en tan mal estado; si bien no desconocía la importancia del suceso, tenía gran confianza en el éxito de su causa; veía sobre todo, en el estado en que Irlanda se encontraba, un gran punto de apoyo para él, principalmente por lo que los movimientos de aquella isla, atraían la atencion del Parlamento, distrayendo de ese modo una no pequeña parte de los elementos con que éste y los escoceses contaban para combatirle.

Habíanse suscitado en Irlanda graves dificultades: al estado de descontento general en que el país se encontraba, se había unido el que los católicos, deseosos de ponerse á cubierto de las vejaciones que constantemente venían sufriendo, habían firmado una alianza y siguiendo los pasos que ántes Escocia había trazado, deseosos de obtener los mismos resultados en beneficio suyo, se declararon en abierta rebelion, negándose á obedecer mientras sus quejas no fueran atendidas y se respetaran sus derechos. Defendiéronse de la imputacion que se les hacia de ser rebeldes, diciendo que no lo eran, pues que su actitud dependía tan sólo de la necesidad en que se veían de defenderse contra vejaciones de toda especie. Constituyeron sus autoridades, y nombraron los jefes de sus fuerzas, dividiendo por fin la isla en cuatro partes, poniendo al frente de cada una de ellas un general. Ayudó no poco á la actitud tomada por los católicos la conducta de las tropas inglesas y escocesas que sobre vejar al

país, apenas se ocupaban de tranquilizarlo, é irritando los ánimos de los habitantes, los movían á unirseles.

Indudablemente que el estado de las cosas en Irlanda no dejaba de favorecer bastante á la causa de Carlos, pero creyó este que otro acontecimiento le era todavía más favorable, y había de serle de grande ayuda. Acababan de morir en el año último Luis XIII y Richelieu, y con ese motivo el embajador francés en Inglaterra había sido relevado, viniendo á reemplazarle el conde de Harcourt en calidad de embajador extraordinario; á su llegada el conde creyó que debía, conociendo las buenas relaciones que existían entre la reina de Inglaterra y su cuñada Ana de Austria, regente de Francia, ir á visitar al rey Carlos á su residencia de Oxford. Como resultado de la entrevista, y deseoso Harcourt de servir al desgraciado monarca, dió algunos pasos con objeto de ver si podía conseguir algo en su obsequio, nada consiguió; pero en cambio hizo que nacieran contra él sospechas, que dieron lugar á que por órden secreta del Parlamento se interceptase y revisase su correspondencia; llegó naturalmente á saberlo el embajador, y pidió sus pasaportes, comprendiendo la mala posición que se había creado, y que sus esfuerzos no alcanzaban á poder servir al rey.

Deseoso Carlos de buscar un medio para desasirse del Parlamento, y recobrar el terreno perdido, creyó que sería conveniente disolverlo; pero temiendo que quizás no le obedeciesen, fundándose para ello en que les tenía ofrecido lo contrario, creyó que era conveniente consultarlo con alguno de los miembros de su Consejo; llamó al efecto á Hyde, persona de toda su confianza y grande ilustracion, y le planteó la cuestion de la manera siguiente: «Esguardar demasiada consideracion á esos rebeldes que están en Westminster el tratarlos como si todavía formaran parte del Parlamento; pero mientras se sienten en aquel recinto, es cosa segura que usurparán el poder. El acta en la que prometí no disolver el Parlamento sin su consentimiento es, segun se me asegura, nula, segun derecho, porque no me era dable abolir de ese modo las prerogativas de la corona, y hoy quiero usar de ella. Que preparen una proclama que declare disueltas las Cámaras, y prohíba terminantemente que se reúnan, y que sean reconocidas ni obedecidas por nadie.» Alarmó á Hyde la consulta del rey, y bien se demuestra por la contestacion que dió. «Veo, dijo, que V. M. ha meditado detenida y profundamente esta cuestion, pero á mí me coge de nuevo, y por lo tanto necesito hacer del asunto un exámen más detenido; tan solo diré, pues, que no comprendo en manera alguna, cómo podrá V. M. impedir que se reúnan en Westminster, y sin embargo, si sucede, produciría muy mal efecto en el país. Bien puede ser que el acta de que habla V. M. sea nula en efecto, y me inclino á creerlo así; pero mientras el Parlamento, haciéndose cargo de sus errores, ó reprimido en su rebelion, no lo haya declarado él mismo, ningún juez, ningún ciudadano se atrevería á sostener semejante parecer. Ya se ha dicho mucho que esta era en el fondo la intencion de V. M., que en nombre del mismo derecho amamantaba la esperanza de examinar algun dia todos los actos del Parlamento; y ya este solo rumor, que siempre ha sido desmentido, ha dañado no poca causa de V. M. ¿Qué sucedería, pues, cuando se publicase la proclama, desde luego impotente, y que probaría la verdad de todas las sospechas? Ruego á V. M. que lo piense bien antes de llevar adelante este proyecto.» (1).

Comprendió Carlos la imposibilidad de llevar á cabo su proyecto, despues de la contestacion que Hyde le había dado, y de los rumores que de boca en boca corrieron, aprobando lo dicho por el ilustrado consejero, de lo que se deducia claramente que la oposicion de los enemigos del Parlamento era que no debía desaparecer, si bien convenia que obrase dentro del círculo de sus atribuciones y de ahí el que nadie aprobase lo que el rey se había propuesto.

Desistió, pues, este del camino que se

(1) Guizot, H. de la revolution d'Angleterre, tomo II, págs. 24, 25, 26; Clarendon, memoires, tomo I, págs. 246.

había trazado, si bien no del fin que por aquel medio había querido obtener; así fué, que propuso á su consejo que se pusiera á prueba la fidelidad del Parlamento, para averiguar por ese medio la adhesion que le tenía. Consistía su nuevo plan en convocar el Parlamento para que viniese á Oxford, y allí en union suya tratar de orillar las diferencias que existían.

Conocía Carlos la influencia que la institucion tenía en el país, y quería acabar de vencer las dificultades que entre él y las Cámaras existían, y de no conseguirlo, desacreditarlas, haciendo que apareciesen como rebeldes ante el país. Nada afectó el rey á ellas, y conociendo la prepotencia y envanecimiento de que estaban poseídas, creyó con razon que no habían de responder á su llamamiento, con lo que creía conseguir su objeto, ó bien que acudieran en parte, con lo que nacería en ellas un duelo que las debilitaría al paso que le daría á él mayor fuerza.

Citó, pues, las Cámaras para que se reunieran en Oxford el 22 de Enero de 1644, y tan solo acudieron al llamamiento 43 pares y 118 comunes, con lo que vió el rey que sus deseos se cumplían. Abrió las sesiones Carlos con un amable discurso, en el que deplorando las calamidades del país y lamentándose de ellas, les aseguró que deseaba remediárlas, que esperaba que le ayudarían á conseguirlo, asegurándoles al mismo tiempo que disfrutarían de todas las libertades y privilegios que como miembros del Parlamento les eran inherentes.

No satisfechos los miembros del Parlamento que habían acudido al llamamiento de Oxford, determinaron ponerse en relaciones con los que habían permanecido en Londres, y resolvieron pedir por medio de Essex á sus compañeros el que éstas se entablaran, y que al efecto nombraran unos comisionados que vinieran á tratar con ellos, y á entablar negociaciones que entendían habían de dar muy buen resultado. Dirigiéronse, pues, las Cámaras de Oxford á Essex en peticion de que se les facilitase lo que deseaban; pero éste, sin esperar muchas explicaciones, les contestó desde luego que no podía dar curso á su solicitud, en razon de que no reconocía en ellas autoridad de ninguna especie, y mucho menos la necesaria para tratar como deseaban con las Cámaras inglesas. Decidieron entonces los miembros congregados en Oxford para vencer esta dificultad y llevar adelante su propósito que tenían por ventajoso, que el rey se dirigiese á sus compañeros de Londres, en peticion de la negociacion que proyectaban.

C. DE TORENO.

(Se continuará).

CONGRESO.

DISCURSO DEL SEÑOR PÍ Y MARGALL.

No recogería las muchas alusiones personales que se me han dirigido en este debate, si mi constante oposicion á que se suspendan las sesiones de las Cortes no hubiera constituido una parte principal de mi política. Ya os lo he dicho otras veces: yo creo que no deben suspenderse las sesiones interin no se halle constituido el país, porque he creído siempre que los períodos de interinidad son de suyo peligrosos y conviene por lo mismo que sean lo mas cortos posible. Además, no hubiera pensado nunca en que se suspendieran las sesiones interin no se realizaran ciertas reformas importantísimas, sobre todo, las que se refieren á nuestras provincias de Ultramar. Yo que veo allí una insurreccion que cuenta ya algunos años, creía que llevando á cabo ciertas reformas, particularmente en las islas de Cuba y Puerto Rico, pondríamos término á esa insurreccion, y suspender las sesiones sin verificar esto, no era conveniente, y me parecia además que rebajaba nuestra importancia y nuestro prestigio, que tan necesario es para llevar á cabo la obra constitucional. ¿Qué diferencia entre las Cortes de 1869 y las actuales!

Aquellas Cortes en breve tiempo formularon una Constitucion.

Nosotros somos unas Cortes casi unánimes; nosotros apenas disintimos en principio sobre la federacion, y despues de cuatro meses debemos separarnos sin haber escrito la Constitucion. Yo que recuerdo el afan con que el Sr. Castelar contaba los dias que faltaban para la reunion de estas Cortes, no puedo menos de extrañar que ahora quiera S. S. un periodo de interinidad tan ocasionado á perjuicios como aquel.

Si hubiéramos hecho la Constitucion, y las provincias hubieran empezado á entender en su organizacion política, yo sería el primero en solicitar la suspension de las sesiones, porque entonces sería natural y legítima; pero ahora, en las circunstancias en que nos encontramos, me parece peligrosa é inconveniente.

He examinado las razones que dais para suspender las sesiones, y sobre todo para que la Constitucion no se discuta, y no he encontrado ninguna que tenga para mí el menor peso. Decís que no podeis formularla porque hay entre vosotros grandes diferencias acerca de la division territorial. Pues si os habeis puesto de acuerdo en el seno de la comision, ¿cómo dudais de obtener igual resultado en el seno de las Cortes? Y si la Cámara opinara de distinta manera que la comision, no habría mas que doblar la cabeza ante sus decisiones. Sabéis que yo soy ardiente partidario de la division territorial fundada en los antiguos reinos, como en el proyecto de Constitucion se establece; pero si esta idea no prevaleciera, yo sería el primero en acatar el fallo de las Cortes, cualquiera que fuese. Por lo demás, las dificultades que en este punto han surgido yo las preveía, y por eso en mi discurso programa del 11 de junio decía que era preciso que nombrárais dos comisiones: una para redactar el Código constitucional, y otra para entender en la division de los estados.

Pero ¿es fundado el temor de que la division territorial dé lugar á los conflictos que se suponen? La division territorial en España ha sufrido grandes mudanzas sin producir esas perturbaciones. El año 33 estaba dividida España en 13 provincias, y no por una ley sino por un decreto de la Reina Gobernadora, de acuerdo simplemente con el Consejo de ministros, se dividió en 49, sin que hubiera contra esa reforma, que lastimaba los intereses de las antiguas demarcaciones, protesta alguna á mano armada. De todos modos, para nada necesitais hacer consultas cuando querais decidir esta cuestion, que está bajo la jurisdiccion de las Cortes.

Tambien os he oido decir alguna vez que no teneis seguridad de que las pequeñas oposiciones que hay en la Cámara tomen parte en los debates de la Constitucion, y ya hace pocos dias oísteis á los conservadores protestar de esta aseveracion, y hoy la izquierda ha declarado que hace tiempo está dispuesta á acudir con su concurso á la formacion de la Constitucion. Sin embargo, la discusion no se ha verificado, á pesar de haberse acordado que hubiera dos sesiones diarias, destinando exclusivamente á ese objeto la de la tarde, y cuando las Cortes tomaron ese acuerdo ya había ocurrido el movimiento cantonal que parece se alega como pretexto para no cumplirlo.

Por lo demás, yo entiendo que sería muy bueno el concurso de todos para discutir la Constitucion; pero no porque sean obra de un partido dejan de tener autoridad las Constituciones. En 1844, los conservadores, dueños completamente del poder, convocaron Cortes, no ya constituyentes, sino ordinarias, para hacer lo que despues fué la Constitucion del 45. No había allí más oposicion que la de don José María Orense, que empezaba entonces su larga y brillante campaña parlamentaria, y sin embargo, esa Constitucion que parecia debía carecer de autoridad y prestigio, como obra exclusiva de un partido, es la que más ha durado en España, pues ha regido desde 1845, con pequeños intervalos, hasta 1868.

¿Y sabéis por qué los conservadores de 1844 hicieron su Constitucion á pesar de la falta de oposicion en el Parlamento? Porque tenían plena confianza en su fuerza, en el país y fé en los principios que profesaban, que entonces eran los

dominantes. Yo siento que vosotros no tengáis esa confianza en vuestras fuerzas, y esa fe en los principios que teniais en otro tiempo. Y digo esto, porque he oído en este recinto algunas indicaciones que me han causado honda pena.

Ya un día un diputado, hablando de su federalismo, decía que era homeopático; ya otro que lo que el país quería no era república y federación, sino paz y sosiego; y hasta el mismo Sr. Castelar decía al final de su discurso en ocasión solemne, que le era preciso invocar á Dios para que viniera á salvar la unidad, la integridad y la totalidad de la patria. ¿Qué hacia con esto el señor Castelar, sino ser eco sin sentido de las palabras del Sr. Leon y Castillo, único orador que habia combatido el proyecto constitucional? ¿Quién ha atacado en España la unidad ni la integridad de la patria? Nadie; pues los mismos cantonales lo que querían era establecer el gobierno de la república española.

Pues bien; si habeis perdido la fé en los principios que habeis siempre profesado; si el movimiento cantonal ha amortiguado vuestras creencias, tened la franqueza de decirlo; podeis dirigirlos al país, diciéndole: nosotros hemos creído que la república federal era la mejor forma de gobierno aplicable á la nación española, la que mejor solución da al problema político del siglo, la que hemos entendido que podía armonizarlo todo sin que hubiera rozamientos ni choques por medio de la autonomía del Municipio, de la provincia y la nación entera, con la que habíamos llegado á creer que haciéndola extensiva á las demás naciones de Europa y después á todo el mundo, podríamos llegar á la realización de aquel bello ideal, en virtud del cual, las cuestiones entre los pueblos, en vez de fiarse á la fuerza de las armas, se arreglaran por la justicia y en derecho.

Nosotros creíamos que la república federal era la mejor manera de resolver las pavorosas cuestiones sociales; pero cuando hemos llegado á la realización de nuestras ideas, al encontrarnos en frente de una guerra civil y amenazados por otras conspiraciones, hemos llegado á creer que esta forma de gobierno no es realizable en nuestro país. Si nosotros creemos que hemos errado en nuestra política, que no tenemos derecho para regir los destinos del país, tened el valor de resignar el poder en una junta central ó en unas Cortes que vean y estudien las bases en que debe descansar la futura constitución política de España, y entonces todos aplaudirían vuestro acto de patriotismo, y la historia dirá un día: «si no fuisteis grandes hombres de gobierno, por lo menos fuisteis hombres sinceros y leales.» Yo no he perdido la fé; yo creo que esta forma de gobierno es realizable, y no ha sido bastante para alejarme de mis creencias el movimiento cantonal.

Yo sé que esta es la suerte fatal de todas las ideas nuevas; yo sé que no ha nacido á la vida una idea nueva sin que haya sido rodeada inmediatamente de los trastornos y sucesos más deplorables; sucesos y trastornos que han producido espanto aun en los hombres á quienes menos debiera haberles causado estos efectos. Hoy, sin embargo, me parece que habeis depuesto algo el terrible temor de que os sentais acometidos por la república; pero no me negareis que durante algunos días habeis dado motivos para que se creyese que no veiais salvación para la república federal española.

Vosotros habeis dicho: «es necesario suspender las sesiones á causa de los grandes conflictos que nos rodean.» Y el Sr. Castelar hizo subir á 50.000 hombres el número de soldados que combatían por la causa de D. Carlos. Habeis dicho que es necesario suspender las sesiones, porque no sabemos lo que podrá surgir mañana, y es preciso que el Poder ejecutivo pueda obrar desembarazadamente. Yo no comprendo esto. Vosotros ejecutais, nosotros legislamos; ¿no podemos acaso legislar mientras vosotros ejecutais? ¿No se os ha dicho además que podais prescindir de venir aquí mientras se discutía la Constitución del Estado? ¿No se os ha armado de las autorizaciones más amplias que pueden concederse á un Gobierno para conjurar los peligros presentes y futuros sin necesidad de acudir á la suspensión de sesiones? En cuantos ejemplos de cir-

cunstancias gravísimas se os han puesto aquí, habeis visto que cuando los peligros han arreciado más, los Gobiernos han tenido general interés en estar rodeados de las Cortes para dar mayor prestigio á sus actos y á sus disposiciones.

Hoy no hay razón para suspender las sesiones, y os digo más: vosotros mismos os creais conflictos mayores en suspenderlas. Tres han sido los Presidentes del Poder ejecutivo nombrados por las Cortes; dos han tenido que renunciar sus cargos por las dificultades que les han cercado; de modo que las crisis se han hecho estensivas hasta el Presidente del Poder ejecutivo. Si mañana hubiera una crisis, ¿cómo se resolvería? Tiene el Sr. Castelar facultades para resolver las crisis; pero no puede entregar el poder que tiene á ninguna otra persona.

¿Hasta qué punto llega vuestra ceguera! ¿No habeis dicho que el día 5 de este mes se suspenderían las sesiones? Y sin embargo, vosotros mismos, efecto de las crisis que os han perturbado, habeis venido aquí á suspender los debates de aquella proposición para ocuparos en la solución de la crisis. Comprended los peligros que correis, y si llegais á comprenderlos, estoy seguro que retrocederéis de vuestro propósito.

La suspensión de sesiones es una gran falta de prudencia. Las Cortes Constituyentes pasadas las suspendieron por dos veces, pero las suspendieron cuando tenían escrita y promulgada la Constitución del Estado. Por esta razón, para suspenderlas bastó una simple pregunta á la Cámara, sin que hubiese necesidad de presentar proposición alguna ni de promover un debate como al que ha dado lugar esta proposición.

Como solo me he propuesto manifestaros las razones que tengo para oponerme á la suspensión de sesiones y para justificar una vez más la política que he seguido durante mi permanencia en el Gobierno, no quiero decir una palabra más. Harto os he dicho ya para que sepais si os conviene ó no la suspensión de sesiones. (*Muestras de aprobación en el centro y en la izquierda.*)

DISCURSO DEL SEÑOR CASTELAR, PRESIDENTE DEL PODER EJECUTIVO.

Sres. Diputados, un sentimiento de respeto á las Cortes ha obligado al Gobierno á no intervenir en el fondo de esta cuestión.

El asunto de la suspensión de sesiones es un asunto puramente legislativo, y el Ministerio no ha querido que se pudiera decir que él intervenía directa ni indirectamente en las resoluciones de la Asamblea. Pero hay muchas cuestiones políticas que están completamente ligadas con la cuestión de la suspensión de sesiones, y sobre estas cuestiones debe decir algunas, aunque pocas palabras el Gobierno; porque yo he dicho muchas veces que este es el banco de la acción, y no el banco de la palabra. Sin embargo, yo no puedo comprender cómo se ha dicho y cómo se ha sostenido aquí durante toda esta sesión, que el pueblo español que tiene los derechos individuales, que tiene el sufragio universal, y que tiene hoy mismo en las imperfectas instituciones vigentes una gran autonomía municipal y provincial; el pueblo español que tiene á su cabeza una Cámara elegida por el pueblo, la cual á su vez elige un Gobierno amovible á su voluntad y responsable ante su soberanía, el pueblo español no es una verdadera república.

¡Ah, señores! Cuando se oye esto, cuando se medita sobre esto, se vé que no se compara, que no se quiere comparar la situación de que hemos salido con la en que nos encontramos; que nadie se acuerda de aquellos tiempos en que un clero intolerante pesaba sobre las creencias; de una monarquía que pesaba sobre las espaldas de todos; que no habia seguridad individual; en que un censo aristocrático regia la nación española; en que la censura oprimía todo pensamiento; en que la Universidad tenía que arrastrarse á los pies del poder ó arrojar de su seno á sus profesores; ¡tiempos horribles de que nos he-

mos libertado á tanta costa! (*Aplausos.*)

Aquí ha llegado á decirse (con escándalo lo he oído) que no tenemos ningun principio que oponer á los principios sustentados por don Carlos; que no tenemos una bandera que oponer á su bandera. ¿Con que es decir que no es bandera la libertad religiosa contra la intolerancia, la libertad contra la censura? ¿Con que es decir que no es una bandera santa la bandera de la república federal contra la monarquía absoluta?

Se dice también: ¿Para qué este cambio, si entre la Constitución vigente hoy, esta Constitución que está vigente por un pacto tácito, y la Constitución antigua que acabamos de derribar en el mero hecho de proclamarse la república, no hay ninguna diferencia? Señores, ¿no hay diferencia entre una dinastía permanente, entre un poder hereditario é irresponsable, y los poderes que ha creado la república?

Yo tengo que decir todo esto, porque como he adquirido en el largo estudio de la historia la paciencia que tanto necesitan los pueblos, sé lo que cuesta un paso, lo que cuesta una reforma, y cuando me comparo con los pueblos más ilustres de Europa y los veo á unos sometidos á la monarquía, á otros sometidos al cesarismo, á otros sometidos á la aristocracia y á la vinculación, mientras nosotros tenemos por nuestro todo el espacio de la democracia moderna, digo que lo existente escude con exceso, no á mis principios, que son mayores que todo esto, pero sí á todo lo que yo habia soñado que podíamos adquirir con nuestros medios y con nuestros esfuerzos. (*Aplausos.*)

¡Ah, señores! Si yo pudiera legislar en un pueblo completamente primitivo, ¿creéis que me detendría delante de ningun obstáculo? ¿creéis que todos los espíritus no serian libres como en el momento mismo en que salieron de manos del Creador?

Pero, señores, tenemos que andar sobre muchas ruinas, tenemos que combatir muchas preocupaciones; nos encontramos en un pueblo acostumbrado á quince siglos de monarquía y á mas de cuatro siglos de absolutismo, y por consecuencia, es necesario que midamos con mucha prudencia los obstáculos que tenemos que vencer, para que no nos suceda que por quererlo todo, lo perdamos todo como dementes y como suicidas.

Y aquí tengo que contestar á unas palabras del Sr. Pi y Margall. Yo, señores, he estado siempre en disidencia con muchas de las ideas del Sr. Pi y Margall; nuestras escuelas, especialmente en puntos económicos y sociales, han sido siempre escuelas distintas; yo, sobre todo, he estado en gran disidencia con el Sr. Pi y Margall dentro del Gobierno provisional, y S. S. ha venido á recordar secretos del Consejo de ministros, impaciencias que yo tenía por la reunión de las Cortes. Sí, tenía impaciencia por salvar mi responsabilidad en gran parte en aquella política. El Sr. Pi y Margall sabe que por cuatro veces presenté mi dimisión, y que no me fuí por la imposibilidad en que entonces estaba el Presidente del Poder ejecutivo, mi ilustre y querido amigo el Sr. Figueras, de resolver las crisis, á cuyas cariñosas instancias cedía siempre; y sobre todo, porque entonces, como ahora, sacrificé muchas veces los impulsos de mi corazón y hasta la voz de mi conciencia á los intereses de la libertad y de la república.

Yo me quise ir cuando se rompió la conciliación, porque creí que el partido republicano habia sido muy ingrato con aquellas Cortes; yo me quise ir el día en que el general Pierrad insensatamente, á la espalda del Consejo de ministros, publicó una circular escandalosa que era un ataque á la organización del ejército, á la disciplina, á la ordenanza, y sembraba todo género de males sobre el suelo de la patria; y no me fuí porque el general Nouvilas puso al día siguiente una orden del día en la cual se sostenían mis principios, que fueron sustentados por todo el Gobierno. Yo me quise ir también el día en que disolvimos la comisión permanente y en que comenzaron en una gran parte de nuestro partido impaciencias violentísimas, alarides de desórdenes que podían comprometernos y matarnos.

Y sin embargo, ¿qué hice yo, señores diputados, á pesar de todos estos com-

promisos conocidos por todo el mundo? Dije: dadas mis ideas, dada la política que yo tengo en mi corazón y en mi mente, quizá no respondo á lo que el partido republicano necesita y desea; y salí de aquel ministerio; pero continué haciendo lo mismo que habia hecho hasta entonces. Me puse por completo al servicio del Sr. Pi y Margall, y le estuve sosteniendo dos meses enteros con todos mis esfuerzos.

Si algun amigo mio suscitaba una crisis dentro del ministerio, yo le reconvenía duramente, y cuantas veces la crisis venia al Parlamento me levantaba á apoyar al Sr. Pi. El Sr. Pi y Margall no habra perdido la fé en nuestros principios, pero los ha violado muchas veces en el gobierno. Los violó con las autorizaciones, los violó con el apoyo á cierto célebre bando. ¿Qué hice yo? Defenderle con mi palabra, con mis votos, con todos mis medios, porque quería que su señoría creara orden dentro de la República, dentro de la libertad, dentro de la unidad de la patria y dentro de la federación.

Y solo un día en que ya no era posible sostenerle porque la mayoría, contra mi voluntad y contra mi consejo, no quiso sostenerle, yo seguí, yo dirigí, seguí á la mayoría. Pues bien; yo que sostuve al Sr. Pi y Margall, con un interés y con una lealtad de que no puede dudar, ¿debia esperar que me dirigiera un grave cargo por haber invocado á Dios al fin de mi discurso presidencial y haberle pedido que salvara la integridad, la unidad, la totalidad de la patria? ¿De cuando acá es un crimen en España invocar á Dios para que salve la totalidad, la integridad de la patria? (*Grandes aplausos.*)

Nosotros no hemos perdido la fé en nuestros principios; nosotros no podemos perderla, nosotros hemos seguido en cierto punto una conducta análoga á la que ha seguido el señor Pi y Margall.

Pues qué, eso de que tanto se nos acusa, eso de emplear á los generales de todos los partidos, ¿no lo ha hecho también el Sr. Pi y Margall? Lo ha hecho; solo que yo tengo franqueza de decirlo y S. S. la ductilidad de hacerlo. ¿He colocado yo, por ventura, al ilustre general Martínez Campos, á quien sostengo con todas mis fuerzas y á quien agradezco sus servicios? ¿He dado yo la dirección de la guerra del Norte nada menos que al general Córdova? ¿He nombrado yo ministro de la Guerra al general Gonzalez, de origen radical, y á quien yo no conocia? Y esto que ha hecho el Sr. Pi con gran política y con gran prudencia, esto que yo aplaudo en el Sr. Pi, ¿ha de ser para el centro y para la izquierda una virtud en el señor Pi, y en mí una falta? Señores, yo pienso hacerlo, yo lo haré con mas amplitud que el Sr. Pi, porque las necesidades son mas urgentes, porque la patria está en mayor peligro, y la guerra se hace con generales verdaderos, con generales que tengan conocimiento del campo de batalla, y la guerra se hace con la pericia, con la ciencia, con la táctica.

Si algo siento yo, es que excepto el ilustre general Nouvilas, y quizá algun otro, cuyo talento militar y organizador son conocidos de todos los generales republicanos, venidos casi todos del campo monárquico, hayan sido los que se han levantado contra la república, contra la patria, y hayan desgarrado el seno de esta nación, y hayan escupido y manchado y abofeteado todo nuestro ideal. (*Grandes aplausos.*)

Por eso dije yo siempre á los republicanos: el primer tiro que se dispare herirá en el corazón á la República. Creed que esas son imágenes de poeta, y no conocen la realidad hasta que la tocan. Y ahora, muchos de los que formentaban la insurrección cantonal creen, como yo lo creo, que la insurrección cantonal ha herido en el corazón á la República, y es necesario curarla y salvarla. ¿Sabeis por qué? Porque el hombre de Estado no es el hombre del gabinete; no, el hombre de Estado no debe encerrarse en su conciencia y desde allí discutir principios de política como se discuten principios filosóficos. El hombre de Estado debe hacer una serie de transacciones entre el ideal y la realidad, entre su partido y los demás partidos.

Señores, si yo como diputado sostuve la suspensión de sesiones, que como mi-

nistro no digo nada, lo sostuve en bien de la República y de la federación, en bien de todos nuestros principios. Pues qué no se palpa que contra algunos de esos principios, y especialmente contra los principios federales, hay una gran reacción que debemos conjurar á toda costa? Los pueblos saben poco de ideas: examinan y comprenden mucho más la realidad de los hechos. Cuando se vió de un lado las Cortes, y de otro el palacio en disidencia con las Cortes; cuando se vió el golpe de Estado amenazando, cayó el antiguo trono de nuestros reyes: nuestras predicaciones no hicieron tanto como la tosca realidad.

Pues bien; digamos lo que queramos, es lo cierto que el pueblo español cree que el sistema cantonal es el ensayo de la República Federal; la opinión pública en España lo cree, y no basta con mirar á nuestra conciencia: es necesario envolvernos en la atmósfera que nos rodea.

Hay quien cree que insurrección cantonal quiere decir guerra entre las clases sociales, rehenes metidos en la cárcel, incendios de Sevilla, desórdenes de Alcoy, bombardeo y rapiña en Aguilas, bombardeo de Almería, vinculación en manos aventureras de nuestra marina, entregándola á todos los azares de la política europea.

Y es posible creer que bajo esta atmósfera se puede discutir, se pueden formular, se pueden dilucidar con calma los principios más altos de la ciencia moderna, sin que la opinión entera nos abandone? Es preciso, para que fundemos la libertad, la República, la federación, la autonomía del municipio, la autonomía de la provincia dentro de la integridad de la patria; que tengamos la calma y la serenidad de verdaderos legisladores.

Se dice: Esta Asamblea se encuentra expuesta á un golpe de mano. ¿Por ventura, la fuerza de la Asamblea consiste en la reunión de los diputados aquí presentes? ¿No podría entrar ahora un batallón de fuerza armada á disolver esta Asamblea? No han entrado los batallones en las Asambleas suspensas: han entrado en las Asambleas reunidas. Pues qué, ¿entró Napoleón en la Asamblea de Saint-Clouf el 18. Brumario en una Cámara vacía, ó en una Cámara llena? Napoleón III, ¿dió el golpe de Estado contra una Asamblea suspensa, ó contra la primera Asamblea legislativa que estaba en la plenitud de sus derechos? La verdad es que la Asamblea tiene fuerza ó no la tiene. Tiene toda la que ha depositado en el Poder Ejecutivo, y el Poder Ejecutivo la conserva y la conservará, ó este Poder Ejecutivo será el primero que caerá á los golpes de los sables ó á los tiros de los que quieran sustituir la Asamblea de los diputados por la reunión de los pretorianos.

¿Y los peligros de la interinidad? dice el Sr. Pi y Margall. Pero, señores diputados, no es cierto que la interinidad tenga en las república los mismos peligros que en las monarquías. Las regencias son peligrosas en las monarquías, porque son interinas, y el carácter de las monarquías es de perpetuidad, de estabilidad. Pero en las repúblicas, donde el poder central, el poder municipal, las Cortes, todos los poderes son amovibles, la interinidad no tiene los peligros que en las monarquías.

Después de todo, la Constitución de los Estados Unidos ¿no costó diez años? ¿No hicieron una constitución semejante á la de Holanda y á la Liga anfitrónica, y después observaron que el poder no tenía fuerza, y se verificó un gran movimiento unitario, del cual surgió la Constitución federal que hoy tienen? ¿Pues qué! si se dijera á un ciudadano de Helvecia que está en interinidad porque hace cinco años está en un período constituyente, ¿no se burlaría del que esto le dijera? Y sin embargo, allí se han reunido Cortes Constituyentes, ha habido una amplísima discusión, se ha entregado la Constitución al pueblo para la sanción; el pueblo la ha rechazado; se volvió á deliberar sobre esa misma Constitución; quizá el pueblo la rechace otra vez; y mientras tanto Suiza está tranquila, como todos los pueblos democráticos que no tienen miedo de que se pierda la República.

¿Qué ejemplo, señores, el ejemplo de las Cortes modernas y reaccionarias del 45! Las Cortes del 36, aunque reunidas por un solo partido, se encontraron

frente á frente de una guerra civil quizá no tan formidable como la guerra civil ante la cual nos encontramos nosotros; y conociendo que necesitaban una Constitución de transacción con la realidad y con los demás partidos, hicieron la Constitución del 37, y aquella Constitución vivió muchos años, porque no era la obra del egoísmo de un partido. Vino el egoísmo de un partido, y hombres ilustres, de los cuales algunos me escuchan, se opusieron á que se hiciera la reforma del 45 por su carácter egoísta. La reforma se hizo; pero á los cinco años hubo golpe de Estado de arriba, á los dos revolución de abajo; siempre el desorden y anarquía; porque esa es la suerte de los monumentos que se levantan á la soberbia de un sectario ó al egoísmo de un partido.

Y qué, señores diputados, ¿hay alguien en esta Cámara de tan estrechas miras, que crea que á pesar de ciertas combinaciones y tratos que solo prueban la impotencia de la monarquía y la incapacidad de los pretendientes, hay alguien que crea que la República no está definitivamente establecida en la vecina Nación? Pues allí no hay Constitución. ¿Y el año 1848? ¿Acaso entonces, porque dictaron con prisas una Constitución, evitaron el golpe de Estado y se defendieron de la reacción? ¿Hicieron algo con tener una Constitución? ¿Evitaron algo? No evitaron nada, porque los excesos y las imprudencias y los desórdenes de junio enterraron al pie de las barricadas la República de Febrero.

Y ahora, señores, esa República que ha atravesado por las crisis más grandes de la historia, la intervención extranjera, la desmembración de la patria, la pérdida del territorio, los incendios de la *Commune*, el espíritu teocrático y reaccionario que se ha mostrado á voces y atraviesa todo, de todo sale incólume, porque está impuesta por algo que no es el exclusivismo de un partido, porque está impuesta por la lógica de los hechos, por eso que llamamos en nuestro lenguaje místico y simbólico la ley de la Providencia.

Por eso yo os digo, señores diputados, que no os impacientéis: el tiempo suele vengarse de todo aquello que se hace sin contar con él. Los seres efímeros mueren pronto; los que tienen una larga gestación duran muchos años. Hagamos nuestra República Federal con madurez, con lentitud, sin precipitarnos; contemos con los obstáculos de la realidad; tratemos ante todo de salvarnos de los peligros que nos amenazan en las provincias del Norte, y tengamos la seguridad de que ningún pretendiente puede acabar con la república, porque todos son más débiles que ella. Tengamos fe en que la República es la obra de la nación y de la Providencia, y durmámonos tranquilos y seguros de que hemos afianzado la libertad, la integridad y la honra de la nación española. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

A continuación insertamos la notable carta que un ilustre demócrata francés ha dirigido á nuestro amigo el señor Castelar.

Los que no son ideólogos y comprenden las necesidades de la vida y las impurezas de la realidad, los que saben que en primer término todo hombre político serio ha de inspirarse en las exigencias de su tiempo y ha de atender á los males de su patria, estos aplaudirán el documento que ahora insertamos viniendo en que su doctrina no puede ser más sana, su redacción no puede ser más ilustrada y su objeto no puede ser más digno una vez que tiende á defender esta política republicana y conservadora que es lo que hoy impera en nuestro país, y que es la única que podría salvarle y salvará muchos países de nuestra Europa.

Dice la carta:

«Paris 29 de agosto de 1873.

Mi buen amigo, me había propuesto no escribir, persuadido de que no he de robaros el tiempo necesario para la lectura de una carta, en medio de los

terribles acontecimientos que os rodean y absorben vuestra atención y vuestras fuerzas; pero ya que me autorizais por medio de vuestro encargado de negocios en Paris para romper este silencio que me contrastaba, me apresuro á manifestaros mi opinión y la de todos mis amigos de aquí acerca de la espantosa crisis por que atraviesa España, y cuyas consecuencias nos amenazan de muy cerca.

Ante todo os diré que la opinión unánime de la democracia republicana de Francia está perfectamente identificada con vuestra política. No comprendemos la razón de ser de los intransigentes de vuestro país. Creíamos que la horrible y loca tentativa de la *Commune* sería un ejemplo provechoso para vuestros compatriotas, y que seguros de la eficacia de los medios legales con que contaban para fundar y organizar la República española, no ahogarían en la cuna, con inútiles y ruinosas violencias, el germen de libertad republicana que vos y vuestros amigos habeis logrado implantar legalmente al otro lado de los Pirineos. La historia, historia bien reciente, para nada aprovecha á los contemporáneos. La conducta de los Contreras, de los Pierrad y de sus colegas nos parece tan inexplicable como criminal. Este juicio no es solo mio; es el de los hombres más impacientes y avanzados de nuestro partido en Francia, los cuales parece que han sacado una severa enseñanza de las faltas cometidas antes y durante el movimiento insurreccional de la *Commune* de Paris.

La conducta de vuestros exaltados nos parece tanto más inexplicable cuanto que en España, examinando la insurrección desde su origen, no se encuentra una sola de las profundas causas que explican, sin justificarla, la *Commune* de Paris. Vuestros exaltados no tenían ni la sospecha de una Asamblea conspiradora y realista, ni las explosiones de un patriotismo de antiguo excitado, ni las agitaciones que arrastran á los espíritus mejor templados á esos espantosos desastres que agobian y arruinan á un gran pueblo, ni, en fin, el hambre y la miseria, consejeros natos de la sedición. Casi puede decirse que en lugar de esas diversas condiciones de desorden social y político, vuestra República ha presentado desde su principio todas las garantías de la sinceridad, de la firmeza, de los verdaderos patriotas. El partido republicano francés no ha podido menos de vituperar y condenar públicamente la rebelión de vuestros intransigentes, y la debilidad de vuestros amigos Figueras y Pi y Margall. Solo vos, querido amigo, teneis nuestra entera confianza; ahí están vuestros actos y vuestros discursos para probar que siempre habeis mostrado á vuestros compatriotas el camino del deber; y los sufragios que os han llevado al sillón de la presidencia de las Cortes nos prueban que son comprendidas vuestras intenciones.

Creo que en adelante os debeis á vos mismo y á la gran causa que representais, y permitidme que añada, á la causa común á ambos pueblos de uno y otro lado de los Pirineos. Debeis hacerlo todo para asegurar el triunfo de la República. Y aquí, con la franqueza que me es propia y con la ardiente afección que siento por vos y hácia vuestro hermoso y noble país, voy á permitirme expresar todo mi pensamiento.

Teneis ante vos un plazo de tres meses, durante el cual podeis salvaros ó perderos. El año de 1873 no debe pasar sin que hayais librado la batalla decisiva. Terrible es vuestro cometido, pero teneis una nación, la única quizás entre las de Europa que ha guardado profundamente el sentimiento del honor nacional, el desprecio á la muerte, el fanatismo de la patria. Sabeis mejor que nadie en el mundo hacer vibrar la cuerda de ese admirable y noble sentimiento del pueblo español. Es preciso ponerlo en acción y dirigirlo con desesperada energía resuelto á todo, hasta á perecer, antes que dejarlo entibiar y declararos vencido.

Vais á tener tres meses de suspensión de Cortes; aprovechad de ese tiempo de dictadura legal para abatir la bandera roja y el estandarte carlista; sed inflexible é implacable. Que el cómplice de los rebeldes, diputado ó simple ciudadano, escritor ó no, sea sometido á un

consejo de guerra y castigado en nombre de la patria en peligro.

Teneis en torno vuestro la gran mayoría del país que tiene sed de orden, de reposo y estabilidad. Negad el derecho de ser elegidos por diez años, como lo hicieron los americanos del Norte durante la guerra civil y después de ella, á todos los que hayan tomado parte en la guerra civil; vigilad sobre todo la ejecución de las órdenes del Gobierno; separad y reemplazad sucesivamente á todos los funcionarios, cualquiera que sea su clase, que no las ejecuten con entusiasmo é inteligencia.

Yo no puedo comprender cómo desde el principio de la guerra no habeis guardado todos los puntos de desembarco en la costa, impidiendo por la parte del mar el abastecimiento á los carlistas. Y sin embargo, es elemental en la guerra privar de todo abastecimiento al enemigo.

Aseguraos bien, á fin de que no os veais precisado á retroceder en esta serie de medidas enérgicas. Se os brinda una ocasión muy propicia: la de poder fundar la República en España por la represión del desorden, y con esto conquistar las simpatías de todas las poblaciones en favor de la República como salvaguardia del orden y de la propiedad. En medio de vuestros grandes infortunios, es esto una dicha para vosotros; no retrocedais ante ninguna resolución que pueda conducirnos á este buen resultado.

Creo que teneis en el país más recursos de los que son necesarios para vencer á vuestros dos adversarios. Empleadlos con método y con resolución inquebrantable. Esto, además de hacerlos prontamente invencible en el país, os aseguraria la confianza, triunfaria de las resistencias, de los recelos de la Europa oficial, y la obligaria á reconocer vuestra República.

Sois el más grande orador, porque sois la inteligencia más alta, el carácter más noble de vuestro país, que cuenta, sin embargo, muchas individualidades de gran mérito. Poned vuestras resoluciones al nivel de los peligros que os rodean; á vuestras grandes facultades intelectuales, añadid el empuje de la voluntad. Sabed querer, y habeis conquistado la gloria más grande de vuestro siglo, puesto que habeis llevado al pueblo, que hasta aquí ha honrado más la monarquía y ha paseado sus banderas por el mundo entero, al amor y al goce de la República; sereis bendecido y glorificado, tanto entre nosotros como entre vuestros compatriotas, y ocupareis en la historia el rango de los grandes hombres de Estado.

Pero sabed querer. Por la voluntad os impondreis á todos; no os pareis ante objeciones de vuestros antiguos amigos ni de vuestros amigos nuevos, ni de vuestros adversarios. Seguid el impulso de vuestra voluntad. No se trata hoy de programas, ni de teorías, ni de principios; se trata de salvar la España; salvadla, aunque hayais de velar, como decía Pitt en su país de legalidad, la estatua de la ley.

Os pido perdón por haberme atrevido á aconsejaros con tanta insistencia, si bien que con lealtad. A pesar de la distancia que nos separa, siento unidas vuestra alma y la mía, y me digo: «Si Castelar quiere realizar lo que piensa, practicar lo que medita, y querer lo que proyecta, todo se habrá salvado;» y en esta firme convicción, yo lo repito, obra, obra, mi querido amigo. Los republicanos de Francia están contigo, y en el límite de su poder se dedicarán aquí á que sean bien juzgados y apreciados tus esfuerzos. Además, aquí cumpliremos; lo prometemos.

Os abraza mi querido Emilio, vuestro amigo.—X. X.»

VIAJE POR EL MUNDO DE LOS ESPIRITUS.

I.

FELICIANO era menos depravado de lo que él mismo aparentaba. No creía en Dios, ni en la libertad, ni en la virtud, y sin embargo, se entusiasmaba como un muchachuelo recién salido de las aulas, defendiendo las doctrinas del espiritismo. Prueba incontestable de que

por mas que se empeñe la lengua en demostrar otra cosa distinta, el corazon humano no puede vivir sin el fuego de la fé, sin la santa ambicion de las creencias.

Nos reimos de las supersticiones de nuestros antepasados, y somos mas supersticiosos que ellos; nos burlamos de sus brujerías y encantamientos, y el espiritismo es la resurreccion de la magia con sus brujas y encantadores á la moderna. En verdad que lastima ver á ciertos civilizados pensadores evocar el auxilio de los seres invisibles, no de otro modo que le evocan los negros salvajes de Guinea. Pero ¿á qué compadecernos? ¿A qué tomar por lo sério lo que de suyo es tan gracioso? ¿No lo será que el mejor dia nos anuncien los periódicos que ha sido descubierta la direccion aerostática mediante las revelaciones de un espíritu, especie de Zoroastro de los persas, diosa Isis de los egipcios ó Pitia de Delfos de los griegos?

II.

Feliciano apenas habia cumplido veinte años. Se hallaba en la edad de las grandes ilusiones, de las grandes esperanzas, de las grandes majaderías; época inolvidable en la que el mundo se presenta pequeño á nuestros ojos, y uno sueña con la felicidad, con solo vislumbrar los aceros de un miriñaque tras el primer canton de una esquina.

Cierta tarde, último dia de mes, encontrábase nuestro jóven en su bohardilla de la calle del Molino de Viento, distribuyendo mentalmente entre algunos de sus acreedores los veinte duros de mesada que acababa de cobrar, como empleado que era de una de las casas de comercio de Madrid, cuando vió entrar por la puerta de su gabinete á uno de los pocos amigos que tenia.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó al verle con un abultado volúmen bajo el brazo.

—Te traigo la obra de las obras.

—¿Como se titula?

—*Compendio de todos los sistemas filosóficos conocidos desde Adán hasta nuestros dias.*

—¡Magnífico! Venga.

Y sus páginas conmovieron el corazon del impresionable doncel, trastornando á la vez su cerebro, instintivamente ávido de cuantas novedades daban de sí las fábricas del pensamiento.

III.

Desde aquel instante, Feliciano se dedicó con tal afán al estudio de la filosofía, que al cabo de unos cuantos meses supo al dedillo los principios de todas las escuelas, siendo su cabeza como inmensa posada donde los mas peregrinos pensadores, en particular Allan Kardec, se hallaron albergados. ¡Oh! ¡Allan Kardec! ¡El que habia descubierto ante sus ojos el velo que encubria el inco. aparáble mundo de los espíritus! ¡El único hombre que habia, como ningun otro, halagado los ensueños de su dicha!

Que el espiritismo tiene por fundamento la existencia de seres inteligentes é invisibles; que los espíritus están en todas partes, y constituyen una de las potencias de la naturaleza; que los hay sábios é ignorantes, sinceros é hipócritas, mas ó menos perfectos, segun el grado de elevacion á que han llegado; que se encuentran revestidos de una capa etérea, conocida con el nombre de *perispiritu*, formada por el fluido universal, sin que esto obste para que en ocasiones se revistan de capas materiales, cuya duracion constituye la vida corpórea; que pueden presentarse ante nosotros, observarnos, y nosotros cambiar con ellos nuestros pensamientos; que el mundo de los espíritus, en fin, es el mundo normal primitivo, preexistiendo y sobreviviendo á todo; tales fueron las cuestiones que en incesante curso, cual las oleadas del mar, preocuparon á Feliciano.

IV.

Al verle tan distraído el director de la casa de comercio le dejó sin empleo, y el infeliz comenzó á ponerse pálido, y á quedarse flaco, muy flaco.

Entregado por completo á los delirios de la imaginacion, no salia de casa; y cuando le visitaba alguno de sus cono-

cidos, parecia un filósofo alemán; apenas acertaba á modular palabra.

Su patrona doña Angustias, jamon *fané*, segun dicen los franceses, que como mujer no podia pasar en silencio dos segundos y como andaluza hablaba por siete, extrañada de tan prolongado mutismo, llegó á formar del pobre chico un concepto, que le honraba muy poco ciertamente. Para ella, ó Feliciano no tenia nada de lo de Salomon, ó tenia mucho de lo de Orates... Las mujeres han sido siempre lo mismo. ¡Ay de vosotros, si no sois chistosos y habladores! Porque, como dice una amiga mia, el talento de un hombre está en razon directa de su conversacion y de la calidad de la sal de sus chistes.

V.

En un tratado de filosofía cristiana habia leído nuestro héroe que la felicidad en este valle de lágrimas es efímera, relativa, mientras que la verdadera, la absoluta únicamente puede gozarse al lado de Dios, en las mansiones del empireo; pero él no estaba conforme con semejante teoria. Feliciano, que habia dejado atrás á Kardec en los estudios espiritistas, creia que podia llegar á ser feliz, completamente feliz, sin necesidad de tales requisitos.

—¿Cuándo? Cuando quisiera. ¿Cómo? Por el espiritismo.

VI.

Una noche del mes de Diciembre, el huésped de doña Angustias se recogió en su alcoba de la calle del Molino de Viento muy temprano, serian las siete. Cuando un habitante de Madrid se mete en la cama á tales horas, una de dos, ó está enfermo ó divisa ante sus ojos un porvenir más negro que las alas de un vencejo.

Era noche de Navidad, noche de alegría, de regocijo, menos para el pobre espiritista, que se moria de tristeza, como, por lo general, sucede á todo aquel que no tiene una peseta, ni esperanza de conquistarla en mucho tiempo.

Feliciano se hallaba lejos de su familia, y para consuelo de sus penas, doña Angustias le habia notificado la irrevocable sentencia de ponerle en la calle si en el término de cuarenta y ocho horas no le satisfacía cierto piquillo, que ella se empeñaba en decir que le debía.

Quiso su buena estrella, sin embargo, que un conocido suyo almacenista de vinos, tuviese la ocurrencia de regalarle el dia anterior un par de botellas de Lágrima, capaces de resucitar al mismísimo Carlo-Magno con sus doce pares de Francia; y entre sorbo y sorbo se puso á contemplar la luna al través de los vidrios de la alcoba. ¡Oh! ¡qué de recuerdos, surgieron entonces en su mente, al compás del lejano estruendo de los chiquillos con sus tambores, panderos y almireces y del estrépito de una medio docena de gatos, dados sin duda á Lucifer, segun maullaban y corrian por los tejados circunvecinos! El satélite de la noche, derramando sus poéticos rayos en medio de un cielo sin nubes, parecia como que trataba de anunciarle el tesoro de ventura de que tal vez muy pronto iba á gozar su espíritu.

VII.

Dieron las doce, hora misteriosa en que antiguamente las brujas se reunian en sus aquelarres y los muertos abandonaban las sombras de sus nichos, y en que hoy de vuelta del teatro nos dirigimos á cenar á un café, si tenemos necesidad y siquiera cinco reales en el bolsillo.

Las botellas de Lágrima estaban completamente vacías, Feliciano no habia perdido el conocimiento; pero se hallaba, como diria un español, entre dos luces. ¡Magnífica situacion para evocar á los seres del otro mundo!

—¿Y á cuál evocaria? Porque nuestro jóven ambicionaba pedir mucho.

Después de reflexionar largo rato, determinó llamar á nuestro primer padre.

Y Adán se presentó.

—¿Qué deseas? —le dijo.

—Ser feliz.

—¿Tienes fé en que lo conseguirás?

—Fé ciega como la de un espiritista.

—Entonces, pide por esa boca y todo te será concedido.

—Quiero tres mujeres las más hermosas del planeta Venus, que en nada se parezcan á algunas de la tierra, por razones que yo me sé y no explico.

—¿Cuál tipo prefieres?

—Cualquiera. Por variar puedes enviarme una rubia, otra pálida, y otra morena.

—Cierra los ojos.

Y los cerró.

—Abrelos.

Y al abrirlos se encontró con tres mujeres hermosísimas, indescriptibles, una de ojos negros como el fruto de la morera, otra de ojos azules como las violetas de Jericó, y otra pálida como la magnolia de las Indias.

Feliciano, enardecido por el fuego de un amor inmenso, inextinguible, se tuvo un instante por dichoso; pero como no solo de amor vive el hombre, pronto comenzó á ambicionar otros placeres.

Y evocó nuevamente á Adán.

—Quiero dinero, le dijo.

—¿Cuánto?

—Mucho, muchísimo.

—Te enviaré cien millones de duros del planeta Mercurio.

—Que sea cuanto antes.

Y satisfechos en el acto sus deseos, el nuevo Crespo, vestido de perlas záfiro, habitó un alcázar con todas las comodidades imaginables, cual el de un príncipe de Oriente. Además mandó construir en derredor del suyo otros tres palacios, uno para cada una de sus tres queridas venusianas, á las que rodeó de un lujo deslumbrador, extraordinario, como nunca jamás se habia visto. ¡Oh! Feliciano parecia el niño mimado de la fortuna. El servicio de su mesa, el decorado de sus salones, sus criados, sus caballos, sus carruajes, cuanto se referia á su persona, era ultrarregio, sobre humano.

Con lo cual su nombre se extendió por do quiera, y los hombres anhelaron su amistad, y las mujeres su amor, y todos envidiaron su suerte. Sin embargo, aquel hijo de Adán no era feliz. La dicha le habia atacado al estómago. Feliciano, que odiaba los amargos, se veia precisado todos los dias á tomar antes de comer una ó dos copas de Vermouth para excitar el apetito.

Al cabo de algun tiempo, nuestro jóven se tornó de alegre en triste, con un humor de mil demonios. El afortunado espiritista tenia mujeres, dinero, salud; gozaba de cuantos placeres puede soñar la fantasía; pero le faltaba una cosa para ser feliz; que el mundo rodeara sus sienas con la aureola de la inmortalidad. ¡Es tan hermoso oír pronunciar el nombre de uno con admiracion y respeto! ¡Tan halagüeño saber que aquel nombre pasará á la posteridad escrito en mármoles y bronce! ¡Tan dulce el aura de la gloria!

Feliciano evocó de nuevo á su espíritu protector.

—¿Qué deseas? le interrogó éste.

—Una espada superior á la de Alejandro en Isso, á la de César en Farsalia y á la de Napoleon en Austerlitz; una espada con la cual me sea posible eclipsar las hazañas de los héroes más renombrados y supeditar ante mis piés las naciones todas de la tierra.

—¿Qué número de hombres crees necesario para tu empresa?

—Un millon de soldados invulnerables con un fusil que dispare cada uno cien tiros por segundo.

Y en el momento el protegido se vió al frente de sus huestes, venidas exprofeso de las alturas del planeta Marte. Y las aguas del Volga, del Obi, del Nilo, del Orinoco y del Murray se tiñeron en sangre de cien mil pueblos sometidos.

—Toda la tierra es mia, soy feliz, exclamó con orgullo el vencedor.

Pero no comprendió en su desvarío que su gloria era una gloria de maldicion, la gloria de la tiranía.

Una mañana Feliciano se levantó de su lecho imperial más pálido que de costumbre. Habia tenido un sueño espantoso, horrible, durante el cual sus innumerables víctimas, abandonando á una sus sepulturas, le habian acusado ante el tribunal de Dios de la Justicia, gritando con desgarradores ayes los amigos por su amigos, las hermanas por sus hermanas, las amadas por sus amantes y las madres por sus hijos.

Y lo peor del caso era que el sueño se repetia todas las noches.

—¿Ay de mí! exclamaba el atormentado.

—Soy el sér más desgraciado del mundo.

—No lo creas, le respondió Adán.— Tu suplicio es todavía menor del que están condenados á padecer en el planeta Marte los tiranos de la tierra. Allí, el sueño que aquí te atormenta de noche, seria continuo, á todas horas.

—Las carnes me tiemblan.

—Y peor que la pena de los réprobos de Marte es la de las condenadas del planeta de Venus. Entre dos mujeres hermosas y coquetas sólo puede vivir la discordia. Pues bien; figúrate que la coquetería y la hermosura son las dotes de aquellas desgraciadas.

—No prosigas.

—Aun hay, continuó el espíritu, otro tormento más espantoso, el de los usureros de Mercurio. Rodeados de inmensas riquezas, las ven, las codician; pero al tender incesantemente las manos hácia ellas, las riquezas se evaporan y desvanecen. Considera si será horrible este martirio.

—¡Oh! te suplico que calles. Deja de hablarme de semejantes lugares de maldicion, y sácame pronto de la tierra, donde la vida me es insoportable.

—¿A dónde deseas ir?

—A otros espacios en los cuales pueda saciar la sed de ambicion que me abrasa y apurar sin remordimiento la copa de la dicha.

—Tu peticion es imposible. Eso únicamente puede suceder cuando tu espíritu vuele de la estrecha cárcel de la materia.

—¿Y cuándo me moriré?

—Sábelo Dios, que penetra los misterios de lo futuro.

—Estoy dispuesto á suicidarme.

—Eres libre de hacer lo que gustes.

Y el ambicioso cogió entre sus manos un revólver, se lo aplicó á una sien, disparó, y cayó inerte, anegado en su propia sangre.

Hoy dia no deben llamarnos la atencion crímenes de esta naturaleza, porque está de moda el suicidio. Nada mas comun que un hombre ó una mujer arregle su equipaje para el otro barrio por el menor revés del amor ó de la fortuna. ¡Desventurados locos! ¡Pobres héroes! ¡Y hay personas que defienden semejante muerte como un acto de valor sin igual! Ciertamente; el suicidio es el valor de la cobardía.

El espíritu de Feliciano comenzó á flotar en las inmensidades del vacío, sintiendo en su sér una revolucion completa. Lo pasado, lo presente y lo porvenir se confundian en un solo tiempo, que se ostentaba lleno de luz á la memoria. El alma estaba allí como en su centro. La sensibilidad gozaba de los encantos de la belleza, la inteligencia de los resplandores de la verdad y la voluntad se movia sin coaccion alguna, en alas de su más libérrimo albedrío.

La ambicion del suicida creció de punto al divisar la infinidad de cuerpos celestes que se extendian en torno suyo. ¿Qué era la tierra en comparacion de aquel inmenso mundo? Menos que una hoja de árbol en un bosque, que una gota de agua en el mar, que un grano de arena en el desierto.

—Yo quiero habitar en el sol y dominarle con todos sus planetas y satélites, exclamó Feliciano.

A lo cual respondió una voz en las alturas:

—Sea.

Y el favorecido de la suerte habitó en el sol un palacio, construido de puro diamante desde los cimientos á las cúpulas, teniendo á los piés de su trono millones de millones de súbditos que le obedecieron como esclavos.

Pero ¡ay! que el nuevo señor de nuestro sistema planetario cayó en la cuenta de que el sol es una de las estrellas más pequeñas; que más allá de él existe incommensurable número de cuerpos sumamente mayores, y anheló dominarlos todos, ó lo que es lo mismo, igualarse al Dios que los creara ¡Desventurado! Más de dos mil años hacia que Alejandro el Magno, el conquistador de Gaza, el vencedor de Dario, desesperado de haber hallado en lugar de la felicidad el término de sus conquistas, habia ofrecido al mundo con su muerte, ocurrida en la flor de su juventud en Babilonia, palpable ejemplo de cuán fatales son las pasiones cuando no están dominadas por la razon y dirigidas por la prudencia. Feliciano iba á dar otro ejemplo, aunque

más lastimoso que el del fundador de Alejandría, en cuanto que en su calidad de espíritu ni siquiera podía buscar la muerte como consuelo de sus penas.

En semejante estado, el ambicioso comenzó a padecer indeciblemente. La tristeza le ahogaba; la desesperación le consumía.

—¡Ay! exclamaba mesándose los cabellos y retorciéndose ambas manos.— Donde quiera que he buscado la felicidad, he hallado tan solo la desdicha. ¡Maldita sea la mujer que me engendró y el espíritu falaz que me abrió las puertas de esta vida!

Una vez el maldiciente no pudo proseguir. Sin saber cómo, vióse transportado al través del éter a las profundidades del planeta Saturno, donde le esperaba la expiación más espantosa de sus crímenes. Sentía hambre y no podía comer un solo manjar de los muchos y exquisitos que le rodeaban; se abrasaba de sed, y le era imposible satisfacerla, á pesar de hallarse cercano á una fuente pura, cristalina; su corazón ansiaba amar, y veía mujeres hermosísimas, sobrehumanas, que bailaban en torno suyo, riéndose de su frenético delirio; en su cerebro fulguraba la luz del genio, y para inspirarse oía los silbidos de una caterva de envidiosos, dispuestos únicamente á desacreditarle y zaherirle.

Y trascurridas así una hora, otra y otra, Feliciano envidiaba en su desconocido la ventura del pobre pastor que vive tranquilo en su cabaña, sin pensar en otra cosa que en Dios y su rebaño, ó la dicha del obrero que después de las faenas del trabajo se sienta á cenar unas patatas, sin cuidados ni penas, al lado de su mujer y de sus hijos.

Nuestro héroe se vió de pronto impedido por la mano de un monstruo hacia un precipicio, en cuya cima, á los resplandores de una luz rojiza, misteriosa, aparecían de punta miles de aguzadas espadas y de corte navajas de afeitar sin cuento.

El desgraciado se arrojó desde una altura de más de mil metros á la profundidad de aquel abismo, desgarrándose las carnes de la manera más despiadada, pero sin conseguir exhalar el último suspiro.

Por fin, en su indescriptible é interminable agonía, oyó un ruido extraño, estrepitoso, y una voz que le gritaba.

—¡Señorito, el chocolate!

Y al abrir los ojos se vió,—rubor causa decirlo, pero la verdad de la historia lo exige,—se vió con dolor más en cueros que nuestro padre Adán, su espíritu protector en el paraíso.

Y miró á sus pies una jofaina rota en cien pedazos, y más allá al través de los cristales de la alcoba, á la criada de su patrona doña Angustias con el servicio del chocolate en la mano.

VIII.

Feliciano se hallaba en su bohardilla de la calle del Molino de Viento. El efecto producido por las dos botellas de Lácrima había pasado. Su viaje por el mundo de los espíritus había sido un sueño, una locura.

ABDON DE PAZ.

LEYENDA

DE CATALINA OSSEMA.

D. José Güell y Renté.

CAPITULO X.

Las últimas palabras de sir Abston resonaban en el alma de María: apenas hubo salido del cuarto, que se levantó apresurada; y buscando con los ojos, se acercó á la ventana:—¡cuántos desgraciados, dijo en medio de su angustia, habrán perecido en esta noche terrible: ellos siquiera habrán tenido el consuelo de morir para siempre. Yo he naufragado sin morir, y tengo que luchar eternamente con la tempestad de mi vida: ¡cúmplase, Dios, mió tu voluntad! exclamó, mirando con asombro el cristal de la ventana, dividido de arriba á bajo.

—Por esa hendidura, dijo temblorosa,

entró el espíritu, que puso la mano sobre mi corazón y sobre mi cabeza: aun lo veo y lo oigo... no puede ser un sueño: ¡es imposible!... yo vi rasgarse ese cristal: ¡lo envió Dios para mi castigo?... cúmplase su voluntad, repitió dando vuelta por la habitación, donde había vivido durante diez años, taciturna siempre, sin que su marido ni nadie hubiera podido adivinar lo que pasaba en su corazón impenetrable y cerrado para todo el universo.

Aquella naturaleza apacible, aquella mujer tan hermosa, con su espíritu de fuego, contempló por algunos momentos, con los ojos llenos de lágrimas, el retrato de Abston.

—Me casé sin amarte, dijo, mirándolo melancólicamente: tu vida era antipática á mi vida: tuve compasión de tu soledad y la he endulzado hasta hoy; siempre te he sido fiel... pero desde esta noche, hay entre nosotros un abismo... pobre, me levantaste del suelo... y pobre abandonaré este castillo... que Dios te perdone y te consuele, acabó de decir deshecha en lágrimas; oró algunos minutos, puesta de rodillas en su reclinatorio: sobre él dejó las llaves de la caja de hierro, donde había encerrados en piedras preciosas y otros valores, mas de treinta millones de francos: se vistió de una modesta ropa de paño oscuro, que le servía para los viajes por la montaña; y sin hacer el menor ruido, salió de su cuarto; bajó silenciosa la escalera; hizo ensillar su caballo, y á las cinco de la mañana, sola, cubierta la cara con un espeso velo, cruzó como un relámpago la carretera de Guetaria, mas tarde el puente de Behobia, y por fin, muy temprano, entró por los límites de Francia.

CAPITULO XI.

Eran las doce del día, y la servidumbre del castillo, como siempre de ceremonia, ocupaba el vestíbulo, las puertas y las antecámaras: el *maitre* de hotel, preparaba la mesa para el almuerzo, mirando impaciente á cada momento, el reloj de la sala. El portero suizo, empuñando su bastón, extrañando la tardanza de su ama, asomaba á la puerta la cabeza, inquieto de no verla llegar.

Sir Raimundo Abston, aun estaba encerrado en su cuarto; inmóvil en el mismo lugar donde se había sentado, á la vuelta del cuarto de María: las horas no pasaban para él: la laxitud del mal que no tiene remedio, postraba á aquel espíritu indomable.

El reloj dió la una: aquella triste campanada pareció despertarle de su letargo; y tocó el timbre: el ayuda de cámara asomó á la puerta.

—¿Por qué no se sirve el almuerzo? preguntó con amargura...—Milady no ha vuelto aun, respondió humildemente el criado.

—¿No ha vuelto á la una? ¿á qué hora salió? preguntó cada vez mas inquieto.

—A las cinco de la mañana, respondió el criado.

—¿Quién la acompañaba? añadió con viveza.

—Nadie, dijo con indiferencia el criado.

—¡Nadie! dijo con voz temblorosa aquel hombre infeliz, dirigiéndose con precipitación al cuarto de María.

La criada cosía tranquila al lado de la ventana: todo estaba en el mejor orden: sobre una silla, preparado para la llegada de su ama, estaba colocado el vestido de seda color de lila. El baño de mármol de Carrara, lleno de agua cristalina; el peinador cubierto de encajes, extendido en la silla larga; los peines, los cepillos incrustados de turquesas; las palanganas de oro macizo, con sus cifras transparentes en el fondo, para la salida del agua. El espejo de cristal de roca, con su marco de oro cincelado: todo esperaba la venida de María, que no llegaba, y eran ya las dos de la tarde.

Sir Abston se sentó en el sitial que estaba junto á su lecho; y vió sobre el reclinatorio las llaves de su tesoro: aquellas llavecitas, allí abandonadas, estremecieron su corazón: al recogerlas, exclamó rompiendo en sollozos:—María no volverá más.

La criada, que se había levantado al entrar su señor, lo miraba sin darse cuenta de la causa de aquel dolor tan intenso: nadie sabía lo pasado durante la noche. El paseo matutino y solitario de lady Abston, no llamaba la atención,

porque muchas veces salía del mismo modo, al despuntar el alba, volviendo antes de las once de la mañana.

—¿Tu ama te dió alguna orden antes de salir? preguntó Abston á la criada.

—No, señor.

—¿Escribió alguna carta?

—No, señor.

—¿Lloraba, estaba inquieta, abrió ese mueble?

—Antes de salir, respondió la criada, estuvo arrodillada en el reclinatorio; me dió este anillo, y se fué sin decirme una palabra. La acompañé hasta la puerta: montó de un salto en su caballo: á los pocos pasos volvió la cabeza y me pareció que lloraba, y así se alejó del castillo: subí á arreglar su cuarto: he encontrado ese cristal rasgado de arriba á bajo; su cama en un gran desorden, y sus llaves que no he querido tocar, sobre ese reclinatorio...

—¿Te ha dicho tu ama, si esta noche ha tenido alguna pena?

—No señor.

—¿Si era infeliz?

—No señor.

Sir Abston llorando amargamente se volvió á su cuarto desesperado.

XII.

Eran las tres de la tarde, y María no había vuelto:—Algo extraordinario sucede, decían entre sí las gentes del castillo.

Sir Abston, llamó á su secretario.

—Que se ensillen diez caballos, y que mis criados vayan por las llanuras, y las montañas que rodean á Guetaria á buscar á lady Abston; que no vuelvan sin saber su paradero: media hora después los criados salieron á escape: sir Abston se encerró en su cuarto, paseándose de arriba á bajo, con una inquietud mortal.

Dieron las cuatro, las cinco, las seis, las siete: á las ocho de la noche, un cañonazo anunció la llegada del *Aguila*: sir Abston se asomó á la ventana; el *Aguila* anclaba frente del castillo, desarbolada y con el bauprés roto: traía izada en el asta, una bandera negra en señal de duelo.

—¡Por todas partes la desgracia! exclamó Abston, dando un golpe de ira sobre el mármol de la chimenea: pocos momentos después, anunció el secretario la llegada del capitán; sir Raimundo Abston, salió á recibirlo.

—La noche ha sido terrible, le dijo el capitán con acento lúgubre: el *Aguila* viene hecha pedazos: el contramaestre, el piloto y dos marineros han perecido en medio de las ondas: la gran lancha, se ha undido en el fondo del mar: por milagro hemos arribado; descompuesta la caldera y rota la rueda de la derecha traemos á bordo diez y seis naufragos del bergantín *Victoria*, y cuatro pescadores, que luchaban ya con las ansias de la muerte: todos bendecirán eternamente al contramaestre y al bravo piloto del *Aguila* que están en el otro mundo... ahora vienen á echarse á los pies del ángel á quien deben la vida.

Cuando divisamos el bergantín *Victoria*, continuó diciendo el capitán, estaba desarbolado y haciendo agua: las olas barrian su cubierta: los pasajeros lloraban encerrados en la cámara: su comandante se había hecho atar al palo mayor, para que la mar no lo arrebatara: tenía izada la bandera de socorro y con la bocina pedía auxilio.

Empuñando el timón, hice rumbo al bergantín: la mar y la tempestad me arrastraban: la rueda de la derecha estaba rota: el calado del *Victoria* aumentaba por momentos; iba á irse á fondo: forcé la máquina, solté la mayor con dos rizos, y abordé el *Victoria* con un peligro inmenso: le eché seis cables, el contramaestre y el piloto saltaron sobre sus escaleras de estribor y quedándose agarrados á ellas, ataron á los palos los cables arrojados por el *Aguila*: apenas estuvo hecha la amarra, la saqué á remolque, pero la *Victoria* se iba á fondo: la tempestad me arrastraba: nadie podía parar en la cubierta: los balumbos eran atroces: el mar entraba de babor á estribor y lo barría todo. En aquel tremendo peligro, hice dar una orzada sobre el *Victoria*; mucha de su gente saltó á mi bordo; su capitán tenía empuñado el timón, sin querer abandonar el buque:—Sálvate, que se hunde, le grité con mi bocina; mi contramaestre y el piloto en el trasbordo de la gente,

cayeron al mar: el *Victoria* se hundió en aquel momento, como si fuera una bala de ochenta, causando un remolino espantoso: al mismo tiempo un golpe de viento rompió el palo mayor del *Aguila*: en aquella confusión, la tempestad arrastraba el vapor con una violencia increíble; mi contramaestre luchaba con las ondas, llevando sobre las espaldas una niña como de siete años; la madre desde á bordo daba gritos desgarradores eché al mar la gran lancha, los gallineros, los bancos, todos los cables de á bordo, orcé seis veces para salvarlos, todo fué inútil; se hundió sin abandonar aquella infeliz niña.

Dos marineros pudieron apoderarse de la gran lancha y tuve la esperanza de salvar aquellos bravos; pero una montaña inmensa de olas la volcó y bajo de ella desaparecieron: desesperado me eché mar afuera; le di popa al viento, y me dejé llevar por la tempestad.

Pensaba en el contramaestre, el piloto y mis bravos marineros, que por salvar la tripulación del *Victoria* habían perecido: maldecía la piedad, le hubiera dado mi alma al diablo; renegaba como un condenado, cuando vi á mi lado arrodillados los pasajeros y la tripulación del *Victoria* que me pedían perdón, rogando á Dios por el alma de mi gente ahogada: las lágrimas y las oraciones de aquellos infelices me conmovieron, y entonces hice rumbo para la costa.

A las seis de la mañana el viento fué cesando: á las pocas leguas antes de llegar, hallé un falucho de pescadores, sin velas, remos, ni timón: en él había cuatro hombres extenuados, casi moribundos: luchaban ya perdida la esperanza: hacia treinta y ocho horas que ni comían ni bebían; los recogí á bordo, y con los pasajeros y tripulación del *Victoria*, vendrán antes de una hora á besar las manos de lady Abston, el buen ángel del castillo.

CAPITULO XIII.

Sir Raimundo Abston, oyó la relación del capitán abismado en una meditación profunda sentado en su sitial, los ojos fijos en la tierra como si estuviera muerto.

—Capitan, se ha conducido V. bien, le dijo con la voz tan triste como su fisonomía; mi secretario le entregará á V. inmediatamente doscientas cincuenta guineas por cada naufragos: cien mil francos para los hijos del contramaestre y piloto, y cincuenta mil francos, para que se repartan entre la marinería.

El *Aguila* ha perdido cuatro hombres en esta tremenda noche; yo he perdido á lady Abston.

—¡Ha muerto! exclamó asombrado el capitán.

—No, respondió sir Abston con lúgubre voz: me ha abandonado para siempre.

—Volverá, exclamó enternecido el capitán.

—Nunca, replicó sir Abston, dando un suspiro, que parecía salirle del fondo del alma.

—La tripulación del *Aguila*, y los naufragos salvados esta noche, irán á buscarla por toda la tierra, le dijo el capitán conmovido.

—No la hallarán, conozco á María, respondió sir Raimundo Abston, ahogada la voz por los sollozos; ella ha naufragado para mí en esta noche del infierno; podéis remedio del mar encontrar el cuerpo del contramaestre y del piloto; á ella no la encontrareis, ya no volveré á verla nunca, la conozco, acabó de decir, rompiendo en un torrente de lágrimas y echándose en los brazos del capitán.

CAPITULO XIV.

A media noche, volvieron los criados que habían recorrido el país en todas direcciones en busca de lady Abston.

—¿La habéis encontrado? ¿os han dicho por dónde ha ido? les preguntó sir Abston, que en el pórtico de la puerta los aguardaba lleno de ansiedad.

—Hasta Behobia, hemos seguido sus huellas, respondió el más viejo; nos dijeron se dirigía á San Juan de Luz, y corrimos á ese pueblo; á las ocho de la mañana Milady había desmontado á la puerta de la fonda del Sol; dejó su caballo en la cuadra, diciendo que iba allí cerca á visitar una pobre familia, y que

antes de una hora estaría de vuelta, hemos preguntado por ella á los vecinos de tres leguas á la redonda; nadie ha sabido darnos razon; alguno la ha visto salir del pueblo, pero nadie ha podido darnos direccion segura de su camino; hemos preguntado á los pescadores, á los mozos que trabajan en el campo, á los peones, á los mendigos que son la policia de los caminos; el caballo está en la fonda del Sol, pero Milady no ha vuelto.

Después de oír sus gentes con una ansiedad mortal, sir Abston entró en el castillo: subió las escaleras la cabeza inclinada sobre el pecho, y así entró en el cuarto de María.

—Déjame solo, dijo á la criada que al pié de la cama aun aguardaba á su ama.

—¡Ni siquiera un adiós, ni una línea para despedirse!... exclamó con dolor. Este cuarto, testigo de mis únicos momentos de consuelo: esa cama, donde ella ha recostado su cabeza adorada: ese reclinatorio, donde la he visto tantas veces arrodillada pidiéndole á Dios por mí: esa caja de hierro, donde he atesorado para ella las mejores perlas y diamantes del mundo... Dios mío, desde que tengo uso de razon siento tu castigo; he concebido los planes más grandes; he llevado á cabo las más difíciles empresas; la suerte ha abierto á mis piés mineros copiosos de plata y oro; pero en ellos has querido ahogarme; me has colmado todas las ambiciones de la vida: pero en mi alma, has derramado una hiel eterna. Nací huérfano; me crió el egoísmo: me nutrieron el orgullo y la vanidad; superior á todo, sin hacer caso de los pergaminos de mis abuelos, cuando fui hombre, me fui á buscar la fortuna que ellos habían disipado en sus locuras y vicios. Con el trabajo incesante y economía, hice mi primer capital: en América, me uní á Adelaida Mury buscando la dicha, y desde ese día acabó mi sosiego: mi fortuna aumentó fabulosamente; pero mi felicidad fué cada día menor, hasta que llegué á ser el más desgraciado de los hombres. Quise recuperar mi sosiego y remediar mi deshonra, y desde entonces, tengo un dardo clavado en el corazón. Buscando la paz, me casé con María; su virtud y su paciencia eran el bálsamo de mi vida... Dios ha venido á acabarlo todo... ¿En qué puedo esperar consuelo? ¿qué busco en el mundo, cuando al alma la devora el cáncer incurable del pasado: el dolor del presente: el cansancio, el aburrimiento, el desprecio de un mundo de fango y de miseria? ¿para qué quiero la vida?

¡El hombre más rico de New-York! exclamó sonriendo con desprecio. ¿De qué me sirve el oro en que estoy enterado? con esta angustia insoportable, llegando con los ojos hasta el abismo, y no pudiendo eternecer con ellos, ni mover á compasión á lo único que amo en el mundo... ¡María! exclamó desesperado, ¡Dios te bendiga y te acompañe cuando huyes de mí! tú has dejado en ese reclinatorio las llaves de tu tesoro para que yo lo guarde, concluyó diciendo al acercarse á la caja de hierro que lo encerraba...

«Todo es nada» eran las palabras con que se abría el secreto de la cerradura. En los seis compartimientos primeros, estaban colocados los estuches con los collares, las coronas, los brazaletes, las sortijas y los pendientes de piedras preciosas, por más de quince millones de francos.

En el compartimiento de abajo, había una caja con ochocientos mil francos en guineas, otra con veinte millones en billetes del Banco de Francia y de Inglaterra, en el medio de estas dos cajas, una pequeña de acero, cincelada de oro sir Raimundo Abston, no la había visto nunca, ni sabía lo que contenía: es verdad que nadie más que María, andaba en su caja de hierro. Ella manejaba sus capitales á su arbitrio, y muy rara vez le pedía sobre ellos consejo á su marido, que ocupado en sus grandes negocios, la veía contar sus especulaciones placentero de ver que en todas era dichosa.

Aquella caja cincelada, llamó la atención de Abston: con la más pequeña de las llaves la abrió con curiosidad; al principio, creyó iba á encontrar en ella piedras preciosas, pero en lugar de esto vió en su fondo un pequeño libro con las cubiertas de cuero de Rusia; un ra-

mo de cipres muy amarillo por la vejez: dos zarcillos y una crucecita de plata, pendiente de una cinta de seda negra.

Aquel libro, aquellos zarcillos, la cruz y el ramo de cipres, le estremecieron el corazón.

—¿Qué es esto? dijo sin poder darse cuenta de lo que se veía: y abrió el libro que tenía más de cien páginas escritas, con signos indescifrables; pero de una forma clara y perfecta.

En algunos lugares, estaban los signos como borrados por la humedad, y en páginas enteras, se veía que el que lo había escrito lloraba al escribirlo: al principio, había dos margaritas secas y unidas por una hebra de seda verde.

Sir Abston dió veinte vueltas al manuscrito, á ver si podía encontrar una letra, una señal que pudiera hacerle conocer el asunto de que trataba: aquel manuscrito era como fuego que le abrasaba el alma.

—¿Qué es esto? se preguntaba en su inquietud, ¿es un depósito hecho á María? ¿es un secreto de su existencia, que yo desconozco? ¿á qué estos signos? ¿es para que nadie pueda comprenderlos?

Abston cerró la caja de hierro, y se llevó á su cuarto la cajita de acero cincelada de oro y el manuscrito.

CAPITULO XV.

Toda la noche, hasta las seis de la mañana del otro día, tuvo puestos los ojos en el manuscrito.

¿En qué lengua estará escrito? se decía, fatigado de meditar, combinando los signos, y queriendo inútilmente adivinarlos.

María hablaba el español, el francés, el inglés y el alemán, la tinta principiaba á blanquear, el ramo de cipres estaba amarillo de viejo; la cruz y los zarcillos tampoco eran modernos, todo hacia ver que aquel escrito, era contemporáneo de la juventud de María. Entonces su lengua favorita había sido la española y partiendo de esta idea, comenzó Abston el difícil estudio del manuscrito.

Desde aquel día se encerró en su cuarto para conseguir su lectura.

Era tal la rectitud de su ánimo, que á pesar de la angustia y curiosidad que lo dominaba, á cada momento se detenía en su trabajo.

—Este es un secreto de María; si siendo mío, ella tratara de descubrirlo haría una mala acción, y por eso no debo tratar de leerlo. Al mismo tiempo se le ocurría que cuando había dejado sus llaves, era para que abriesen su caja de hierro, y en ella estaba aquel libro, que pudo haberse llevado ó destruido.

Y con estas reflexiones, siguió estudiando el manuscrito.

Los signos eran claros; se comprendía perfectamente la division de las frases: fijando mucho la atención pudo adivinar primero las vocales que unían las palabras; los artículos, los relativos y las preposiciones; y cuando hubo conocido la ó, la é, la í, y la á, formando con ellas las palabras más cortas, á los seis días de combinaciones, habituado á la diccion de María principió á descifrar las frases: y en medio de la inquietud, la tristeza y del asombro más grande, leyó desesperado.....

CAPITULO XVI.

Me llamo Catalina Ossema: soy la hija de unos pobres pastores de Navarra: muy pequeña aprendí á escribir y á leer; á los diez años llevaba las cabras á pacer: á los once labré la tierra: hasta los doce, unas veces acompañaba á mi padre á hacer las labores del campo, y otras iba con el rebaño á la montaña: cuando tuve diez y seis años fui á las ferias de Arnequi, Roncesvalles, del Bastan y San Jean de pié de Port, á vender la leche, las pieles y las flores que recogía en el monte. A esa edad, era mujer, y á pesar de la delicadeza de mis músculos, tenía mucha fuerza y el valor de un hombre.

Siempre que volvía del mercado, llegaba con el alma triste: veía celosa las doncellas del pueblo adornadas primorosamente: su conversacion me daba envidia: comparaba la comodidad y arreglo de las habitaciones de los vecinos de San Jean, con las casas negras y destruidas del monte: la cansada vida del redil y el duro trabajo de la tierra: mis zapatos, gordos, mi vestido remendado de algodón, mis hombros y mis

manos ennegrecidas por el sol, se me caían las alas del corazón.

Soñaba con las grandes cosas: tenía un ansia ardiente de saber: cuando volvía de la feria, para distraer mi inquietud, cantaba á gritos por el camino las canciones de la montaña: me gustaba lo hermoso; y ya que no podía tener otra cosa, me adornaba el pecho y la cabeza con las flores de la sierra; y llegaba siempre á mi casa coronada con ellas, pero con el alma llena de desesperacion: cuando llevaba las cabras á pastar, me dirigía á los vericuetos más altos: desde ellos soñaba en todo lo que no conocía: miraba el pueblo de San Juan, y los caseríos que me rodeaban dominándolos, y pensaba en Paris, en la gran ciudad del mundo, en su catedral, en sus palacios, sus paseos, en su lujo, en todo lo magnífico.

Cerca del puesto donde vendía en el mercado de San Jean, había una viejecita nacida en Paris, que vendía pieles como yo: me amaba mucho y ella me había contado las maravillas de su tierra natal. Aquella mujer con sus historias me había quitado la tranquilidad, había hecho nacer en mí, la curiosidad y el deseo de ser y de verlo todo; y con este pensamiento, me ahogaba en el hogar paterno.

El trabajo de la tierra me fué insoportable, como el cuidado monotonó de las cabras: no cabía en mi casa, ni en mi lecho: no podía sufrir la vulgaridad que me rodeaba: todo me era enojoso: los individuos de mi familia me parecían esclavos de una cadena que me tenía esclava en aquella ignorancia: solo descansaba cuando cerraba los ojos al sueño; y siempre los abría para maldecir mi existencia, dedicada al trabajo duro de labrar la tierra ó de cuidar el ganado.

A pesar de tanto aburrimiento, amaba tiernamente á mis padres y á mis jóvenes hermanos. En los momentos que me dejaba libre el pensamiento, los acariciaba y me sentaba entre ellos bendiciéndolos.

Pero al fin no pude más: del producto de la leche de cinco cabras que había comprado con los ahorros de mi trabajo y con la venta de flores y frutos en el mercado, reuní 300 francos.

Pasé una noche del mes de Enero meditando en mi suerte y en la manera de romper la cadena que me arrastraba á la desesperacion.

A las cinco de la mañana me levanté de la cama, á donde no había podido cerrar los ojos: de mis ropas hice un pequeño envoltorio: cogí mi cayado y mi bolsa de cuero, y me decidí á alejarme de la casa paterna para siempre. Al pasar por delante de la habitacion de mis padres, que aun dormían, me estremecí, y se me llenaron los ojos de lágrimas; estuve por volverme á mi cuarto y abandonar el pensamiento tenaz que me impulsaba; pero no pude vencer la fuerza superior que me movía: me arrodillé á su puerta, pedí á Dios los hiciera felices y los consolara de mi partida, y como si fuera al mercado, me dirigí á Arnequi y de allí á san Jean pié du Port.

Eran las diez de la mañana cuando llegué á la plaza: la diligencia salía para Bayona: tomé un asiento en su interior: aquella fué la primera vez que entraba en un carruaje: iban en él un eclesiástico, dos señoras y un niño: no hablé ni una palabra en todo el camino: á las seis de la tarde llegamos á Bayona: el coche paró al lado del hotel del Comercio.

—¿A qué hora sigue la diligencia para Paris? pregunté al mozo que descargaba el equipaje.

—A las ocho; me respondió, sin fijar en mí los ojos.

—Hágame V. el favor de darme un asiento de tercera para Paris.

—Para hoy están todos tomados; para mañana le puedo dar á V. uno.

Su respuesta me desconcertó, y exclamé con pena.

—¡Dios mío! necesitaba llegar á Paris inmediatamente y esta detencion me causa mucho perjuicio.

Estaba sentada cerca de la puerta una señora anciana y jorobada, vestida de luto, la cual seguía con los ojos todos mis movimientos: al oír mis palabras y ver mi inquietud, se acercó á mí y me dijo con dulzura.

—¡Pobre muchacha! ¿te precisa mucho llegar á Paris?

Su acento era extranjero, y me miraba con ojos penetrantes.

—Sí señora; respondí temblando, llena de miedo y de vergüenza.

En el ínterin, enganchaban los caballos á una silla de postas que estaba delante la puerta.

—¿Quieres venir conmigo? me dijo cariñosamente: yo llegaré más pronto que la diligencia.

—Sí señora, la respondí; Dios se lo premiará á V.

—Me alegro, añadió con acento bondadoso; voy sola y me acompañarás: ¿ese es todo tu equipaje? me dijo fijando los ojos en mi envoltorio.

—Sí señora; no llevo sino lo necesario para mudarme en el camino; le respondí bajando la cabeza.

El criado anunció que los caballos estaban enganchados: la señora me hizo entrar en el coche: después subió ella.

Yo me acurrugué en un rincón, asombrada y sin saber qué decirle: ella se colocó en el otro lado: los caballos arrancaron con la rapidez del rayo, atravesaron la ciudad y un puente sobre el río, el primero que veían mis ojos, tomando luego por la carretera de Paris.

CAPITULO XVII.

La viejecita no me quitaba los ojos, mirándome con una ternura infinita.

—¿Que hay en mí que llame á V. tanto la atención? le pregunté inquieta, pero con un presentimiento que me infundía valor.

Los ojos de la noble señora se llenaron de lágrimas.

—Tenía una hija, me respondió, que era tu retrato: en ella ponía todas las esperanzas de mi vida: hace seis meses la he perdido, y no hallo consuelo en el mundo; sus ojos eran negros como los tuyos; su nariz aguileña como la tuya; su frente ancha como la tuya; su boca, su frente, sus cabellos negros como los tuyos; era alta como tú, y el sonido de tu voz, es como el de mi adorada hija: Dios sin duda te ha puesto en mi camino, para que me consuele mirándote: me alegro que no haya habido asiento en la diligencia, porque tendré el placer de llevarte á Paris: hasta allí me acompañarás; y cuando llegues vendrás á verme; yo te querré mucho si eres una buena muchacha.

—Señora, yo lo soy; respondí animada con su conversacion; yo os querré como á una madre.

—Bien hija mía; me dijo, estrechándome entre sus brazos, y llenándome de besos.

Aquellas caricias endulzaron mi alma: por ellas hubiera abandonado cien veces mis montañas: aquella señora fué un ángel que Dios me envió, para conducirme en mi camino.

En la primera parada, mientras estuvimos en la mesa, me contó la enfermedad de su hija: la había traído al Mediodía de la Francia buscando su alivio, y en su lugar, había encontrado la muerte: al acabar la relacion, me preguntó cuál era mi país, y á qué iba á Paris.

Llena de inquietud, la respondí que había nacido en Navarra, y que iba á educarme en Paris.

Hasta Burdeos, no volvió á hacerme otras preguntas.

Vencida del sueño, me quedé dormida como un tronco, en mi rincón: al despertar hallé mis manos entre las suyas, y el cuerpo cubierto con su manto de pieles.

—Tu sueño ha sido inquieto; me dijo cuando abrí los ojos: has llorado; ¿qué tienes, pobre niña? cuéntame tus penas... yo las endulzaré: ¿es el dolor de separarte de tu familia? ¿de dejar tus montañas? ¿tienes en ellas algun amante?

—Señora, la respondí con tristeza: no siento separarme de mi familia; no dejo en mis montañas ningun amante; pero voy á encontrarme sola en Paris y tengo miedo y estoy inquieta.

—Pues qué, añadió la noble señora, ¿no vas á la casa de alguno de tu familia, de algunos de sus amigos íntimos?...

—No señora, le respondí bajando la cabeza.

—¿Pues á dónde vas á parar? me preguntó como admirada.

—No sé, exclamé entre dientes.

—¿Vas á Paris y no sabes á donde?

—No señora...

—¿Tienes parientes en París?
 —No señora.
 —¿Tienes amigos?
 —No señora.
 —¿Tienes dinero para vivir cuando llegues?
 —Si señora: le respondi, poniendo en sus manos mi bolsita de cuero, y echándome a llorar como una desgraciada.
 —¡Pobre niña! exclamó, fijando en mi sus ojos penetrantes y con una piedad sin límites, ¿Eres buena? me preguntó con dulzura.
 —Si señora.
 —¿Tienes padres?
 —Si señora.
 —¿Te mandan ellos a París?
 —No señora.
 —¿Saben que vas?
 —No señora.
 —¿Y por qué vas sin su consentimiento?
 —Porque hay en mi una fuerza que no puedo dominar; que me impele hace dos años y que al fin me arranca de la casa paterna y de mis montañas, para buscar en París la felicidad, la educación, la gloria, no se qué...
 —¿Y no sería mejor que volvieras a la casa de tus padres?
 —No señora; antes de tomar mi resolución, lo he meditado mucho; y no podría vivir si volviera a Navarra. Me siento con valor y medios para ganar donde quiera mi sustento: puede ser que tenga que luchar con grandes peligros y con la miseria; pero Dios me protegerá.
 —¿Y por qué no vuelves a la casa paterna? ¿quien sabe si a esta hora estarán tus padres muriéndose de desconsuelo?...
 —Mis padres tienen ánimo; mis hermanos los consolarán: mi ausencia los tendrá tristes algunos días; pero si encuentro la felicidad, cuando vuelva, ellos me perdonarán.
 —¿No quieres anunciarles tu llegada a París?
 —No señora.
 —¿Por qué?...
 —Porque la noticia aumentaría su inquietud y los haría mas desgraciados: mejor es que no vuelvan a saber de mí: la idea de que me hallo sola en París, abandonada, los mataría... y mas vale que no sepan donde dirijo mis pasos...
 La viejecita me veía y me miraba silenciosa, se quedó pensativa, y no me volvió a hablar hasta llegar a la ciudad de Tours.

CAPÍTULO XVIII.

Absorta contemplaba las márgenes del río, cuando la bondadosa señora rompió el silencio.
 —¿Cómo te llamas?
 —Catalina Ossema.
 —¿Dónde viven tus padres?
 —En la villa de Valcárlas, barrio de Pecoecheta.
 —¿Qué hacen?
 —Labrar la tierra y cuidar su ganado.
 —¿Tienes muchos hermanos?
 —Dos.
 —¿En qué se ocupan?
 —En las labores del campo, y en llevar las cabras a la montaña.
 —¿Y tú que hacías?
 —Lo mismo que ellos.
 —¿Quién te ha aconsejado dejar la casa paterna?
 —Nadie.
 —¿Para qué vas a París?
 —Para trabajar, aprender y ser grande.
 —Grande? en qué, hija mía?
 —En algo que llame la atención del mundo y me dé gloria.
 —¿Quién te ha infundido esas ideas?
 —Nadie; mi corazón que no me deja descansar...
 —¿No temes el hambre, el frío, la enfermedad...
 —Dios me protegerá.
 —¿Y si un malvado, viéndote sola, te ofrece dinero para salvarte de la miseria y abusar de tu juventud?
 —No lo oiré: lo miraré con desprecio y seguiré mi camino.
 —¿Pero cuál es tu camino?
 —Dios me lo señalará...
 —Cuando lleguemos a París ¿a dónde irás?
 —No lo sé; la respondi mirándola con los ojos llenos de lágrimas; si no hallo una familia piadosa donde colocarme, me iré al hospital a cuidar de los enfermos.

La viejecita reflexionó algunos minutos.
 —No irás al hospital, ni mendigarás por las calles, me dijo con una bondad angelical, acariciando mis manos frías entre las suyas tan nobles y generosas.
 —Soy la condesa de Curlandia, no tengo parientes, estoy sola en el mundo: ¿quieres ser mi hija?
 —Sí, señora, le respondi echándome a sus pies.
 Aquellas palabras me salieron de lo íntimo del corazón.
 —¿Me amarás siempre?
 —Os amaré y os bendeciré hasta la hora de mi muerte, la respondi llena de emoción.
 —Pues desde este momento eres mi hija: yo te doy abrigo en mi alma y en mi casa; te haré dar educación y serás feliz; pero júrame que nunca te separarás de mí, que no tendrás en el mundo más madre que yo; que para tí, como si no existieran las montañas de Navarra; que jamás escribirás, ni dirás a nadie que allí viven tus padres; finalmente, que vas a ser mi hija sin que nadie venga a disputarme tu cariño ni tu posesión: si quieres estar a mi lado, bajo estas condiciones, cumpliéndolas sagradamente, desde este momento soy tu madre, y no te abandonaré jamás: si te pesa la exigencia que te hago, si quieres volver al seno de tu familia, ó buscar sola tu suerte en París, al llegar, te daré lo que necesitas, te echaré mi bendición y que Dios te guie y te proteja.
 —Quiero ser vuestra hija, le respondi resueltamente: desde hoy juro no tendré más madre que vos; mis labios no revelarán a nadie el lugar donde nací, ni la existencia de mis padres: os veneraré siempre, y espero en Dios que no os arrepentireis de haberme dado abrigo; y no creáis desamo a los que me han dado el ser: los quiero con todo mi corazón; pero siento una fuerza superior, que me impulsa a la gloria: una voz que me grita «adelante» guiada por ese espíritu os he encontrado. Vos, señora, queréis que sea vuestra hija, y lo seré, para acompañaros y amaros siempre.
 La condesa me oía enternecida; la ingenuidad y el fuego de mis palabras la embelesaban.
 —Bien, me dijo echándome los brazos al cuello, recostando mi cabeza sobre su corazón, tú endulzarás mi tristeza, y yo te haré feliz; acuérdate que desde hoy te llamas María, y que eres la hija de la condesa de Curlandia.

CAPÍTULO XIX.

Eran las siete de la mañana cuando entramos en París: los postillones hacían crujir sus látigos sin descanso; la gente se detenía a ver pasar la magnífica silla de postas con el viejo mayordomo sentado detrás, el conductor en el pescante, y sobre los caballos los postillones vestidos de azul, con sus casaquillas cortas, adornadas de botones de plata, sus sombreros de hule, sus calzones ajustados y sus botas de montar. ¡Qué sorprendente fué a mis ojos la capital de Francia! con sus magníficas calles: la iglesia de la Magdalena, los Inválidos, la plaza de la Concordia, los Campos Eliseos y el Arco de la Estrella, por delante del cual pasamos, dirigiéndonos al bosque de Boulogne, a llegar a Passy, donde la condesa tenía su magnífico hotel.
 En su puerta esperaba el portero y toda la servidumbre antigua, que hacia diez años no veía a su señora. ¡Con cuánta alegría besó aquella gente la mano de su bienhechora!—¿Esta es la señorita María? le preguntaban rodeándome y llenándome de caricias. ¡Cuánto ha crecido!... no la conoceríamos si no viniere con la señora condesa.
 —Es verdad, respondía la condesa, estrechándome entre sus brazos: prepara para mi hija el cuarto al lado de mi habitación, dijo a su mayordomo, fijándole los ojos de un modo particular.
 El mayordomo se acercó a mí; respetuosamente me besó las manos, y a los pocos momentos, estaba instalada en mi cuarto.
 Yo entré, mirando uno a uno, aquellos muebles preciosos. Las sillas eran doradas, forradas de raso amarillo; la cama con las colgaduras del mismo color: un gran espejo, con sus columnas de ébano: dos grandes cómodas de ébano, con sus

adornos de bronce: en el centro de la pieza, una magnífica araña de cristal de roca; sobre la chimenea, un reloj antiguo, dos candelabros de doce brazos y dos jarrones de porcelana de la China con flores y ramajes.
 Era la primera vez que mis ojos veían tanta grandeza: en aquellas preciosas sillas iba a sentarme; en aquella cama, tan suntuosa, iba a dormir, yo que no tenía mas traje que mi vestido de lana negro, tres camisas, seis pañuelos, seis pares de medias, un par de zapatos, trescientos francos en mi bolsita de cuero, mis pendientes y mi cruz de plata.
 Instintivamente me arrodillé delante de una imagen de la Virgen, que había a la cabecera de la cama, y le pedí que hiciera felices a mis pobres padres, y a la buena señora que tendía sobre mi sus manos protectoras.
 Aun estaba haciendo oración, cuando entró en el cuarto.
 —Bien, hija mía, exclamó placentera.
 —Rogaba por..., no me dejó acabar.
 —Por tus padres, me dijo, haces bien; ruega siempre por ellos, pero acuérdate que no tienes más padres que yo.
 —Es verdad, le respondi, dándole un beso; vos seréis mi única madre.
 —Por eso vengo a ver como estás instalada, añadió con dulzura; y quiero saber lo que te hace falta.
 Miró mi pobre equipaje sonriendo y se volvió a su habitación.
 A las dos horas, entraba la modista a tomarme las medidas necesarias; y al otro día a las tres, tenía en mi cuarto cuanto podía necesitar, para estar perfecta y elegantemente vestida.
 En los ocho días siguientes, me llevó a ver cuanto tenía de interesante la capital de Francia: yo comparaba sus maravillas, con el modesto caserío donde había nacido; con la agreste soledad de mis montañas; con la salida y la puesta del sol, con los torrentes y los riachuelos, que brotaban de sus escarpadas rocas.
 A los quince días de estar en París, la condesa me llamó a su cuarto y me dijo:
 —Hija mía, ahora es preciso pensar en tu felicidad; apenas sabes leer y escribir, y es necesario que tengas una enseñanza digna del rango que has de ocupar en la sociedad; quiero que cuando vayamos a Londres, te admiren mis amigos, no tanto por tu hermosura como por tu excelente educación: ahora tienes diez y seis años; a los diez y nueve debes haber salido del colegio; y para eso, es preciso entrar en él pasado mañana.
 —Lo que V. disponga es mi voluntad: deseo saber, y V. me hará feliz, llevándome donde pueda aprender: esta fué mi contestación.
 Al otro día a las tres de la tarde, me llevó al Sagrado corazón de Jesús.
 —Os dejo a mi hija María, dijo a la superiora: haced de ella una joven ilustrada; enseñadle el inglés, el francés, la historia, la geografía, la música y el baile: ella tiene bastante religión, no la educo para la iglesia; así, espero que le infundireis un espíritu de moralidad, con el que pueda combatir las desgracias y las asechanzas del mundo.
 La superiora fijó en mí sus ojos, queriendo penetrar el efecto que hicieron en mí aquellas palabras; mientras mi buena protectora se despedía de mí, con la efusión y el cariño de una madre.
 Tras de ella se cerraron las puertas del convento: me quedé con una monja llamada sor Adelaida: pocos momentos despues de mi entrada anocheció: sor Adelaida me acompañó a tomar posesión de mi celda; me encendió la luz y se despidió hasta el otro día a las siete de la mañana.

CAPÍTULO XX.

No quiero describir la historia de mis tres años de convento: cuando me vi en aquella celda, cuya puerta daba al claustro; cuando me acosté en medio de aquel silencio pavoroso; cuando me consideré encerrada entre monjas, yo que nunca había sido santurróna, que tenía un espíritu indomable de libertad y de independencia, me creí cargada de cadenas; pero había prometido obediencia a mi madre adoptiva, deseaba saber, y estas ideas me infundieron valor. En toda la noche cerré los ojos, aguardando con impaciencia la luz del día.
 A las siete de la mañana, sor Adelaida

tocaba a mi puerta: yo estaba levantada, peinada y vestida.
 La buena monja me llevó a la sala de recreo: allí me presentó a las maestras que eran muy venerables, y a mis jóvenes compañeras que ya tenían cara y movimientos de monjas: me señaló las clases a que debía asistir, y desde aquel momento, con una aplicación febril, comencé mis estudios.
 A los dos años, sabía perfectamente la gramática francesa y la inglesa: había hecho mis estudios históricos de aritmética y álgebra: tocaba bien el piano, y bailaba con perfección: era la primera en todas las clases.
 Cada domingo venía a verme mi buena madre, que así la llamaré siempre: me había acostumbrado ya a la vida del convento: mis maneras bruscas habían transformado completamente: mis cabellos, mi dentadura, mis manos, toda mi persona, revelaban el esmero esquisito que me había inspirado sor Adelaida. ¡Qué corazón tan tierno! ¡Qué joven tan delicada! Yo amaba a aquella monja con todo el cariño de mi alma. Era mi amiga, mi hermana, mi paño de lágrimas, mi consejera, mi delicia. Tenía por ella adoración. Aun recuerdo sus ojos grandes, pardos y brillantes; su frente espaciosa; sus dientes blancos como la nieve y el fuego y la ternura de sus miradas puras y deliciosas.
 Tres meses antes de salir del colegio, la pobrecita murió del pecho. La acompañé durante su enfermedad; la tuve recostada sobre mi corazón durante su agonía; murió en mis brazos, mirándome con una santidad angelical. ¡Pobre sor Adelaida! si no hubiera muerto, yo le hubiera pedido a mi buena madre que me hubiera dejado permanecer en el convento; y tal vez hubiera profesado para no separarme de ella; pero su muerte me rompió las alas del corazón. Desde aquel momento se apoderó de mí una melancolía profunda: solo tenía consuelo, cuando me sentaba en su modesta tumba. ¡Cuántas horas pasé a su lado! ¡muchas flores y lágrimas derramé sobre ella! La superiora veía que nada dominaba mi desconsuelo; que adelgazaba de un modo alarmante, consumiéndome lentamente, y le rogó a mi buena madre, me sacara del convento: mucha pena tuve, cuando me despedí de aquel asilo de virtud y de paz, y dejé mi celda y aquella sepultura tan amada: mi buena madre me recibió con un cariño entrañable; me rodeó de placeres y de fiestas: al principio me cansaron: iba a ellas, con el corazón enlutado y el semblante risueño.
 Había cumplido diez y ocho años; mi espíritu y mi entendimiento estaban formados: veía y lo comprendía todo con rapidez y facilidad; las conversaciones y consejos de sor Adelaida, que había sido muy desgraciada, me habían enseñado mucho.
 Entraba en el mundo con un fondo de saber teórico, equivalente a la experiencia de los que se han nutrido en los enredos sociales. Mi cara era inocente, mi mirada tímida, mi sonrisa franca é infantil, pero en el alma tenía una resolución sin igual: unía a ella la sagacidad y la reserva más grandes, y me había acostumbrado a la paciencia, que es el único lenitivo contra la desesperación, y la mayor de las fuerzas humanas.

CAPÍTULO XXI.

En vano pretendía mi buena madre disipar mi fastidio con los teatros, paseos, las ricas galas y pedrerías; nada atenuaba el desaliento en que había caído: hacía esfuerzos para vencerlo; pero mi salud se desmejoraba cada vez más, y en esa situación, mi madre decidió abandonar París.
 El 1.º de Mayo, salimos para Inglaterra: cuando me vi en el mar, tuve un momento de asombro: su grandeza me impresionó: mis pensamientos son procelosos como tú, pensé mirando las encrespadas olas.
 Dos horas despues de la salida de Calais, fondeábamos en el puerto de Folkestone: el aire y el movimiento, la costa que dejaba, la tierra extranjera, la nueva lengua que oía y que hablaba bien, distrajerón la pasión de ánimo que me abrumaba: pude respirar libremente; cuando llegamos a Londres gocé contemplando la gran ciudad del mundo.

Mi madre había hecho preparar un magnífico hotel en Hyde-Park; en él estaba acumulado cuanto podía apetecerse de rico y confortable. En mi cuarto, había un excelente piano de Collard y Collard; la música era la delicia de mi madre, mi voz disipaba sus melancolías.

Yo había sustituido á su hija; pero su recuerdo la dominaba siempre; cuando la veía abismada en la meditacion, me sentaba al piano, cantaba las romanzas de Haidyn ó de Bethoven; entónces levantaba la cabeza, sonreía, y me mandaba desde su asiento un beso cariñoso.

Hacia mes y medio que estábamos en Londres: mi madre me había presentado á las más ilustres damas de la nobleza de Inglaterra, yo no tenía un minuto de tiempo: del medio día á las dos, montaba á caballo: á esa hora iba á casa de mis amigos á tomar el lunch, ó venían ellos á la nuestra: á las cinco salía á Hyde-Park en carreta descubierta, y volvía á las siete para vestirme y asistir á las comidas á que estaba invitada, al teatro ó á los bailes: cerca de tres meses esta fué nuestra vida: yo era el objeto de las conversaciones, de los aplausos y de los obsequios de todos. Sin la hija de la condesa de Curlandia, no se daba ninguna fiesta, donde innumerables adoradores, me hacían la corte pretendiendo mi mano.

Se acabó la estación del verano, y siguiendo los usos de la gran sociedad, nos fuimos á las costas de Inglaterra á tomar los baños: de allí, á las cacerías de Escocia, y despues de haber estado quince dias en Richmon, comenzamos á cumplir con las invitaciones que habíamos aceptado para los castillos de los amigos de mi madre.

Si los dias del verano fueron alegres, los del invierno siguieron los superaron: por la mañana la caza: al medio día la música y por la noche los bailes con mas lujo que en la ciudad de Londres: así pasé el año, en un torbellino de placeres y de movimiento, siempre aplaudida y admirada por mi voz melodiosa, por mi educacion y hermosura. Muchas veces exclamaba:—Hé aquí lo que yo soñaba en mis montañas, no había en el mundo nadie mas feliz que yo: rebosando salud, poseyendo cinco idiomas, tocando el piano y el arpa con una voz melodiosa, heredera de un gran nombre y de una fortuna inmensa, objeto del amor general y de todas las conversaciones...

Mi madre vivía orgullosa con mis triunfos: yo era la jóven más adulada de Inglaterra: pero en medio de tanto aplauso y de tanto adorador, mi corazón dormía indiferente: no había encontrado un solo hombre que me llamara la atención: me gustaba verlos á mi alrededor distinguiéndome, pero no les dedicaba ningun pensamiento.

Así pasamos el segundo año, en el cual mi madre había enfermado, de modo, que al siguiente, no pudo llevarme á los bailes y fiestas, viéndose obligada á permanecer en su hotel, en donde recibía á los amigos dos veces por semana.

Entre las personas que concurrían á aquellas noches tan agradables, había un caballero italiano, hombre como de cuarenta y seis años, de regular estatura; color pálido; la frente huesosa y desarrollada; la mirada viva y profunda; la boca sonriente y cerrada como de hombre que sufre; las manos enjutas, los piés pequeños; reservado, taciturno, y lejos siempre de los demás, era el único que no me fastidiaba con adulaciones: cuando yo cantaba, tenía fijos en mí sus ojos, que se abrían poco á poco, y se llenaban de ternura, acabando por ser un foco de electricidad, que me conmovía llenándome de tristeza.

Yo no podía comprender el efecto que aquel espíritu, solitario siempre, producía en mi corazón: nunca se acercaba á hablarme: su barba espesa y muy oscura, iba blanqueando; se le veía siempre abrumado por el aburrimiento: aquel hombre llegaba con sus miradas melancólicas hasta el fondo de mi alma.

Desde la primera vez que lo vi, quedó grabada en mi mente su fisonomía: la pregunté á mi madre quién era:—Un poeta desterrado de su patria por revolucionario, y separado de su mujer que le ha hecho el más infeliz de los hombres.—me respondió, sin darle importancia á mi pregunta.

Su resignacion, su modestia, su dulzura, el apartamiento en que vivía, me interesaron mucho: una noche me acerqué á él y le tendí la mano, como si fuera mi hermano: me dió la suya temblorosa, me dijo muy pocas palabras, pero desde aquella noche, me sentí inquieta y me parecía me faltaba algo, que no podía explicarme: estudiaba horas enteras el piano, montaba á caballo, me movía sin cesar; iba y venía á casa de mis amigos; en todas partes estaba sola: contaba las horas, esperando las noches de reunion, y cuando veía llegar á aquel hombre, mi desazon se calmaba; sin acercarse á mí, me miraba siempre: sus ojos eran el alma de mi vida. Yo cumplía veintidos años, y él cuarenta y siete: yo no había querido nunca más que á sor Adelaida, y no sabía lo que era amar.

Así acabó mi tercer verano en Inglaterra, y comenzó la temporada de invierno: en ella no volví á verlo; creí que podía olvidarlo, casi ahogué su memoria en el humo de la adulacion que me rodeaba; su imagen despertaba algunas veces en mi alma, pero yo quería olvidarlo. Y así pasó aquel invierno.

Un dia mi madre lo había convidado á almorzar, en compañía de Lord G... y del marqués de B... A última hora se escusaron los dos últimos por un caso de honor, que exigía su presencia; solo vino el duque Peoli que así se llamaba.

Durante el almuerzo, mi madre, á quien la enfermedad había agriado el carácter, me dijo algo que lastimó mi sensibilidad; era la primera vez que oía una palabra dura de su boca... mi madre se retiró de la mesa afectada.

Los criados habían acabado su servicio y nos dejaron solos: yo me quedé sentada en la mesa y principié á derramar lágrimas sin prorrumpir en una queja. Aquel hombre se levantó de su asiento, y puso temblando sus manos sobre mi cabeza: sentí sobre mi frente un beso de fuego, y mis lágrimas bañaron sus labios...

Me levanté sin hablarle, y me fui á encerrarme en mi cuarto.

Aquel beso había caído como fuego sobre mi corazón: desde aquel momento no volví á tener una hora de alegría, ni un momento de tranquilidad. Desde entonces mi alma fué de Peoli, sin que él lo haya sabido nunca: no volví á verlo, ni á hablarle en muchas semanas: una vez que se me acercó, le dije:

—Entre V. y yo, hay un imposible eterno: ¿V. quiere hacerme infeliz?... Bajó la cabeza y se alejó sin responderme.

Eran ya los últimos dias de la temporada de verano: una mañana mientras preparábamos los equipajes para irnos al campo, vino á decirnos adios: estaba delante de mí; sin prorrumpir en una palabra, con la cara pálida como la muerte, me dijo:—«Dáme un beso, que te adoro con todo el amor de mi corazón.» Yo, me quedé inmóvil delante de él... me besó en la boca; ¿me quieres? me preguntó con acento desgarrador.—Sí, le respondí, sin poder dominar la efusion de mi alma: me apretó las manos con tristeza... yo no comprendí que aquel era su último adios: no volví á verlo. ¡Las lágrimas que he llorado! las noches que me he sentado en mi lecho á pedir á Dios por él: todo sin pronunciar su nombre: encerrando mi amor en el alma para que nadie lo comprendiera! Yo misma quiero no recordarlo: ¡ninguna mujer en el mundo ha sufrido mayores tormentos!!

CAPITULO XXII.

—Es necesario pensar en casarte, me dijo mi buena madre, á la entrada del tercer verano, porque ya tienes veintitres años. Cuando me pretendían los jóvenes más nobles y más ricos de Inglaterra.

—No quiero casarme, le respondí; si no te pesa tu pobre hija, déjame vivir á tu lado.

—En tu corazón pasa algo extraordinario: yo te conozco, luchas con una pasión ó con una gran pena; ¿qué tienes, hija mia? me preguntó con inquietud.

—Nada, le respondí sonriendo, pero en el alma ardia el volcan que me devoraba.

El duque de Peoli, se había ausentado de Inglaterra, no me atrevía á preguntar por él: su alejamiento aumentaba mi tristeza: no tenía ni sueño ni ape-

tito: mi color había palidecido, y tenía continuamente fiebre...

—¿Qué tienes? preguntaba mi madre enferma á quien mi angustia aumentaba el padecer.

—Hipocondría que pasará, la respondía sonriendo siempre.

Supe que Peoli estaba en Francia; le pedí á mi madre volver á París, y ocho dias despues estábamos instalados en el hotel de Passy.

Para celebrar nuestra vuelta, mi madre invitó á sus amigos: Peoli asistió tambien: sus ojos le daban vida á mi corazón: allevantarnos, me dió su brazo.

—Te amo María, me dijo con voz de miedo, no puedo hablarte aquí; ven á verme, yo respetaré tu virtud. Sus ojos estremecieron mi alma.—Fré, le respondí sin saber lo que ofrecía: yo necesitaba hablar á aquel hombre: se sentó tenebroso cerca de la chimenea. Yo seguí haciendo los honores de la casa, sin acercarme á donde él estaba meditando.

Al besar á mi madre para irme á acostar, me dijo:

—Siento la inquietud en tus labios: la veo en tus ojos y en la palidez de tu semblante: ¿no me amas, hija mia? ¿no soy ya tu amiga? ¿qué tienes? ¿qué hace temblar tus manos? ¿cuál es la causa de la pena que te agita en estos momentos?...

—Nada, mi adorada madre; le respondí, queriendo mostrarme tranquila: son nubes que pasarán, y que ahora oscurecen sin motivo mi semblante, pero que se disiparán como otras veces.

—Dios lo quiera, me respondió dándome un beso. Me acosté, no á dormir, sino á derramar lágrimas y á luchar conmigo misma.

—¿Debo ir? ¿es digno? ¿debo cumplir mi promesa? ¡ay! luché toda la noche con mi pensamiento, llorando siempre; y así me ananció: á las nueve salí de Passy, á pasear al bosque de Boulogne: á las nueve y media estaba delante de su puerta: temblaba; me faltaban las fuerzas; iba á caer en tierra: me esperaba y salió á recibirme. Me arrojé en sus brazos; no recuerdo más.

—Te amo y te amaré como á un ángel, con toda la pureza de mi alma, y hasta la última hora de mi vida, me dijo conmovido.

—Yo tambien, le respondí, llena de sobresalto y afligida; con el alma rebosando de ternura; porque aquel hombre, era el más noble y más caballero de la tierra, y alma del alma mia.

—Adios María; adios para siempre, me dijo, besando mis manos con un dolor que aun me angustia: el infeliz presagiaba lo que iba á sucederle.

—No para siempre, le respondí, como si me apretara el corazón una mano de hierro.

—Sí María, para siempre: repitió besándome la frente con respeto profundo.

Cuando me fui de su lado, como una loca, me puse á dar vueltas por las espesas calles del bosque de Boulogne: corría sin saber á donde me dirigía, hasta que entré en mi casa, sin saber darme cuenta de lo que pensaba y de lo que quería.

A la noche, antes de acostarme, pedí á mi madre, nos volviéramos á Inglaterra.

—París, le dije, despierta mis antiguos recuerdos: la imagen de sor Adelaida, vuelve á conmovirme: tiemblo permanecer aquí, la tristeza va apoderándose de mí.

Aun no había acabado de hablar, cuando mi madre daba las órdenes para que se cumpliera mi voluntad; y seis dias despues estábamos en Londres.

Peoli oyó, con la frialdad del hombre desgraciado, mi determinacion: bajó la cabeza, penetrando con sus ojos hasta el fondo de mi alma.

—¡Pobre María! me dijo al despedirnos: ¡yo seré hasta la muerte el más infeliz de los hombres! ¡tú no volverás á verme!... eres la mujer mas hermosa de la tierra: te rodea la fortuna, la gloria, todo... y yo soy un desterrado á quien el destino condena al sufrimiento... haces bien de irte, ángel mio... no te seguiré: que Dios te guarde y te acompañe y te vuelva la paz que jamás tendrá tu pobre amigo!...

Estaba pálido como la muerte: lo ví con tristeza, ahogándome para contener mis lágrimas; pero era preciso separarme de aquel hombre á quien idola-

traba á pesar de su estado y por el cual, quedándome en París, hubiera expuesto el honor y la vida.

Le estreché las dos manos, con la emocion más grande, y me alejé partido el corazón de pena: ni un suspiro, ni una lágrima, ni el menor movimiento, me revelaron la desesperacion de que estaba poseído: él veía en mis ojos que lo adoraba y que me iba huyendo de mí misma: y en su última mirada, parecía decirme:

—Huye, que te amo y te bendigo.

CAPITULO XXIII.

Cuando llegamos á Londres, la oscuridad del cielo era como la de mi alma: no sabía cuál era el sentimiento que me dominaba. Aquel hombre, imposible para mí, á quien amaba frenéticamente, á cuya casa había ido sola, exponiéndolo todo, y del que me alejaba traspasada de dolor, me había quitado para siempre la tranquilidad. Yo tenía un espíritu fuerte, pero en mis ojos y en mis mejillas pálidas, en mi frente nublada apesar de mi silencio y disimulo, se revelaba lo que estaba pasando en mi corazón: mi madre notó mi pesadumbre y una tarde me dijo:

—Hace muchos meses que estás padeciendo; con tu pena estoy intranquila; me quitas el sueño, y aumentas mi enfermedad: ¿amas á algun hombre? sea el que fuere, rico ó pobre, noble ó plebeyo, si le amas, dímelo y se casará contigo.

—Madre, no amo á nadie, le respondí avergonzada; mi tristeza y mi desasosiego, son causa de falta de salud.

—María, me dijo, fijando en mí sus ojos llenos de amor; tu respuesta no te sale del corazón; eres desgraciada, y no me dices la causa; tienes talento, y no puedo aconsejarte nada que no sepas y comprendas; conozco tu virtud, dignidad y energia, y por eso no te hago más preguntas: si eres infeliz, ven á mí que estoy siempre dispuesta á compartir tus penas y á remediarlas, en todo lo que dependa de mí, sin ninguna exigencia y sin preocupaciones de ningun género.

¡Pobre madre! ¡qué corazón tan justo y tan generoso! Mientras la tenía entre mis brazos, me parecía estar al abrigo de la inquietud que me devoraba.

—Hija mia, prosiguió diciéndome: tú ves que la enfermedad me consume: tengo miedo de faltar, dejándote sola en el mundo: si estuvieras casada, moriría tranquila.

—Madre, volví á responderla; no amo á nadie; si alguien me interesa, es por pocos momentos: no sé si será á causa de la adulacion que me rodea ó de la frialdad de mi alma; pero todos me son indiferentes.

—Aunque sea así, me dijo, es preciso que te decidas á casarte: cuando yo no exista, ¿cómo podrás vivir en el mundo? te dejaré mi nombre y una gran fortuna, pero para manejarla y vivir tranquila, necesitarás un compañero digno de tí; y el dia que te cases, será el más feliz de mi vida.

Aquellas palabras eran para mí una orden. Por obedecerla, en mi angustia tendí mis ojos al rededor buscando un hombre á quien amar, y no encontré á nadie: ninguno respondía á mi independencia y energia; todos me parecían vulgares: ¡ay! ¡si hubiera podido casarme con Peoli!... á él hubiera unido mi suerte, á pesar de que podía ser mi padre: mi corazón lo veneraba, y quería en su desgracia y en su paciencia. El infeliz me adoraba y sufría el martirio, sin seguirme á Inglaterra y sin escribirme una carta. ¡Qué gran dignidad de carácter y cuánta virtud!

CAPITULO XXIV.

Mi buena madre ya no podía moverse de la habitacion: la enfermedad había hecho en ella grandes estragos: como sor Adelaida, veía llegar la muerte sonriendo: la tisis llegaba á su último periodo: para no asustarme, disimulaba su padecer; y recibía á sus amigos dos veces por semana, como en los mejores dias de su salud.

Entre los que nos frecuentaban, venía un caballero establecido en el Norte-América, como de cuarenta años de edad: era alto, los ojos penetrantes, la boca contraída siempre, de carácter si-

lencioso y de gran altivez. Era uno de los más opulentos propietarios de New-York: su riqueza tan grande como su generosidad. Hacia lo menos posible por captarse la benevolencia de las gentes; y en su exterior había algo de lúgubre y misterioso, que lo aislaba en el mundo.

Hacia dos años venía á casa de mi buena madre sin faltar á una recepción: por todas partes lo encontraba, fijos en mí sus ojos; mi indiferencia aumentaba su taciturnidad, y su cara revelaba lo que sufría su amor propio: no tenía por él ni aun curiosidad; en cambio él me amaba ciegamente.

El estado de mi madre comenzaba á alarmarme: á pesar de su gravedad, ella había observado las atenciones para conmigo del norte-americano, que era sir Raimundo Abston, hijo del lord del mismo nombre. Como al rededor de su lecho recibía á sus amigos íntimos, él estaba siempre á su cabecera: y sus atenciones y sus cuidados, me lo hicieron interesante, á pesar de su humor taciturno y de su altivez indomable.

Una noche que estábamos solos y que mi madre dormitaba rendida por el mal que la iba consumiendo, me dijo con una impasibilidad extraordinaria.

—María, V. está amenazada de una gran pérdida; ántes que llegue ese terrible momento ¿quiere V. aceptar esta mano que le ofrezco, con el amor de mi corazón y con toda mi fortuna?

—Señor, le contesté conmovida, no amo á V., es verdad que tampoco amo á nadie y creo que jamás podré amar; pero puedo asegurar á V. que estoy agradecida al cuidado que tiene V. por mi buena madre y que soy su amiga.

—Aunque V. no me ame, me respondió, no importa: si V. acepta mi proposición, espero que mi amor logrará interesar á V. y sobre todo, estoy seguro de hacerla á V. la mujer más feliz de la tierra.

—Mi madre despertó y no pude contestarle; durante seis días pensé en las palabras de aquel hombre en cuya frente veía algo de extraordinario que no me explicaba. Referí á mi madre su conversación y cuando hubo concluido, me dijo:

—¿Y cuál es tu idea, hija mía?...

—Mi idea en eso y en todo, será la voluntad de V., le respondí besándole la frente.

—Pues si quieres hacerme feliz, dále tu mano, y si ahora no le das el corazón, él sabrá ganarlo.

—¿Y podré ser feliz? le pregunté inquieta.

—Sí, hija mía, me respondió, con los ojos radiantes de ternura, y en los cuales veía asomar las lágrimas.

Cuando llegó sir Abston, lo llamó cerca de su lecho: á mí me tendió la mano izquierda y á él la derecha, diciéndole:

—V. le ha ofrecido á María su corazón y su fortuna: pues bien, yo le doy á V. el corazón y la fortuna de mi adorada hija.

Sir Raimundo Abston le besó la mano con profundo respeto y gratitud; y á mí la frente, con un beso que parecía salirle del alma.

—Ya puedo morir tranquila, exclamó mi madre estrechándome contra su corazón.

Yo la ví enternecida, y me quedé sentada meditando al lado de su lecho.

CAPITULO XXV.

El mayordomo de mi buena madre había muerto de repente; era el único que sabía la historia de mi vida: con su muerte, para todos era yo la verdadera hija de la condesa de Curlandia: con él se enterraba mi secreto. Muchos días le oculté la desgracia, pero al fin tuve precisión de decirsela: al saberla, inclinó la cabeza, y desde entonces su gravedad fué en aumento. Juan, no era un criado fiel; era el amigo, el depositario de todos sus secretos: había nacido en la casa y la había visto nacer.

A la caída de las hojas, tiempo fatal para los enfermos de tisis, mi madre se ahogaba: los remedios eran inútiles: el yoduro de potasio, los vejigatorios, las aspiraciones del gas férico; todo inútil; recursos de la ciencia contra la voluntad inescrutable de Dios.

Una tarde creció la angustia: le faltaba fuerza para respirar; la tos la ahogaba y la fiebre era ardiente. En un momento de crisis, de esos que la muerte

permite al cuerpo para que el alma se prepare á su camino, me llamó con ansiedad: sir Raimundo Abston estaba á su lado.

—María, me dijo con la voz casi imperceptible, voy á morir, no hay remedio, se acerca mi última hora: no quiero que te quedes sola en el mundo: sir Abston, mi hija será vuestra esposa; hacédla feliz, y que Dios os bendiga... María, prosiguió, quitándose una medalla de la Virgen que tenía colgada al cuello: nunca te separes de esta imagen; en ella hallarás consuelo en las horas angustiadas de la vida. Esta llave abre mi cofre fuerte, en él está mi testamento: te dejo mi nombre y mi fortuna: no olvides nunca á tu madre y pídele á Dios que me abra las puertas de su gloria... fijó en mí sus miradas con una dulzura celestial: no pudo decir más... poco á poco fué cerrando los ojos; sus manos que estrechaban las mías, fueron perdiendo el calor: tuvo un estremecimiento imperceptible y dió un suspiro tenue, como la última oscilación de una lámpara que se apaga: sonrió con dulzura, ya cerrados los ojos, é inclinó la cabeza, como muere una tórtola.

El médico que la contemplaba, me dijo separando mis manos de las suyas.—«Todo acabó.»—Yo no quería convencerme de la realidad fatal... besé aquellos labios amados, que me habían bendecido tantas veces: bañé de lágrimas su serena frente: dos horas estuve arrodillada á su lado rogando á Dios por su alma pura y generosa: sir Raimundo Abston estaba á mi lado inmóvil, fijos en mí sus ojos melancólicos yaltivos: había en su mirada una grandeza inexplicable. Llorando vestí aquel cuerpo tan querido con sus mejores ropas: lo coloqué como si durmiera en su lecho de muerte, y dándole mi último beso, me fuí á encerrar en mi cuarto.

Sir Raimundo Abston me acompañó hasta la puerta; al llegar, le dije, siempre llorando amargamente.

—Cumpliré la voluntad de mi madre: esta mano es vuestra.

Sir Abston la estrechó contra su corazón.

CAPITULO XXV.

A los ocho días, cuando salí de mi cuarto, tan desconsolada como en el momento de la pérdida de mi madre, me encontré dueña absoluta de la casa de la condesa de Curlandia, y rodeada de su servidumbre. Sir Raimundo Abston aguardaba mis órdenes para venir á verme: á todos mis demás amigos les cerré mi puerta.

Yo no había pensado nunca en mi porvenir: la muerte de la condesa me había devuelto la libertad anulando mi juramento, y me hacía árbitra de mi destino. Mis verdaderos padres, mis hermanos, mis montañas, todo se vino á la vez á mi memoria. En el sacudimiento de mi dolor, sus recuerdos me consolaban: no desplegué los labios, pero ni un minuto dejaba de pensar en ellos. En aquel naufragio no sabía qué resolución tomar. Estaba combatida por la ambición de ser y la conciencia: el corazón me llamaba á gritos á mi deber, pero el demonio del orgullo, la imaginación me contenían: en el ínterin no había querido abrir un solo mueble ni enterarme de nada: por fin llamé á sir Raimundo Abston: juntos examinamos el cofre fuerte, cuya llave de oro me había dado mi madre ántes de morir; una sola cláusula tenía el testamento, que cerrado y sellado hallamos en él. «Dejo todos mis bienes á mi hija María, la cual podrá en todo tiempo disponer libremente de ellos como sea su voluntad.» A mis sobrinos, de quienes me separa una injuria que ni á la hora de la muerte olvido, les dejo cuatrocientos mil francos, para probarles que desconozco el odio, aunque no perdono: si hicieran la menor observación á mi voluntad, ó pusieran pleito á mi hija María, les desheredo de esta cantidad y de toda especie de derecho que puedan tener en el porvenir á mi fortuna.—La condesa Curlandia.»

La riqueza que me dejaba pasaba de doce millones de francos en bienes en Francia é Inglaterra: sir Raimundo Abston arregló la testamentaria y puso inmediatamente en órden los asuntos de la casa: las sobrinas de la condesa Curlandia vivían en Filadelfia: allí habían

nacido y se habían casado: eran sus dos únicas parientas; jamás supe la causa de su enemistad.

Cuando estuvo todo arreglado, llamé á sir Raimundo Abston, y le dije:

—«Me habeis pedido mi mano: mi madre me ordenó antes de morir que fuera vuestra esposa: no os amo; pero tengo por vos una grande amistad; os estoy agradecida, porque sois digno por vuestra nobleza de ser querido: haré cuanto esté en mi mano por haceros feliz; pero os engañaría si dijera que os amaba; si así quereis ser mi esposo, aquí está mi mano: pero oid lo que es aun más grave, y con lo que dudo queráis unir vuestra suerte y la mía:

«La condesa Curlandia me deja toda su fortuna; yo tengo veinte y cinco años, soy mayor y puedo disponer de esa herencia como quiera: voy á renunciarla en sus sobrinas: me quedo absolutamente pobre; sin nada en el mundo; además, no soy hija de la condesa de Curlandia, aunque me haya adoptado y ocultado á todos mi verdadero nombre: si á pesar de esto quereis casaros conmigo, aquí está mi mano.

Sir Raimundo Abston me miró absorto: yo, sentada en el sitial de mi madre, tenía fijos los ojos en su frente, que se cubrió de arrugas: estaba serena y orgullosa del arranque de mi corazón.

—Me caso con vos, me respondió, aunque cedais vuestra herencia á las sobrinas de la condesa Curlandia y no seas su hija; pero ya que os contemplo como la mujer más grande de la tierra, haced por mí un sacrificio. Mi fortuna es inmensa; conocéis el origen de mi familia; la sociedad tiene sus preocupaciones y yo mi vanidad: si lo que acabais de decirme fuera público, hariais daño á mi crédito y posición social: os acepto como sois; no quiero saber ni os preguntaré nunca vuestro origen, la causa del secreto de vuestra madre: os lo aseguro por mi honor; pero juradme también que jamás direis á nadie lo que acabais de revelarme: ¿de qué os serviría?... Si así quereis mi mano, tomadla: vuestra negativa podría costarme la vida.

—Bien, le respondí, sois digno de veneración: creo que llegaré á amaros: me caso con vos: el secreto de mi nacimiento quedará sepultado en mi alma, disponed de mí...

Sir Raimundo Abston se arrodilló á mis piés, y besándome las manos me dijo:

—Sois tan hermosa como noble; yo os haré feliz.

—Desde aquel día le miré con el más grande respeto. Tres meses despues, hecha la cesion legal de todos mis bienes á favor de las sobrinas de la condesa de Curlandia, me casé con sir Raimundo Abston.

El arregló todas las diligencias: quiso que la ceremonia se verifcara en el oratorio de su castillo, sin más que los testigos necesarios para el acto: no sé el sentimiento de que estaba poseída; la corona de azahares que adornaba mi cabeza me pareció de espinas: el ramo de gardenias colocado sobre mi pecho, cubría un martirio sin límites; tenía colgado al cuello la medalla de mi madre, en la mano un anillo de oro que me dió Peoli y que llevo siempre como una santa reliquia; pronuncié delante del altar el sí que me unía para siempre con sir Raimundo Abston, y desde aquel momento principió mi martirio.

Por la noche salimos de Londres: viajamos por Alemania y por Italia; desde Nápoles nos embarcamos en el *Aquila*, que era una hermosa corbeta de vapor de mi marido; en ella nos trasportamos á las costas de España: despues de visitar las ciudades del Mediterráneo, nos dirigimos á San Sebastian, recalando en Guetaria, en cuyos arrecifes tenía Abston un magnífico castillo.

Aquel edificio solitario, construido á la orilla del mar, me fué agradable: allí había vivido Abston en sus días felices, aquel lugar tan árido fué simpático á mi melancolía. Le pedí á mi marido que en él nos quedáramos á pasar los años de la vida: allí volví á recuperar la salud; nunca vi la alegría de mis primeros años.

Abston me rodeó de cuanto puede inventar el génio, de espléndido y confortable: me colmó de riquezas. En medio de aquella opulencia fabulosa ¡cuántas lágrimas derramaron mis ojos, en la os-

curidad de la noche! ¡cuántas horas pasé de aburrimiento! ¡cuántas veces me hicieron estremecer los recuerdos de Peoli, y su último adiós que jamás se ha borrado de mi memoria!

El desgraciado, cuando supo mi matrimonio, no pudo más: estaba solo, no halló consuelo en nada y lo fué á buscar á la Trapa de Frossirone, cerca de Roma.

«Voy á pedir á Dios por tí, me escribió resignado; deseo seas feliz y la mejor esposa de la tierra;» recibí estos renglones seis meses despues de casada viviendo en Guetaria. Él se encerró en la Trapa y yo lo estaba en el castillo de Abston.

¡To lo dispone Dios! es preciso sufrir con resignación... Cuando escribo estas páginas, hace tres años vivo acostumbrada á la monotonía y á la pena: con ella paso el invierno y los largos días del verano: sin que nadie comprenda en mi conversación ni en mi semblante la tristeza de que estoy poseída. Callar y sufrir es mi existencia.

Hoy se ha desbordado la copa de mi dolor: escribo llorando: las lágrimas borran mis palabras: para no quitarme la vida, necesito del valor que me enseñó mi amiga sor Adelaida: es verdad que no tengo derecho para hacerlo: la duda me aboga: no creo en nada... desprecio la misma adversidad con quien lúcho; condenada al dolor y á la paciencia eterna, no me queda más que hacerle frente con energía: creí que para mí no había más allá; pero hace seis horas ha venido la muerte á tocar á las puertas de mi corazón.

Esta noche me han traído un pliego cerrado con un sello negro.—Decía:—«Urgente para lady María Abston—en su castillo de Guetaria.» Rompí el lacre con el ansia de hacer bien: ¡nunca lo hubiera abierto! «Señora, decía la carta, mi desgraciado hermano acaba de morir en la Trapa de Frossirone, ántes de dar el último aliento, suplicó al prior del convento le dejara pedirnos perdón: tres años ha asombrado á sus compañeros con su humildad y penitencia. Ha muerto rogando á Dios por vuestra felicidad. Que el cielo os guarde, señora.

El duque Peoli.»

Si un rayo hubiera caído á mis piés, no me hubiera aturdido tanto, como la carta que acababa de leer: sentí frío y empaparse en sudor mi frente: me abandonaron las fuerzas, iba á caer en tierra: pero me acerqué á una de las ventanas que daba al mar, me apoyé en su balaustrada: levanté los ojos al cielo, y así permanecí algunos minutos maldiciendo mi destino.

Volví al salon con la palidez de la muerte: nadie conoció la desesperación de que estaba poseída: permanecí una hora en medio de mis convidados: de mis ojos hubiérase derramado la muerte á mi rededor.

Me retiré dejando á mis huéspedes alegres y me encerré en mi cuarto á derramar estas lágrimas, que salen á rios de mis ojos; ¡pobre Peoli! Encerraba en mi corazón tus recuerdos, como la única ilusión de mi vida: tu virtud me daba valor: tu muerte, es la losa del sepulcro, donde preso te anonada el espíritu maldiciendo sin fé y sin esperanza: porque dudo del que permite que apure hasta las heces este cáliz amargo.

¡Para mí, en vano luce el sol: viene la primavera, brillan las estrellas en la noche serena: en vano cantan las aves y se cubren los campos de flores! Yo lo miro todo con el deseo de la muerte; con la ambición de la soledad de la tumba; ese cuadro majestuoso de la naturaleza, podrá entretener á corazones inocentes, á mí no me conmueve, ni adormece, la sociedad con que es testigo de las estupidas desgracias, de los crímenes atroces, y de la feroz injusticia con que la suerte reparte el bien, entre los perversos; y la desgracia, entre los buenos y los justos.

En vano derramas, oh, luna, tu claridad serena sobre el mundo y vivificas, oh, sol, con tus rayos espléndidos la tierra. Para mí no brilla vuestra luz benéfica: lo mismo me importa el día que la noche; la vida que la muerte: alientan en vano para más atormentarme, la gratitud y la virtud, en mi corazón desesperado y afligido.

No puedo decirle á nadie lo que sufro:

sola. en la oscuridad de la noche, derramo mis lágrimas como si fuera un crimen: Abston vive para mí; pero yo no lo amo. ¿Qué hay en mi corazón para nutrir tanta frialdad y tanta desgracia?...

—¿Qué hay! exclamó Abston, acabando de leer el manuscrito, los ojos bañados en lágrimas: mi crimen y la voluntad de Dios.

CAPITULO XXVI.

—Sí; mi crimen y la voluntad de Dios: repetía sir Raimundo Abston, entrando en su lecho, donde hacia seis días no se acostaba, y durmiendo hasta las cuatro de la mañana.

Ni un suspiro, ni un ¡ay! turbó su sueño: á esa hora se levantó: se sentó en su despacho y escribió hasta las ocho. En su semblante había serenidad, y en su pulso firmeza. A las nueve hizo llamar al capitán del *Aguila* y á su secretario: traedme, dijo al primero, un abonaré de dos millones de francos, del banco de Francia, diez mil pesos en oro y el libro de caja.

El secretario fué á cumplir la orden: «Sentaos, le dijo al capitán, que estaba de pié aguardando. El capitán se adelantó y tomó asiento.—¿Estais enfermo, señor? le preguntó con interés.—No, respondió secamente sir Abston: he sufrido mucho, pero he dominado el mal. Me alegro, exclamó el capitán.

Habéis sido siempre mi leal amigo; le dijo sir Raimundo Abston; hace treinta años que estais á mi servicio. En la felicidad y en la desgracia, os he tenido á mi lado; juntos nos han arrullado las tempestades; muchas veces hemos visto abiertas las puertas del abismo, debiendo perecer; nunca habéis palidecido, y creo me habéis visto siempre sereno. En estos momentos lo estoy también: hace algunos días que mi existencia es un tormento infinito: tanto dolor, tanta oscuridad, tanta lucha me han cansado: conocéis mi carácter y sabéis que no admito observaciones, ni consejos, porque el que tiene ojos y no quiere ver el mal ó el bien, en vano se lo harán ver los otros. Sabéis que mis determinaciones son siempre hijas de maduro exámen. La que voy á tomar es irrevocable. ¿Puedo contar con vuestra amistad?... ¿Me jurais que cumplireis mis órdenes, sean los que quieran los peligros que puedan rodearos y el tiempo que necesiteis para cumplirlas?...

—Lo juro, respondió el capitán con voz solemne y tendiendo la mano.

—Pues entonces oidme, añadió sir Raimundo Abston. En este momento entró el secretario, con el libro de caja que puso sobre la mesa: el talon por dos millones de francos del banco de Francia, y diez mil duros en onzas españolas en dos sacos de cuero.

—Llamad, le dijo, al contador, al tesorero y á tres marineros del *Aguila*.

A los pocos minutos estaban todos delante de sir Raimundo Abston.

—Quiero que pongais vuestras firmas sobre este pliego cerrado y escrito de mi mano. Los que habian entrado firmaron, y con ellos, el secretario y el capitán. Sir Raimundo Abston puso su visto bueno en la última página del libro de caja que tenia sobre la mesa: copió en un pliego aparte, los resúmenes de la liquidación, y mandó al secretario lo bajara al escritorio: despidiendo á todos los que habia llamado, menos al capitán que observaba atentamente sus movimientos, queriendo penetrar la intención de aquel carácter extraordinario y reservado.

—Capitán, le dijo despues que todos se hubieron marchado, tomando del escritorio el talon de dos millones de francos, y echando sobre él su firma: habéis sido mi único amigo; antes de separarnos quiero daros una prueba de mi cariño: hace veinte y dos años que me servís con una lealtad sin límites: poseéis una fortuna modesta: quiero que tengais lo suficiente para que paseis tranquilamente los últimos años de la vida: tomad este talon del banco de Francia, yo os lo regalo...

—Es demasiado, respondió conmovido el capitán: no puedo aceptar vuestra generosidad; para serviros, eso no me hace falta...

—Lo aceptaréis, porque os lo ruego, le dijo Abston, estrechándole la mano; ahora escuchad el servicio que voy á exijiros. En esta caja hay encerrado un

manuscrito: en este pliego, un escrito importante, y la llave de esta cajita de acero. Os entrego las dos cosas, para que las lleveis á lady María Abston. Tal vez tendreis mucha dificultad para encontrarla; pero la buscareis sin descanso: os conozco, y sé que la encontrareis, si vive; y si no la encontráis antes de dos años, abrid el pliego, y guardad la caja, la que hareis destruir, y quemar lo que hay dentro, si pasados diez años no habéis hallado á lady María. A las montañas de Navarra debe haber ido: visitad los pueblos y caseríos de sus cumbres y laderas: no preguntéis por lady Abston; buscad á Catalina Ossema, hija de unos pastores de Valcárcos... Retened bien este nombre en la memoria: «Catalina Ossema»... Ahora, dadme un abrazo, tomad esos sacos de oro, que os serán necesarios para el camino, y esta noche saldréis de Guetaria. Entregad el mando del *Aguila* al piloto: os conozco, y sé como cumplís mis órdenes. Puede que mañana ya no viva!! no me hagais reflexiones... ni digais á nadie el estado de mi espíritu... dadme vuestra palabra y vuestra mano, y no me olvideis nunca.

Dos lágrimas rodaron de los ojos de aquel hombre impasible: el capitán que sabia que toda reflexión era inútil, le tendió la mano con lástima.

—¡Capitán, os comprendo, y agradezco el espíritu de vuestro sentimiento, pero todo es inútil... mi cuenta está saldada... adiós para siempre...

—Adiós, señor, respondió el capitán, rompiendo en imprecaciones contra la naturaleza entera.

—El cielo os guíe, y os haga encontrar á María... fueron las últimas palabras de sir Abston.

El capitán salió de allí como el náufrago que despues de hundida la nave, sin playas en el horizonte, y sin fuerzas ya, levanta los ojos buscando amparo en la Providencia.

CAPITULO XXVII.

Sir Raimundo Abston se sentó en su escritorio y escribió algunas cartas: revisó varios papeles, y á las ocho de la noche bajó al comedor: dos ó tres veces fijó los ojos sobre su secretario y las personas que formaban la familia del castillo; su mirada triste revelaba la piedad y el desconsuelo de que estaba poseído.

Como era de natural silencioso, y sus determinaciones tan extraordinarias, á su secretario no le sorprendió el exámen del libro de caja, el pedido del abonaré de los dos millones y los diez mil duros en oro que pusieron los criados en el carruaje, que á las siete de la tarde habia salido del castillo, conduciendo al capitán del *Aguila*. Todos observaban la serenidad de su señor, convencidos de que estaba devorado por el dolor y un designio desconocido: se levantó de la mesa con la misma serenidad é indiferencia con que habia comido, y con ella se encerró en su cuarto.

Eran las dos: la noche muy clara y serena; la mar recostaba apacible sus ondas en la falda del castillo; las estrellas brillaban como diamantes; el *Aguila* tenia encendidos sus faros: todo era calma en la tierra y bonanza en el horizonte: la gente del castillo dormía sin inquietud: solo sir Raimundo Abston estaba en vela. La lámpara ardía sobre su despacho: acaba de escribir un pliego, que cerró y selló: puso cerca de su lecho una pequeña caja: vestido se tendió en el lecho, y cruzando los brazos, estuvo algunos momentos inmóvil. ¿Qué pensaría aquel hombre? Ni un ¡ay! ni un suspiro salió de la boca que tenia apretada y contraída como todo el semblante: abrió la caja que habia puesto á la cabecera de su lecho; sacó de ella una pistola, la montó tranquilamente; tendió bien su cuerpo sobre el lecho: recostó la cabeza en la almohada; cruzó los pies uno sobre otro; apoyó pausadamente el cañon sobre la sien derecha, y con el pulso firme tiró del gatillo: la bala le atravesó la cabeza de un lado á otro, yendo á clavarse en la pared, al lado donde estaba el retrato de María.

Al ruido acudieron el mayordomo y los criados: la puerta estaba cerrada por dentro: al entrar, la lámpara con su luz brillante alumbraba el cadáver de Abston, que aun tenia la pistola agarrada apoyándola sobre la sien. Bañado estaba en su sangre: un pequeño agujerito

marcaba la entrada de la bala; parecia sonreír á pesar de su palidez, como un hombre dichoso.

Habia acabado de sufrir quitándose el peso inflexible de la conciencia: donde se nutren y viven y luchan el remordimiento, el hastío, la duda, y muchas veces el odio; ¿qué es mejor, vivir como un condenado en el infierno de la desesperación, ó buscar en la muerte una salida al martirio?... En el Decálogo, no hay mandamiento que prohíba matarse; en la ley natural tampoco; la libertad es el primer derecho absoluto que el hombre puede ceder por amor, por patriotismo ó por ignorancia. En la guerra bárbara y desastrosa, que es la prueba más grande de la estupidez y ferocidad humana, se dá y pierde la vida con una ignorancia que asombra: y para mayor sarcasmo, se dice morir con honra, virtud y gloria. En el claustro, se gasta de un modo que llaman los fanáticos, sublime; sin servir en lo que se vé para bien de nadie... por dura y cruel que haya sido la penitencia que le quita la vida, al trapista ó al ermitaño. ¿Y qué son estos modos de morir, sino suicidios lentos y disfrazados? Y si es bueno y justo dejarse matar así, ¿por qué no lo ha de ser también cuando en la lucha con la desesperación el hombre se quita la vida, buscando en la muerte la puerta de salida á todas las esperanzas y la de entrada á la eternidad y cuando menos el descanso seguro de la materia?

Cuando se cree en el alma y en Dios, y se tiene la idea de que despues de este mundo de lágrimas hay otro mejor de paz y de justicia, donde la perversidad y la ingratitud no tienen cabida: ¿por qué ha de ser una mala acción el suicidio? ¿Qué daño hace á la materia y al Señor Dios, el que cargado de dolores insoportables y de pena, le entrega á la tierra lo que es de la tierra y á Dios lo que es de Dios?

El soldado que va á luchar contra su enemigo más fuerte, sabiendo que va á perecer sin remedio, ¿qué es sino suicidio?

El trapista y el anacoreta, que á los tres años de penitencia perecen irremediablemente, ¿qué son sino suicidas?

El interés, la cavilación humana, medrosa ó interesada, han querido darle á este acto supremo de libertad, de virtud y de valor, el carácter de delito y de pecado; y al espíritu independiente y grande, que busca en él un remedio seguro, lo condenan las leyes humanas, (que son como las telarañas, buenas para enredar á los débiles y débiles para los fuertes) á infamia la memoria; y el cuerpo á no tener sepultura en sagrado: lo que importará bien poco al muerto, que dormirá del mismo modo en una que en otra tierra, y como si el alma pudiera quedarse amarrada por esta ridícula pena á la punta del látigo tirano de la ignorancia.

De modo, que la civilización de la hipocresía quiere tener el derecho de homicidio, por las faltas políticas ó religiosas, á las que dá el nombre de delitos ó crímenes: quiere tener el derecho de esclavizar por la fuerza á los pueblos, y materialmente á los hombres, vendiéndolos como cosas, lo que sucede en algunos países, protegidos estos hechos monstruosos por gobiernos sin conciencia ni remordimiento.

Quiere tener el poder de arrancar al padre de la familia: y los hijos á la triste viuda, para mandarlos como forzados, á morir; sin medio de salvación, á guerras bárbaras é injustas.

Quiere tener el derecho de inventar verdugos, matadores pagados de los hombres, suprimiéndoles el corazón y el sentimiento, por medio de un título que llaman legal.

El derecho de claustros, como los de la Trapa para sacrificar fanáticos, á fuerza de penitencias extravagantes. Y estas maneras de morir (no son suicidios forzados ó voluntarios...? homicidios atroces, cometidos por una legislación que emana aún de los tiempos bárbaros; que se viste en su crudeza con las ropas hipócritas de la caridad, del honor y de la vergüenza, para dar el nombre de delito y de pecado y marcar con la infamia, el hecho valeroso del hombre fuerte, que lleno de amor de Dios rompe el vaso de la existencia que es su propiedad exclusiva, causado de tanta comedia, de tantas lágrimas y de la humanidad vanidosa que lo ahoga y mar-

tiriza. ¿Y no vale más cerrar los ojos, y morir para siempre en lo que materialmente sufre y no es espíritu, que presenciarse con sabiduría y la ternura de un alma exquisita, el espectáculo asqueroso de podredumbre, de una sociedad, donde sucede siempre lo mismo; todo es monótono y pequeño, teatro de saltimbancos: donde se vive en hambre continua; arrebatándose los unos á los otros el bocado de la boca, como los lobos en las selvas: los tiburones en el fondo del mar y los buitres en las crestas de las montañas.

Para presenciarse y luchar contra tales miserias, hubiera sido mejor que el Señor Dios no creara el mundo, ni formara las criaturas!... pero conformémonos con su voluntad inescrutable y sabia: Él le ha dado al hombre los años de la juventud inexperienced, para probar la amargura sin desesperación; la virilidad, para acostumbrarse al dolor y á la gran comedia: entre el mal ha sembrado el bien: á unos les ha dado sorprendente dosis de paciencia, resignación y juicio: á otros carencia absoluta de sentido comun: á muchos espíritu y bondad de ángeles: á otros desesperación y pensamientos de condenados: á estos la miseria profunda: á aquellos la miseria sin fin: á todos enfermedades, dolores materiales violentos, almas encadenables y el derecho absoluto, la libertad de vivir ó morir, como quieran y cuando quieran... ¿Qué más pueden pedirle las criaturas al Supremo Hacedor, que al nacer no les ha puesto límites ni condiciones? «No matarás,» hé aquí su único mandamiento...

El débil y el medroso que vegetan esperando la muerte: el cansado y bravo que rompa cuando quiera las amarras y se lance al piélago desconocido de la eternidad: los tontos, los perversos, los acomodados y egoístas, que se engañan á sí mismos, queriendo engañar al cielo con sus oraciones, aprendidas de memoria, por vivir más horas, más días, más años, en la embriaguez material de sus placeres; vestidos de carnaval, cargados de reliquias, ó atormentados de cilicios, despues de una existencia entera de crápula, de avaricia, de ingratitud, de mentira, y de hacer mal por hacer mal.

No se salvarán ni los unos ni los otros; no llegarán mejor, ni más pronto, que los suicidas; aunque los entierren todos los curas del mundo en el sagrado más sagrado: delante de Dios, lo blanco será blanco y lo negro será negro.

Los justos y buenos, saliendo como quieran del mundo, sin mal corazón y sin hacer daño, llegarán á Dios, siempre misericordioso.

Así es, que el que se quita la vida, no hace mal: usa de su derecho, y todas las leyes humanas para castigarlo, son injustas: todas las discusiones sofisticas para probar que es una cobardía, son hijas de la pusilanimidad, del interés y de la ignorancia.

El que se quita la vida abrumado del tedio, sitiado incesantemente por la desgracia, es más fuerte, más digno, y está más en honra que el capitán de un navío, que asediado por el enemigo, antes de rendirse, por vanidad y estúpida falsa gloria, prende fuego á la Santa Bárbara y hace volar el navío, suicidándose él y matando al mismo tiempo á todos los que lo acompañan.

A este suicida, homicida cruel, por el estupendo hecho que llaman de insigne valor, se le dieron laureles y glorias, oraciones en la iglesia: sepulcro en lugar sagrado, y timbres y blasones á sus descendientes.

Al hombre de bien, que cansado de la pena y los dolores y de la farsa del mundo, se quita la vida, le llaman cobarde, no se le lleva á la iglesia, y se le entierra en un muladar: como á bestia inmundada. Hé aquí la filosofía y la justicia de la civilización de nuestros tiempos de caridad y sabiduría.

CAPITULO XXVIII.

Sir Raimundo Abston antes de acostarse habia dejado sobre su escritorio dos cartas cerradas: una para el cónsul de su nación, en que le decía:

«Me doy un tiro esta noche, cansado de la vida: á nadie se acuse de mi muerte: Es mi voluntad que quede encargado de los negocios de mi casa, mi secretario Enrique Hillsem hasta que se pre-

sente heredero de todos mis bienes.—Raimundo Abston.

La otra decía: á sir Hillsen: hace treinta años me servís con una honradez que no tiene igual: dejó aprobadas todas vuestras cuentas: es mi voluntad y os ruego, que sigáis administrando mis bienes, hasta que venga á reclamarlos la persona á quien deje mi herencia. Sois rico: de nada necesitáis: espero que mi heredero os conservará al frente de una fortuna, que habeis manejado con tanta honradez y sabiduría durante treinta años. No olvideis, que he puesto siempre en vos mi confianza: que al morir cuento con vos, y que os he amado como á un hijo.—Raimundo Abston.

La justicia con la lectura de estas cartas, tuvo poco que hacer en los negocios de Sir Raimundo Abston: su funeral se hizo con pompa y en el mausoleo de mármol construido en el jardín del castillo, se enterró aquel hombre extraordinario por su carácter y por las desgracias que le habian impulsado al suicidio.

Después de su muerte, el castillo parecia desierto: sus puertas y ventanas se cerraron: la servidumbre se vistió de rigoroso luto. Luto de vanidad, como son casi todos lo de la vida: especie de moda, que viene de las civilizaciones más antiguas, en la que hay más hipocresía que dolor verdadero: muchas veces el enlutado, lleva así el cuerpo, mientras tiene el corazón lleno de placer. Los malos hijos heredan con alegría á sus padres: las esposas impúdicas, bendicen la muerte de sus maridos; y los malos maridos de sus esposas: en la escala social, como en la naturaleza, los unos viven de la muerte de los otros: y cuando más contentos están por su negocio es más severo el luto que se ponen por los muertos. Este es uno de los detalles de las comedias del mundo.

Al secretario de sir Raimundo Abston, se le hacian los días eternos; por que era un hombre de bien: se ahogaba en la soledad de aquellos salones, en otro tiempo tan alegres y concurridos, y entonces tan tristes y tenebrosos, á pesar de la gran riqueza que los adornaba.

(Se continuará.)

RIQUEZA DE LA FRANCIA.

De un trabajo publicado por el distinguido publicista francés, Sr. Duval, extractamos los siguientes datos, que prueban la gran producción y riqueza de la Francia, siquiera de estos haya que restar la parte que representan las provincias anexionadas á la Alemania por motivo de la última guerra.

De los 54 millones de hectáreas que ocupa la Francia, dos millones próximamente, son ocupadas por los lechos de los rios, canales, lagos, pantanos, arenas, aglomeraciones urbanas, caminos, etc. El resto se divide de este modo: 26 millones de hectáreas de tierras de labor, 2 de jardines y vergeles, 2 de viñas, 5 de prados naturales, 9 de bosques y 8 de landas y tierra de brezo. De los 26 millones de tierras de labor, restándose 5 millones próximamente de barbecho, hay 7 millones sembrados de trigo, 8 de cereales secundarios, 3 de prados artificiales y 3 consagradas á diferentes cultivos, legumbres, raíces y tubérculos. En estas mismas tierras crecen las plantas útiles á la economía industrial: oleaginosas, tintóreas y textiles, que alternan con las plantas alimenticias. La estension de los bosques excede de 9 millones de hectáreas, que representan un capital de 8,000 millones de francos próximamente, cuya producción se calcula en 35 millones de metros cúbicos que valen al pié del bosque 200 millones de francos y 500 en el sitio del consumo.

La hulla ocupa 300,000 hectáreas, y la extracción de este combustible en 1865 pasó de 111 millones de quintales métricos, que valian entonces á 1,15 francos quintal, y ahora un doble. El hierro es objeto de explotación en 245 concesiones, y añadiendo las de otras minas que no sean de hulla ni de hierro, se llega á un total de 1,178 concesiones

para la explotación de la riqueza mineral.

La riqueza animal se compone de 3 ó 4 millones de caballos, 400,000 asnos, 3 á 400,000 mulos, 12 á 13 millones de cabezas de ganado vacuno, 30 á 35 millones de ganado ovino, 13 á 14 millones de cabras y 5 á 6 millones de cerdos; sin contar las aves domésticas, huevos, la cria de los gusanos de seda, etc. La producción total de este ramo de la riqueza francesa llegará á unos 3,000 millones de francos.

La agricultura con sus cereales, azúcares, vino, frutas, legumbres, alcoholes, licores, cervezas y cidras; aceites, condimentos, tabacos, plantas industriales, arroja un total de producción anual de 6 á 7,000 millones de francos, y comprendiendo el valor del rendimiento del ganado, de 9 á 10,000 millones.

La industria propiamente dicha, que alimenta una parte de estas primeras materias, tiene tambien una importancia suma. Las industrias que derivan del reino mineral dan un producto de 1,330 millones de francos: las que reciben sus primeras materias del reino vegetal, exceden anualmente de 4,000 millones; las que emplean solamente como primeras materias las procedentes del reino animal, arrojan una producción total de 2,745 millones.

En estas cifras no van comprendidas las que representan las industrias mixtas ó compuestas, referentes unas á la higiene y tocador, al vestido, al mueblaje y herramientas, y otras á un orden más elevado, á los gustos intelectuales y artísticos. La evaluación conjeturada es de 3,929 millones, que sumados con los 8,195 de las tres grandes divisiones de las industrias anteriores, dan un producto general de 12,000 millones de francos, sin contar el trabajo intelectual, como el contingente normal de la gran industria francesa, puesta en actividad por 13 ó 14 millones de obreros, y servida por 600,000 caballos de vapor.

El orgullo de los franceses debe, pues, ser muy grande y muy legítimo, mayormente si se tiene en cuenta que la Francia posee 17,000 kilómetros de caminos de hierro, 38,000 carreteras nacionales, 48,000 de caminos provinciales y 12,330 de rios navegables y canales.

El jueves ante un público tan numeroso como escogido, se estrenó en el teatro de la Zarzuela la célebre obra de Flotow titulada *La Sombra*. A juicio de los inteligentes, la música es digna del inspirado autor de *Marta y Zilda*, reuniendo condiciones tales, que la colocan al lado de las más acabadas composiciones del repertorio.

La empresa de la Zarzuela, al dar á conocer esta joya musical, arrojando los grandes obstáculos que necesariamente habian de surgir, merece un voto de gracias de los verdaderos amantes del arte. Solo la constancia y buen deseo así de la empresa, como de los artistas encargados de la ejecución, pudieron vencer las grandes dificultades con que todos luchaban, tratándose de una obra para cuyo desempeño se requieren especialísimas condiciones. El público acogió, como no podía menos, obra tan notable, y no escaseó sus aplausos, tanto á las señoras Trillo y Velasco, como á los señores Dalmau y Loitia. Esta obra ha sido ensayada con gran esmero, debiéndose parte del buen éxito á la inteligencia y marcado interés del director de orquesta Sr. Oudrid, y del director de escena Sr. Pineda.

Segun las últimas noticias de origen oficial, Dorregaray con el grueso de la facción navarra, se encuentra en Estella.

El batallón de voluntarios de Antequera (Málaga) ha ofrecido al Gobierno sus servicios por si los cree necesarios para ir á combatir á los carlistas en cualquier punto de España.

No es cierto que la facción de Villalain se eleve á 1,000 hombres. Su número es menor, segun los datos rectificadas que se han recibido.

El nuevo Ayuntamiento de Guadalajara felicita ardientemente al Gobierno, y le ofrece su leal concurso para sacar á salvo los sagrados intereses de la integridad de la patria y la República.

Ha llegado á Madrid el gobernador de Navarra Sr. Justo.

Ha salido ayer á las dos de la tarde del puerto de Alicante el vapor *Fernando el Católico*; dirigiéndose á Villajolla, en cuyo puerto ha fondeado.

El capitán general de Granada ha llegado á aquella plaza, y se ha encargado del mando de aquel distrito.

El pretendiente se halla en Estella con cinco batallones.

D. Juan de Borbon, con una escolta de caballería, se encontraba el 26 en Alsásua, saliendo á las doce con dirección á Estella, donde debe avistarse con Ollo. Lizárraga se encontraba con una columna considerable en Zumárraga. En las inmediaciones de Vitoria ha aparecido el cadáver de una mujer con señales que demostraban haber sido forzada y estrangulada despues con una cuerda. Segun indicios son más de uno los asesinatos.

Han terminado sin consecuencia los sucesos de Vidajanes (Zamora). El juez de Villalpando instruye la causa.

Se ha alterado el orden en Codesal (Zamora), donde han sufrido una agresión los comisionados del impuesto personal.

Por el ministerio de la Gobernación se ha dirigido un telegrama á los gobernadores dándoles cuenta de la entrega de nuestras fragatas por el Gobierno inglés, al cual ya han contestado muchos de ellos felicitando al Gobierno, y manifestándole habia producido muy buen efecto esta noticia en la opinión pública.

Con referencia á un despacho oficial del 26, fechado en Tánger, el 25, á las once y media de la mañana, 21 cañonazos anunciaron la proclamación del nuevo Emperador de Marruecos.

Ya están en poder del Gobierno español las fragatas *Vitoria* y *Almansa*, cuya entrega se verificó á las cinco de la tarde del 26 y en dichos buques ondea desde aquella hora el pabellón nacional.

Por el ministerio de la Gobernación se ha dirigido á los comandantes de los establecimientos penales una circular dictando disposiciones higiénicas para precaver del cólera los presidios, y en la cual al propio tiempo se autoriza á dichos funcionarios para invertir cierta cantidad en el indicado objeto.

Verificadas las oposiciones para las plazas de maestros de las escuelas de los establecimientos penales de España creadas recientemente, han sido nombrados para las de Valencia, Zaragoza, Cartagena y Ceuta, con 8,000 rs. de sueldo, D. Enrique Lopez Cerruti, don Jerónimo Agustín Aldá, D. Raimundo Gomez Tutor y D. Emilio Polaco y Grema; para las de Burgos, Sevilla, Tarragona y Santoña, con 7,000, D. Fermín Lara y Sierra, D. Matías Bosch y Palmer, D. Fernando Lopez Dueñas y don Ricardo Gonzalez Alvarez; para las de Toledo, Alcalá, Coruña, Granada y Baleares, con 6,000, D. Miguel Sanchez Guiguelmo, D. Nicolás Nalda y Saenz, D. Francisco Martinez Lozano, D. Faustino Gonzalez Parra y D. Fabian Palasi y Martín, y para la casa-galera de Alcalá, tambien con 6,000 rs. de sueldo, Doña María Felipe Pajares.

La facción Llorente pernoctó el 25 en

Abalos (Logroño), de cuyo pueblo sacó 400 raciones de pan y vino y 74 de cebada, llevándose además 14 mozos; tres de estos lograron escaparse, y los carlistas cogieron en rehén á sus padres y á once contribuyentes.

La partida carlista que se hallaba en la sierra de Beas (Jaen), se dirigió el 26 á Iboroz y Pontones, llevándose los fondos de contribuciones que ha podido recoger y 3,000 rs. que le facilitó el alcalde de Orcera.

La Comisión permanente de la Diputación provincial de Córdoba ha felicitado al Gobierno por las enérgicas medidas adoptadas contra los enemigos del orden y de la libertad.

La facción Calvero marcha hacia Luco (Zaragoza), con 200 infantes y nueve caballos. La de Polo, en la misma provincia, está en Santaolea y sale hacia Ladruñan, y la de Villalain marcha en dirección á Huesca con 40 caballos.

Segun parte de Gibraltar, el 26 á las seis y treinta minutos de la tarde han quedado en poder del general Lobo las fragatas *Vitoria* y *Almansa*.

Han sido cogidas en Tolosa dos compañías carlistas con comestibles y efectos de guerra.

Entre carlistas guipuzcoanos y navarros ha habido un choque ó excision, de cuyas resultas gran número de carlistas se han separado de las partidas de que formaban parte. Se asegura que en vista de este suceso Ollo con Radica se han dirigido á Estella con fuerzas navarras.

La facción Leoz, fuerte de 400 hombres y 70 caballos, ha entrado en Sádaba (Zaragoza), exigiéndole y llevándose 30,000 reales y caballos de particulares.

La columna Ejea ha batido en Vega de Rogales (Lugo) á la facción mandada por Osorio y Fray Gregorio, fuerte de 150 hombres, habiéndoles hecho seis prisioneros y cogido algunos pertrechos de guerra y municiones.

Pildoras y Ungüento Holloway.—Dispepsia é Ictericia.—Estas dolencias tienen por origen el desarreglo del hígado, consistiendo el mal en que es tal la cantidad ó calidad de la bilis secretada por aquel órgano que dicho fluido no puede digerir los alimentos. La digestión exige que haya un flujo libre de bilis saludable; y lo infaliblemente que el empleo de las Pildoras y el Ungüento Holloway asegura el logro de este deseable estado de cosas hace que ellos sobresalgan entre todos los demás medicamentos. El hígado está propenso á desordenarse constantemente por efecto de los manjares malsanos, las costumbres desarregladas, los climas insalubres, etc.; pero no hay caso en que el órgano en cuestion no pueda regularizarse con el uso de los expresados remedios, que obran directamente sobre su secreción vital.

Agua circasiana.—Toda la prensa extranjera y todos los médicos más eminentes recomiendan el uso del agua circasiana como la única infalible para devolver á los cabellos blancos su primitivo color y fuerza juvenil: copiamos la opinión de un célebre doctor á este respecto.

«Uno de los mayores inconvenientes que hay en el empleo de las tinturas, es la grande irritación que causan en los tubos capilares y que dan lugar á la caída del cabello: estos inconvenientes fueron los primeros que llamaron la atención de los inventores del agua circasiana, y su vieron la grande fortuna de hallar un preparado que, no solo es completamente inofensivo, sino que renne la mayor eficacia y simplicidad en su uso.»—Firmado, *Dr. Duval*.

Imprenta de D. Juan Aguado, calle del Cid, 4. (Recolos)

MADRID 1873.

SECCION DE ANUNCIOS.

A TODOS LOS QUE SE BAÑAN Ó HAYAN BAÑADO

GRANDIOSO DESCUBRIMIENTO VEJETAL.



Las aguas todas, sin excepcion, atacan los cabellos en su base o superficie, los deslustran, enredan, asperecen, ponen quebledizos pegajosos, y con frecuencia son el origen de prematuras canas, ó vitios y alopecias, totales ó parciales, si no se usa durante un mes despues.

El Aceite de Bellotas con Savia de Coco, llamado en las Américas la «Biblia del tocador y de la clinica» por sus admirables propiedades higiénico-medicinales, contiene la caída, lustra y desenreda en el acto, reproduce el perdido, oculta y precave las canas, limpia el cráneo de caspa, erupciones; y poniéndose unas gotitas en los oídos antes de tomar el baño, se evitan sorderas, zumbidos, dolores de cabeza, cefalalgias.

Se vende en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías del globo, y en la fábrica, calle de la Salud, 9, pral. y Jardines 5, Madrid, á 6, 12 y 18 rs. frasco con prospecto y busto en la etiqueta, para no ser víctimas de ruines falsificadores. Está recomendada por médicos y 800 periódicos. Inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor universal.

Hay café de bellotas con almendra de coco, para curar en una hora la diarrea, dienteria (pujos). Admirable para viaje, 12 rs. libra, 6 media, en cajas.

BLANCO NIEVE DE CLEOPATRA

COLORIDO HUMANO O ROSA DE CLEOPATRA

Un rostro blanco sólo, exento de pecas, arrugas, manchas, espinillas ó ligeramente sonrosado, es como un rayo de sol que se presenta en un hermoso paisaje.

La blancura, la flexibilidad, la transparencia y la lozanía del cutis, son condiciones indispensables para la hermosura completa de la mujer.

Con estos dos higiénicos y mejorados descubrimientos, que estubo usando por espacio de cuarenta años esta celebre y bellísima reina de Egipto, consiguió acabar la carrera de la vida con los ojos: la dentadura y toda la superficie de su cuerpo como la misma Hebe, ó diosa de la juventud.

Precio: 24 rs. frasco de ocho onzas de cabida, del Blanco, y 24 del colorido humano. Uso: se agita bien el frasco; se da con un pañito ó esponjita y con otro se extiende á voluntad.

Exijase este busto en la etiqueta para evitar fraudes de este sin rival cosmético. Salud, 9, principal, y Jardines, 5, Madrid, y en 2.500 farmacias, droguerías y perfumerías. El perfeccionador, L. de Brea y Moreno, inventor acreditado.

AGUA DE COLONIA, SUPREMA, JOHANN MARIA FARIMA,

Rei dem Julisch Platz in Coln.

REPRESENTACION EN MADRID, JARDINES, 5.

Perfume persistente y agradable.

Gotas en lumbre exhalan el aposento.

Friciones en púls da vida y nit.

En agua estrecha é limpa de sifis.

Gotas en té para flatos y estómago.

Cucharadita en agua para vómitos.

En fricciones quita el canancio.

En baño tónica y fortificante.

En agua lustra y suaviza el cutis.

Para quitar dolor de muelas en el acto.

Un copito en una acera la vista.

3 rs. frasco, 2 botella y 12 cuartillo.

Han llegado 500 litros.—Calle de Jardines, núm. 5, Madrid.

NO MAS REINA DE LAS TINTAS.

Nuevos inventos para escribir el comercio.

TINTA de lila, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.

TINTA azul, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.

TINTA roja, 5 rs. frasco, 9 cuartillo.

TINTA verde, 6 rs. frasco, 11 cuartillo.

TINTA negra, 4 rs. frasco, 7 cuartillo.

TINTA onerina, 1 rs. frasco, 2 cuartillo.

TINTA de manina, 1 rs. frasco, 2 cuartillo.

Soa aromática, no altera el acto, y dan duración á las plumas.

Frascito de todo color, para púeba, viaj y bolsillo, á real.

Jardines, 5, y Salud, 9, bajo.—25 por 10 de descuento.—L. Rrea, inventor.

PRIMER DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO,

DE LOS CONOCIDOS DESDE SU ORIGEN.

LEED UN SABIO DOCUMENTO EXPEDIDO A FAVOR DEL INVENTOR DEL

ACEITE DE BELLotas CON SAVIA DE COCO.

D. Silverio Rodríguez Lopez, licenciado en medicina por la Universidad de Salamanca, y en cirugía por la de Madrid, fundador é individuo de varias sociedades científicas, médico del ejército y de la Armada, etc., etc.

Certifico: Que he observado los efectos del Aceite de bellotas con savia de coco equatorial, inventado por Sr. L. de Brea y Moreno, hallado que es efectivamente un agente higiénico y medicinal para el cráneo, utilísimo para prevenir, aliviar y curar varias enfermedades de la piel, de la irritación del sistema capilar, la calvicie, la herpe, usage, dolores nerviosos de cabeza, gota, reumatismo, el gas, males de oído, vicio verminoso, y segun expone en la de varios profesores distinguiéndose entre otros el Dr. Lopez de la Vega, es un remedio adest. Aceite para las heridas de cualquier género que sean; es un verdadero balsamo, cuyos maravillosos efectos son conocidos; puede remediarse tambien con ve al Aceite de higudo de bacala, en las escrófulas, tisis, raquitismo, en la leucorrea y otras muchas afecciones; recomendando su uso en las enfermedades sifilíticas, como muy superior al Balsamo de copahu, y en general en todas las enfermedades que estén relacionadas con el tejido celular que refresco y fortifica. Pueden oas gurar, sin tñr en lo más mínimo á la verdad, que el Aceite de bellotas es un excelente cosmético, medicina indispensable á las familias. Y á petición del interesado doy la presente en Madrid á ocho de setiembre de mil ochocientos setenta.—Silverio Rodríguez Lopez.

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en 250 droguerías, perfumerías y farmacias de todo el globo, con mi nombre en el frasco, en el prospecto y etiqueta, por haber ulnas é indiano falsificadores. Diríjase á la fábrica para los pedidos calle de la Salud, número 9, cito, pral. y bajo, y Jardines 5, Madrid, á L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas.

COMPANIA GENERAL TRASATLANTICA.

VAPORES-CORREOS FRANCESES.

1.º El 7 de cada mes, servicio directo de Saint-Nazaire á Fort de France, La Guayra, Saranilla y Colon.

—Servicios en combinacion desde Fort de France á Saint-Pierre, Basse-Terre, Pointe á Pitre, Saia Lucia, San Vicente, Granada, Trinidad, Démerari, Surinam y Cayena.

—Servicio desde Panamá hasta Valparaiso con escala en Guayaquil, Payta, San José, Callao, Islay, Arica, Iquique, Cobija, Caldera y Coquimbo.

2.º El 20 de cada mes, servicio directo de Saint-Nazaire á SANTANDER, San Tomas, LA HABANA y Veracruz.

—Servicios en combinacion desde San Tomas hasta Guadalupe, Martinica, PUERTO-RICO, Capisieu, SANTIAGO DE CUBA, Jamaica y Colon.

3.º Servicio en combinacion desde Panamá para Ecuador, Perú, Chile, América Central, California, etc.

4.º Salidas de Havre ó de Brest para Nueva-York:

Del Havre: 24 de Octubre, 7 y 24 de Noviembre; 5 y 19 de Diciembre.

De Brest: 26 de Octubre; 9 y 23 de Noviembre; 7 y 21 de Diciembre.

Dirigirse para mayores informes, billetes, fletes, etc.,

En Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 9, y Puerta del Sol, núm. 9.

En Santander, Señores hijos de Dóriga.

En Paris, en el Grand hotel, (boulevard des Capucines 12.)

En Saint-Nazaire, á M. Bourbon, agente.

Y en las principales poblaciones de la Península á los agentes de la compañía de seguros El Fenix Español.

CUARTANAS, TERCIANAS, INTERMITENTES, CURADAS POR LAS FEBR.FUGO-INFALIBLES PILDORAS

DE FERNANDEZ, único que ofrece la devolucion de las sets pesadas que cuestan las cajas si no curan, por rebeldes que sean, sin que un solo caso falle.

Podid prospectos detallados á los autores Fabian Fernandez, Galdada de Oropesa, y Pablo Fernandez, Madrid, Ruda, 14, boticas, los que rebajan por mayor y remiten Valencia, Cabello; Zaragoza, Rios; Logroño, Zaroya; Pamplona, Esparza; Canarias, Las Palmas, Lizana; Puerto-Rico, Mayaguez, Nogueras; Málaga, Calvet.

PALMERSTON RESTAURANT OLD BROAD STREET LONDRES.

El mayor elogio que puede hacerse del único establecimiento español que hay en Londres, es que no le frecuenta una persona que no vaciara al mismo. Distinguidamente se encuentran en el families de las principales casas de España.

Veinte años de éxito atestiguan la eficacia de este potente derivativo recomendado por los primeros médicos de la medicina, arrastrados del pecho, males de garganta reumatismos, dolores. Una ó dos aplicaciones con subterfuges y no cae sino un poco de picazon. Depósito general en Madrid, L. Ferrer y C.; Monterá, 51, principal; Chicote, Ancha de San Bernar, 31; Guitralt, Carmuel, 41.

Jarabe vegetal del Dr. Chable, de Paris, para curar sarpullidos, derramamientos, enfermedades venéreas, Batos indolores, pildoras, pomada anti-herpética.—Depósito en Madrid Ferrer y Compañía, Monterá, 51 principal.



VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

VARIACION DE SERVICIO DESDE ABRIL DE 1873.

LINEA TRASATLANTICA PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salidas de Cadiz el 30 de cada mes.
Salidas de Santander el 15 de id.
Salidas de Coruña el 16 de id. (escala.)

LINEA DEL LITORAL EN

COMBINACION CON LAS SALIDAS TRASATLANTICAS

Salidas de Barcelona el 29 para Valencia, Alicante, Cádiz, Coruña y Santander; y de Santander el 16 para Coruña, Cádiz y Barcelona.

AGENTES.—Cádiz, A. Lopez y C.; Barcelona, D. Riol y C.; Santander, Perez y Garcia; Coruña, E. Da Guarda; Valencia, Dar y C.; Alicante, Faes hermanos y C.; Madrid, Julian Moreno, Alcalá 28.

PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY.

PILDORAS HOLLOWAY.

Estas pildoras son universalmente consideradas como el remedio mas eficaz que se conoce en el mundo. Toda las enfermedades provienen de un mismo origen, á saber: a impureza de la sangre, la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las pildoras Holloway que, limpiando el estómago, los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificación completa de la sangre, dan tono y energía á los nervios y musculos, y fortifican la organización entera.

Las pildoras Holloway sobresalen entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestión. Ejerciendo una acción en extremo sautifera en el hígado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortifican el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas menos robustas pueden valerse, sin temor, de las virtudes fortificantes de estas pildoras, con tal que, al emplearlas, se atiendan cuidadosamente á las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que va envuelta cada caja del medicamento.

UNGUENTO HOLLOWAY.

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aquí, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra la sangre, forma parte de ella; circunando con el fluido vital expulsa toda partícula morbosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas, y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceres, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia, etc. etc. doloroso, y la parálisis.

Para asegurar la curación rápida y permanente de las enfermedades, conviene siempre que se tomen las Pildoras al mismo tiempo que se emplea el Ungüento.

Cada caja de Pildoras y bote de Ungüento van acompañadas de amplias instrucciones en español relativas al modo de usar los medicamentos.

Los remedios se venden, en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el profesor Holloway, en su establecimiento central 535, Oxford Street, Londres.

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY.

COMPANIA DE NAVEGACION POR VAPOR AL PACIFICO.



LINEA REGULAR SEMANAL.

VAPORES-CORREOS INGLESSES

PARA RIO-JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS-AIRES, VALPARAISO, ARICA, ISLAY, CALLAO DE LIMA Y TODOS LOS PUERTOS DEL PACIFICO

tocando cada 15 dias en Pernambuco y Bahia.

Salidas... De Liverpool todos los miércoles. De Santander, una vez al mes.
De Burdeos todos los sábados. De Coruña.
De Lisboa todos los martes. De Vigo. dos veces al mes.

De Madrid, sábados. Los pasajeros 1.º y 2.º pueden anticipar salida.

PRECIO de los billetes.	A Pernambuco, Bahia ó Rio-Janeiro.			A Montevideo y Buenos-Aires.			A Valparaiso, Arica, Islay ó Callao.		
	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn	1.º Rvn	2.º Rvn	3.º Rvn
Desde Madrid (via Lisboa).....	2075	2060	1053	3141	2060	1149	6505	4166	2681
Santander, Coruña ó Vigo.....	2940	1960	1175	3430	1960	1175	7345	4900	2940
Lisboa.....	2700	1960	1175	3430	1960	1175	6700	4200	2800

Los magníficos buques de esta Compañía reúnen todas las comodidades y adelantados conocidos. Trato inmejorable. Los señores pasajeros que teniendo tomado billete quieran diferir su marcha, pueden hacerlo avisando á la agencia.

AGENTES CONSIGNATARIOS.—Santander, C. Saint-Martin.—Coruña, José Pastor y Compañía.—Vigo, M. Bárcena y hermano.—Lisboa, E. Pinto Basto y compañía.

Para informes, tomar pasaje y fletes, dirigirse al agente general de la Compañía

L. RAMIREZ, CALLE DE ALCALA, 12, MADRID.

PLUS DE COPAHU

JARABE DE HIERRO del Dr. Chable de Paris para curar Gonorrhéas, Debilidades de canal y Pildoras de las enfermedades venéreas.—Depósito en Madrid, Ferrer y C., Monterá 51 pral.

AGUA CIRCASIANA.

Usada por todas las familias reales y toda la nobleza de Europa. Aprobada por los médicos mas eminentes y por toda la imprenta extranjera.

EL AGUA CIRCASIANA restituye á los cabellos blancos su primitivo color, desde el rubio claro hasta el negro azabache, sin causar el menor daño á la piel. «No es una tintura, y en su composicion no entra materia alguna nociva á la salud; hace desaparecer en tres dias la caspa por inveterada que esté; evita la caída del cabello, y vuelve la fuerza y el vigor á los tubos capilares.

Mas de 100.000 certificados prueban la excelencia del Agua Circasiana, cuyo uso reemplaza hoy en todos los países los otros preparados y tinturas tan dañosas para el cabello.

Precio del frasco 4 pesetas, frascos conteniendo el doble 7 1/2 pesetas. Todos los frascos van en magníficas cajas de carton acompañadas de un prospecto con la marca y firma de los únicos depositarios.

HERRINGS etc. C.
LISBOA.
Véndese en la botica de los Sres. Borrrell hermanos, Puerta del Sol, núm. 5.

GUIA MÉDICA DEL MATRIMONIO

é instrucciones para asegurar su objeto moral, Acompañada de direcciones personales de importancia vital, dedicadas á los casados y solteros de ambos sexos. Por el médico consultor

DR. J. L. CURTIS,
Traducida al castellano por D. G. A. Cueva. Un tomo en 8.º de 200 páginas, ocho reales.

DE LA VIRILIDAD DE LAS CAUSAS DE SU DECADENCIA PREMATURA

é instrucciones para obtener su completo restablecimiento; ensayo médico, dedicado á los que padecen de resultados de sus excesos, de hábitos solitarios ó del contagio; seguido de observaciones sobre la espermatórrrea, la impotencia, la esterilidad, etc.; el tratamiento de la sífilis, de la gonorrea y de la bienorragia; cura de contagio sin mercurio y su prevencion usando la receta del autor. (Su infalible locion.)

Un tomo en 8.º, con 16 láminas, estampadas con tinta de color, al precio de catorce reales, franco de porte.

Véndense estas obras en Londres, domicilio del autor, 15, Albemarle st. Piccadilly. Barcelona, en casa de su editor Salvador Manero, Ronda 128, á donde pueden dirigirse los pedidos acompañados de su importe. España y América, los corresponsales de la casa. Los enfermos pueden dirigirse por correspondencia al doctor Curtis, para consultarle, remitiéndole el honorario de 100 reales vellón en sellos de correos. Consultas en cualquier idioma Madrid: Librería de San Martín y demás de la capital.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

POR
D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,
REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto.

Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

HEMORROIDES.

Curacion radical por las pildoras y pomada de Escorrido, del doctor Leibel (Andrés). Las pildoras y la Pomada de Escorrido, aprobadas por las Facultades de Medicina de París, de Bélgica, de Inglaterra y de Italia, autorizadas en Rusia por el Consejo del Imperio, están dotadas de propiedades muy notables: calman los dolores como por encanto y atajan las hemorroides ó chuchiquetas en pocos dias (sin ningun peligro de supuracion).—El frasco de pildoras de Polvo de Escorrido, 5 f.—De Extracto de Escorrido, 4 f.—De Pomada de Escorrido, 5 f.—115 Rue Lafayette (Paris).—Derivados, Borrrell hermanos, Sanchez Oseña, M. R. Hernandez, Moreno Miquel, Just, Peligros, J. I. Ferrer y C.ª.

TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la practica.

Otra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º, prolongado, que se vende en 30 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante Barcelona, Nibó, Espartero, 41.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Balliere.—Havana, Cifra, Habana, 100.

VERDADERO COW-POX NATURAL. VACUNA SACADA DE LAS VACAS JOVENES

y procedente del Instituto parisiense de vacunacion, fundado en 1864 por el doctor LANOIX, caballero de la Legion de Honor, etc.

Por medio de la vacunacion practicada con el Cow-pox tomado directamente de las vacas jóvenes, no solo se evitan los funestos efectos de la viruela, si no que tambien se está seguro de no inocular otra enfermedad alguna contagiosa, como acontece frecuentemente con la vacunacion humana, llamada vulgarmente de brazo á brazo y en parte á la sífilis, según resulta de los experimentos hechos con este objeto por la Academia de medicina de París, y otras.

Este nuevo método, dado á conocer por el célebre Dr. Lanoux, ha sido universalmente adoptado en Francia, Inglaterra, Alemania, en América, etc.

La vacuna que remite el Dr. Lanoux viene en tubos de vidrio, donde se conserva mucho mejor que en cristales planos es pura y tan eficaz como si se tomara directamente de las vacas. Las remesas se reciben todas las semanas.

Precio de cada tubo, 10 rs. Depósito exclusivo para toda España y posesiones americanas, farmacia del Dr. Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 5. Madrid,

FARMACIA DE LOS PANORAMAS 151, RUE MONTMARTRE, 151, PARIS.

ROB CLERET

DEPURATIVO AL YODURO DE POTASIO.
EL MAS POTENTE DEPURATIVO DE LA SANGRE Y DE LOS HUMORES

DRAGEAS PURGATIVAS Y LAXANTES DE BAUDERON.

Contra las afecciones del Estomago, y de los intestinos, del Hígado y del Bazo, dan inmejorables resultados en todas las enfermedades que producen exceso de bilis y flegma, y en las enfermedades del Cutis, como herpes y diviticos.

PAULINIA CLERET

Contra la Jaqueca, Nevralgias, Afecciones nerviosas del Estomago.

PILDORAS CLERET

Al Yoduro de hierro y de quina, el mas activo de los ferruginos, y de todos los productos el que mejor actúa tiene contra las calenturas intermitentes rebeldes, combate la causa de la intermitencia y restablece las cualidades primitivas de la sangre. (BOUCHARDOT), Profesor de Higiene en la facultad de Medicina de París.

DEPOSITO GENERAL EN ESPAÑA: Sres. Y. FRERER y Cia, Montera, 51, Madrid; — Barcelona, Boticas de la Estrella y de MONSERAT, URIACH y ALOMAR, plaza del Borne, 6; — Valencia, Boticas de GREUS, ANDRÉS y FABIA, CAPAFONS y DOMINGO, CORONA, BESCANA BROS y J. VILLAR, Oviedo, E. MARTINEZ y C. SANTAMARINA, Gijou, A. L. PEDRO, E. CUESTA.

PARIS 10, Montorgueil **CH. ALBER** ENFERMED Secretas Depósito general en Madrid, I. Ferrer y C.ª Montera. Tratamiento infalible por VINO de ZARZAPARRILLA (Precio 24 r.) BOLOS de ARMENIA 51, pral.; F. Izquierdo, Ruda, 14, Puente, Desengaño.

CORRESPONSALES DE LA AMERICA.

ISLA DE CUBA. Habana.—D. Francisco Díaz y Ríos. Matanzas.—Sres. Sanchez y C.ª Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfuegos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez. Bamba.—D. Emeterio Fernandez. Villa-Clara.—D. Joaquín Anido Ledon. Manzanillo.—D. Eduardo Codina. Quivicán.—D. Rafael Vidal Oliva. San Antonio de Río-Blanco.—D. José Cadenas. Calabazar.—D. Juan Ferrando. Caibarién.—D. Hipólito Escobar. Guatamo.—D. Juan Crespo y Arango. Holguín.—D. José Manuel Guerra Almaguer. Bolondron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalius. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos. Quemado de Güines.—D. Agustín Mellado. Pinar del Río.—D. José María Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—D. Juan Pérez Dubrull.	SANTO DOMINGO. (Capital).—D. Joaquín Machado. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon. SAN THOMAS. (Capital).—D. Luis Guasp. Curacao.—D. Juan Blasini. MÉJICO. (Capital).—D. Juan Buxó y C.ª Veracruz.—D. Manuel Ochoa. Tampico.—D. Antonio Gutierrez Vic- tory. Mérida.—D. Rodolfo G. Canton. Mazatlan.—D. Francisco Echeguren. Puebla.—D. Emilio Lezama. Campeche.—D. Joaquín Ramos Quintana	SAN MIGUEL. —D. Joaquín P. Guzman. Manuel Soto. Tegucigalpa.—D. Manuel Sequeiros. Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez. San Juan del Norte.—D. Emilio de Thomas. Sonsonate.—D. Joaquín Mathé. Rivas.—D. José N. Bendaña. Granada.—D. Zacarías Guerrero. San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina D. Casto Gomez. BÉLIZE.—D. José María Martinez. NEUVA GRANADA. Bogotá.—D. Lázaro María Perez. Santa Marta.—D. Martín Vergara. Cartagena.—Sres. Maci is é hijo. Panamá.—D. José María Aleman. Colon.—D. Matías Villaverde. Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola. Medellín.—D. Juan J. Molina. Mompos.—Sres. Ribon y hermanos. Pasto.—D. Abel Torres. Sabanaldaya.—D. José Martín Tatis. Sincorajo.—D. Gregorio Blanco. Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y C.ª	PIURA. —M. E. de Lapeyrouse y C.ª BOLIVIA. La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—Sres. Aguirre—Zavala y C.ª Cochabamba.—D. Benédicta Reyes de Santos. Potosí.—D. Adolfo Durrels. Oruro.—D. José Cárcamo. ECUADOR. Guayaquil.—D. Antoniodo La Mota. CHILE. Santiago.—D. Augusto Raymond. Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerra. Copiapó.—Sres. Ro elló hermanos. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion.—D. José M. Serrate. Santa Ana.—D. José María Vides. PLATA. Buenos-Aires.—D. Narciso Cepe Lino. Catamarca.—D. Mariano Molina. Córdoba.—D. Pedro Rivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Andrés Gonzalez. Salta.—D. Sergio Garcia. Santa Fé.—D. Remigio Perez. Tucuman.—D. Camilo Caballero. Gualeguaychú.—D. José María Nuñez. Paysandú.—D. Miguel Horta. Mercedes.—D. Serafin de Rivas.	BRASIL. Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crehuet. PARAGUAY. Asuncion.—D. Isidoro Recalde. URUGUAY. Montevideo.—Sres. A. Barreiro y C.ª—Don Hipólito Real y Prado. Salto Oriental.—Sres. Morillo y Gozalbo. Colonia del Sacramento.—D. José Murtagh Artigas.—D. Santiago Osoro. GUYANA INGLESA. Demerara.—MM. Rose Duff y C.ª TRINIDAD. Trinidad.—M. M. Gerold etc. Ulrich. ESTADOS-UNIDOS. Nueva-York.—M. Echevarría y compañía. S. Francisco de California.—M. H. Payot. Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.
PUERTO-RICO. Capital.—D. José María Sanchez. Arroyo.—D. Isidro Coca.	VENEZUELA. Caracas.—D. Martín J. Larralde. Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa. La Guaira.—Sres. Salas y Montemayor. Maracaybo.—Sr. D'Empaire, hijo. Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera. Caripano.—D. Juan Orsini. Barcelona.—D. Martín Hernandez. Maturín.—M. Philippe Beaupertuy. Valencia.—Sres. Jaime Pagés y C.ª Coro.—D. J. Thielen.	PERÚ. Lima.—Sres. Redactores de La Nación. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. Benigno G. Fosada. Puno.—D. Francisco Landaele. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—Sres. Colville, Danwson y C.ª Arica.—D. Carlos Eulert.	PERÚ. Lima.—Sres. Redactores de La Nación. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana. Iquique.—D. Benigno G. Fosada. Puno.—D. Francisco Landaele. Tacna.—D. Francisco Calvet. Trujillo.—Sres. Valle y Castillo. Callao.—Sres. Colville, Danwson y C.ª Arica.—D. Carlos Eulert.	EXTRANJERO. Paris.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2. Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Londres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71, Store Street.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Política, administracion, comercio, artes, ciencias, industria, literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. Se suscribe en la Administracion de este periódico, calle de Valverde, número 34, y en las librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de letras, libranzas ó sellos de correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, número 2. Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. La correspondencia se dirigirá á la Administracion de LA AMÉRICA, donde se reciben anuncios, reclamos y comunicados.